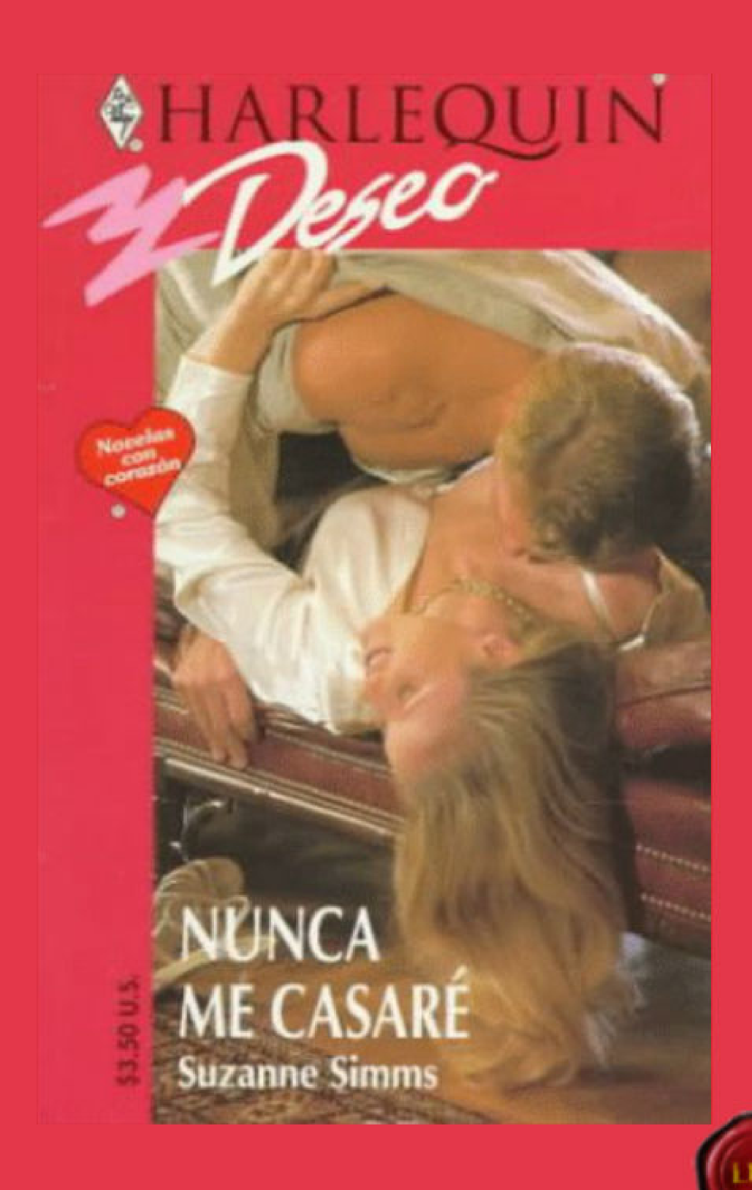

HARLEQUIN
Deseo
Novelas con corazón
NUNCA ME CASARÉ
Suzanne Simms
$3.50 U.S.
LDS

Título original: *I will never get married*
Suzanne Simms, 1997
Traducción: Rosa Mauleón Montes

Editor digital: LDS
ePub modelo LDS, basado en ePub base r1.2



EL MATRIMONIO EN OPINIÓN DE ROSS ST. CLAIR:

¡Casarme! ¿Yo? ¡Nunca! En el momento en que una mujer asocia mi nombre con el de la fortuna de mi familia, las campanas de boda empiezan a repicar… para ella. Pero soy inmune a las casaderas, aunque sean hermosas rubias de piernas largas y bien formadas…

EL MATRIMONIO EN OPINIÓN DE DIANA WINSTED:

Regla número uno: el matrimonio une a dos personas con un mismo objetivo en la vida.

Regla número dos: el marido perfecto es ambicioso y siempre dispuesto a ofrecer su apoyo, no un impredecible aventurero. Por eso quiero al hombre perfecto, pero… ¿por qué, en ese caso, me estoy enamorando del hombre inapropiado?



Suzanne Simms

Nunca me casaré

Deseo 716

ePub r1.0
LDS 17.03.16

Capítulo Uno

Las bodas eran una pérdida de tiempo.

Él lo sabía muy bien, había asistido a muchas .Multitud de invitados, miles de dólares desperdiciados en trajes, el asfixiante olor de las flores, montañas de comida y ríos de bebidas. Un verdadero desperdicio.

Por experiencia sabía que la mitad de las parejas no duraban más de la luna de miel. Un momento de realidad y ella volvía a casa corriendo, con su madre mientras él se metía en el primer bar que encontraba.

¡Bodas!

Sin embargo, Ross tuvo que admitir que ésta era diferente. Santo Tomás era un pueblo pequeño y humilde, y los novios parecían realmente enamorados. Y, al fin y al cabo, él era el invitado de honor.

El invitado de honor. Dios sabía por qué, pensó Ross sacudiendo la cabeza. Cualquier podría haber enseñado a esa gente cómo perforar un pozo. Pero sabía que no era verdad. Se necesitaba a alguien que supiera cómo hacerlo y él, aparentemente, era ese alguien.

El padre terminó de gesticular delante de la novia y el novio. Había dicho la misa de la boda en el dialecto de la región, uno de los cientos de dialectos de aquellas islas, y concluyó en español:

—¡Qué Dios os bendiga!

Todo el pueblo de Santo Tomás se había congregado en la iglesia para asistir a la ceremonia; tras la bendición, la gente se arremolinó alrededor de la joven pareja y, junto con una pagoda de flores y la imagen del santo patrón de la isla, salieron a la plaza del pueblo.

La plaza ni siquiera parecía una plaza.

La aldea pesquera consistía en un conjunto de casas de juncos, sawaii, con techos de paja a lo largo de un río que no tenía nombre. Aunque, por lo menos, la zona no estaba invadida de ratas, al contrario de lo que ocurría en Cotabato, la región fronteriza; y los cocodrilos, antaño numerosos en las siete mil y pico de islas que constituían el archipiélago filipino, era un animal extinto.

Al menos, eso era lo que los Taos le habían dicho. Ross St. Clair esperaba que los lugareños no le estuvieran gastando una broma al pobre «Joe». Los ancianos de la aislada comunidad aún recordaban a los primeros americanos que pusieron los pies en la isla: una compañía de GI Joes durante la segunda guerra mundial. Desde entonces, no habían visto a muchos americanos, y todos se habían quedado con el apodo.

La versión lugareña del banquete de bodas comenzó. La comida, que llevaron a la plaza, la había preparado la familia de la novia, y estaba dispuesta en coloridas mesas cubiertas de manteles. Los músicos locales comenzaron a tocar, abriendo el baile. Unos perros empezaron a ladrar cuando los chicos de la aldea se pusieron a tirar cohetes en honor al santo mártir y, de repente, el festejo se tornó en una mezcla entre fiesta, pelea de gallos y la celebración del cuatro de julio.

—Eh, Joe —gritó uno de los lugareños en un limitado inglés—, ¿quieres beber?

El hombre se llamaba Cebú y no tenía dientes; setenta y cinco años según Santo Tomás y, según otros, más. Cebú llevaba diez años sentado delante del sarí-sarí, la tienda del pueblo, fumando, bebiendo zumo de coco fermentado o zumo de caña de azúcar y contando anécdotas a los niños de la aldea. Era el ídolo de los niños.

—Gracias, Cebú. Encantado de beber y celebrar este día contigo —respondió Ross en el dialecto de la isla.

A los habitantes del pueblo les había sorprendido y agradado la rapidez con que Ross había aprendido su lengua; también había aprendido tagalog, uno de los dos idiomas oficiales de Filipinas, y varios dialectos, incluido el cebuano.

¿No le había dicho su profesor, en la universidad, que tenía una habilidad especial para los idiomas?

—¿No te gustaría quedarte en Santo Tomás y casarte aquí? —

bromeó el anciano mientras bebían.

—Soy demasiado joven para casarme —respondió Ross con voz solemne.

—¿Cuántos años tienes, Joe? —preguntó uno de los presentes.

—Treinta y cuatro —respondió Ross.

Cebú rió y dijo:

—El novio de la sobrina nieta de mi mujer tiene sólo veinte años. Tú no eres joven.

Ross St. Clair se llevó el vaso a la boca, bebió, se limpió los labios con la mano, demostró con un gesto su aprecio por aquel brebaje, y se dispuso a contradecirse a sí mismo.

—En ese caso, soy demasiado viejo.

—No eres viejo, Cebú es viejo —dijo un tercero.

Todos se echaron a reír. Se sirvió más alcohol de coco y el festín nupcial continuó.

Ross St Clair, con el vaso de licor de coco en la mano, comenzó a caminar hacia la playa, al otro extremo de la isla.

Había cumplido con su papel de invitado de honor. Había propuesto un brindis por los novios. Había comido hasta no poder más. Había bailado. Había escuchado con atención los versos rituales. Y había aplaudido cuando la novia cantó una canción ancestral, la kundiman. Ahora, por la tarde, la luz comenzaba a disminuir y Ross sentía un repentino deseo de contemplar la puesta de sol.

La puesta de sol era breve, un brillante espectáculo que sólo duraba unos minutos en la isla, una montaña volcánica que emergía del mar Célebes cerca del ecuador. Como no se diera prisa, iba a perdérsela.

Recorrió el pisado sendero que cruzaba la vegetación selvática. Delante, de vez en cuando se veía el puro azul del agua del mar. Tan pronto como llegara a la playa se quitaría las botas.

Las orquídeas silvestres aparecían por doquier y Ross se llenó los pulmones de su exótica fragancia. Aceleró el paso, ya casi había llegado.

Fue entonces cuando vio el yate.

Era una embarcación de un blanco deslumbrante, línea moderna

y, evidentemente, muy cara. Estaba anclada cerca de la playa.

Ross se detuvo.

En aquel rincón del mundo se recelaba de los forasteros hasta que se determinaba si eran amigos o enemigos. En las presentes circunstancias, la selva le proporcionaba un escondite natural del que aún no quería prescindir. Inmediatamente, agudizó el oído.

Voces.

Se acercó y miró tras las hojas de una palma que lo ocultaban. Había dos hombres en la playa, estaban de pie, enzarzados en una animada conversación. Primero habló uno; después, el otro. Agitaron las manos varias veces. Sacudieron las cabezas. Parecían estar negociando. Otros hombres, que debían ser guardaespaldas a juzgar por las semiautomáticas que llevaban, habían tomado posición a lo largo de la playa; otro hombre se encontraba vigilando cerca de donde Ross estaba escondido.

No se necesitaba ser un abogado de Filadelfia para darse cuenta de que aquellos hombres no eran habitantes de la isla.

Observó a los dos que estaban hablando. El que estaba de cara a él iba vestido con ropa de yate ostentosa, incluyendo un gorro de capitán y zapatos de diseño para cubierta.

El otro llevaba unos pantalones marrones y una camisa blanca de manga corta. El cabello le acariciaba el cuello de la camisa cada vez que movía la cabeza. Estaba de espaldas a Ross.

Se acercó unos centímetros más.

Estaban hablando en inglés.

—Ella no sabe nada del asunto, te lo aseguro —afirmó el de los pantalones marrones.

El otro hombre contestó con voz de hombre que fumaba una docena de puros habanos al día:

—Asegúrate de que siga siendo así.

Un gesto nervioso, una exclamación. Después, como respuesta:

—No te preocupes, yo me encargo de Diana.

El que iba vestido de capitán de yate lanzó un gruñido antes de preguntar:

—¿Cuándo llega su vuelo de Los Ángeles a Manila?

—El miércoles.

—Entonces, esperamos que la mercancía esté en nuestras manos el fin de semana.

—Lo estará, te lo prometo.

—Será mejor que así sea; de lo contrario, a la señorita Winsted le va a costar su bonita cabeza.

Ross se quedó helado. ¿Que iba a costarle su bonita cabeza? ¿Era una forma de hablar o una amenaza real?

—Las amenazas no son necesarias, Carlos —contestó el más joven de los dos según los cálculos de Ross—. La entrega llegará a su tiempo.

¿La entrega?

¿Entrega de qué? ¿Drogas? ¿Contrabando? ¿Dinero falso? ¿Diamantes? A Ross comenzó a galoparle la imaginación.

Tenía que enterarse de quiénes eran esos dos hombres. Desgraciadamente, el sol estaba detrás de ellos, reflejando sólo sus siluetas, lo que le impedía verlos propiamente.

Rápidamente, Ross examinó sus estaturas, la corpulencia de ambos y su aspecto. El que iba vestido como capitán de barco era bajo, algo entrado en carnes y de cabello negro, unas gafas de sol ocultaban sus ojos.

Su compañero era más alto, al menos un metro ochenta y tres de estatura, y podía pasar por un jugador de fútbol americano. No podía discernir mucho más.

—Vamos, vamos, date la vuelta para que pueda verte —susurró Ross, consciente de que no podían oírle.

Por desgracia, el sol bajaba con rapidez, pero lo peor era que aquellos visitantes parecían haber concluido su negocio. Se estrecharon la mano y el capitán de barco se dirigió hacia la barca motora que iba a llevarle al yate. Los guardaespaldas le siguieron y, cuando todos estuvieron en la motora, ésta se puso en marcha en dirección al yate. El yate tenía un nombre, pero Ross no pudo leerlo desde aquella distancia.

¡Lo que habría dado por un par de binoculares! Pensó Ross exasperado.

El otro hombre se dirigió hacia un pequeño aeroplano acuático que le esperaba. En cinco minutos, la playa estaba desierta.

Ross se dio cuenta de que, mientras espiaba a aquellos hombres, había oscurecido. Se había perdido la puesta de sol.

—¿De qué estarían hablando? —se preguntó Ross a sí mismo al tiempo que salía de detrás de la palma—, ¿Y qué demonios se supone que voy a hacer al respecto?

Nada. No iba a hacer nada. No era asunto suyo Diana Winsted no era asunto suyo. Aquel sórdido asunto que, sin duda alguna, era ilegal, no era asunto suyo. No iba a meter las narices en eso. No.

¿Estaba en peligro la vida de esa mujer?

Ross sacudió la cabeza y trató de razonar consigo mismo. No tenía nada que ver con él. Además, ya no era el típico buen chico que siempre hacía lo que debía. Ya no era Ross St. Clair, el obediente hijo de los importantes Rachel y Matthew St. Clair de Phoenix y del valle de San Fernando.

Ahora era un vagabundo con una habilidad especial para los idiomas y para arreglar cosas rotas. Estaba viajando por todo el mundo, yendo de un trabajo a otro, de un pueblo a otro, de un país a otro. No le debía nada a nadie. Iba y venía a su antojo. Era libre. Era libre.

Hacía dos meses, en Manila, se había montado en un barco y había ido a aquella isla siguiendo un capricho. Se había quedado, también por capricho, y había trabajado. Ya había terminado el tra5 bajo, el pueblo tenía un pozo nuevo de agua potable. No había razón para permanecer allí por más tiempo. Podía marcharse, iba a marcharse tan pronto como decidiese adonde.

Pero la conversación que había oído en la playa le preocupaba. La repasó mentalmente.

«A la señorita Winsted le costará su bonita cabeza».

¿Era bonita?

Entonces, recordó algo que había dicho el hombre de los pantalones marrones.

«Ella no sabe nada del asunto».

¿Era inocente?

¿Podía olvidarse de lo que había oído y olvidarse de que la vida de la señorita Winsted podía correr peligro? ¿Podía permitir que ella pagara con su vida? ¿Había caído él tan bajo?

Algo que sus padres le habían dicho le vino a la mente: «déjate guiar por la conciencia, Ross».

¿Le quedaba aún conciencia?

Al parecer, así era.

—¡Maldita sea! —murmuró Ross.

Al parecer, sabía adonde iba a dirigirse. Volvía a Manila. Iba a volar a Manila.

Capítulo Dos

Iba vestido como una cama sin hacer.

Esa fue la primera impresión de Diana Winsted respecto al hombre que estaba al otro lado de la policía de aduanas.

Tenía un cartón pegado al pecho en el que es-taba escrito el nombre de ella con letras mayúsculas y en negro.

Diana se puso una gafas de sol de diseño y, con paciencia, esperó a que le examinaran el pasaporte y se lo devolvieran. Era una oportunidad perfecta para examinar a aquel desconocido sin que éste se diera cuenta.

No tenía aspecto de chofer ni de ser uno de los socios de la empresa; por lo tanto, procedió a tachar mentalmente de la lista esas dos posibilidades.

Tenía el cabello castaño, revuelto, y manchado de rubio en las sienes; demasiado largo, le tocaba el cuello de la camisa. Muy bronceado, un color bronce fuera de moda. Al parecer, no se había enterado de los peligros del melanoma, aunque podía ser que no se utilizase crema de protección solar donde vivía.

Tenía barba de dos días, pero no lograba ocultar una mandíbula que parecía de granito. La nariz era un tributo a los antiguos romanos, con una cierta nota aristocrática. Los ojos tenían arrugas en los extremos, pero desde esa distancia no pudo ver de qué color eran.

Llevaba unos pantalones caqui arrugados y unas botas de tipo militar, aunque no estaban limpias. Llevaba una pequeña mochila colgada al hombro.

Su intuición le dijo que ese hombre viajaba con poco equipaje y la mochila debía contener todo lo que poseía en este mundo.

Ella, por el contrario, viajaba con un juego de cuatro maletas de

Louis Vuitton. Había tenido el sentido común de dejar el resto de su equipaje en casa.

El policía de aduanas le selló el pasaporte y se lo devolvió con una educada sonrisa.

—Bienvenida a Filipinas, señorita Winsted. Esperamos que disfrute de su visita.

Ella le dedicó una sonrisa igualmente educada, le dio las gracias, y comenzó a recoger sus maletas al tiempo que hacia un gesto con la mano para llamar la atención de un mozo.

El hombre de los pantalones caqui arrugados avanzó hacia ella inmediatamente.

—¿Diana Winsted?

—Sí.

Él no se molestó en estrecharle la mano. Le puso una mano en el codo y comenzó a alejarla de allí, dejando el equipaje y al hombre que lo manejaba atónito.

El hombre dijo en voz baja:

—Usted… nosotros… tenemos que marcharnos de aquí.

Ella trató de liberarse, pero él se lo impidió agarrándole el brazo con más fuerza.

—Perdone, pero…

—Se lo explicaré más tarde.

Diana se forzó a mantener la calma, a no permitir que el pánico hiciera presa de ella. ¿Qué podía ocurrirle en un aeropuerto?

—Me lo va a explicar ahora, en este mismo instante —le informó ella sacándole de posibles dudas.

El hecho de que el acento de aquel hombre le indicara que era un compatriota americano no disculpaba su comportamiento.

—¿Trabaja usted en la empresa de Yale? ¿Y dónde está Yale? ¿Por qué no ha venido a por mí?

—¿Yale?

—Mi novio, Yale Grimmer.

—No sé quién es.

Diana plantó los pies con firmeza en un intento por detenerse.

—Eh, espere un momento, señor…

—St. Clair. Ross St. Clair.

El nombre no le sentaba bien, no tenía aspecto de llamarse Ross St. Clair. Más bien podía llamarse Mack Bolán. O soldado de

fortuna. O el espía que salió de la lluvia. O el vaquero de los pantalones kaki.

Como estaba pegada a él, fue inevitable mirarle a los ojos. Tenían el color más extraño que había visto en la vida. No eran azules. No eran verdes. No eran marrones. Eran una mezcla de los tres. Una vez, había visto una ágata de ese color.

Había inteligencia en esos ojos ágata, y eso le sorprendió.

—¿De dónde es usted?

—De Phoenix.

—¿Phoenix?

—Arizona.

—Sé perfectamente dónde está Phoenix, señor St. Clair —Diana apretó los dientes—. Supongo que eso lo explica.

—¿Que explica qué?

Diana hizo una mueca para mostrar su indignación.

—Su actitud de vaquero.

Él se echó a reír, pero no había humor en su risa.

—¿Actitud de vaquero? —Ross sacudió la cabeza—. Y usted, ¿de dónde es?

—De Grosse Pointe.

—¿Grosse Pointe?

—Michigan.

—Sé perfectamente dónde está Grosse Pointe, señorita Winsted —entonces, él murmuró algo en-tre dientes.

—¿Qué?

—Supongo que eso lo explica.

—¿Que explica qué?

Ross hizo una imitación de la mueca de indignación previa de ella.

—Su actitud de joven en su fiesta de presentación en sociedad.

Los ojos de Ross se clavaron en los de ella, una variedad de luces de colores.

—No soy una joven que se presenta en sociedad.

—Y yo no soy un vaquero.

Diana se dio cuenta de que la estaba llevando hacia la salida.

—Esto ya ha llegado demasiado lejos, Señor St. Clair. Me está haciendo daño en el brazo, suélteme ahora mismo.

Le sorprendió que él la soltase.

No le había hecho daño, pero se frotó el brazo.

—Voy a volver para recoger mi equipaje y, después, voy a buscar al chofer que mi novio, sin duda, ha enviado aquí para mí.

—Como le he dicho, tenemos que marcharnos de aquí inmediatamente.

—Señor St. Clair…

—Ross.

—Señor St. Clair, he estado viajando veinticinco horas. He estado en cuatro taxis, cinco aeropuertos y, al menos, seis zonas horarias desde que salí de casa ayer; por lo tanto, no me queda sentido del humor, creo que lo he perdido en alguna parte del océano Pacífico —pateó el suelo con su zapato de Maud Frizon—. O está gastándome una broma de muy mal gusto y está completamente loco, aunque no es asunto mío. Estoy cansada, tengo hambre y no voy a dar un paso más en su compañía.

Ross se detuvo, dio unos pasos hacia delante y hacia atrás delante de ella durante un minuto, se mesó los cabellos y luego, con gesticulación agitada, declaró:

—Usted está en peligro.

Ella arqueó las cejas.

—Sí, mientras esté con usted.

—No, se equivoca —Ross lanzó una maldición nacida de la frustración—. Yo soy la única persona de quien se puede fiar.

—Señor St. Clair, usted es un perfecto desconocido para mí —señaló ella con toda lógica—. Aparece en el aeropuerto y me dice que estoy en peligro; No tengo motivo alguno para fiarme de usted.

El alzó los anchos hombros.

—Escuche, señorita, llevo tres días y tres noches viajando en barco, tren, avión y autobús con el fin de llegar aquí a tiempo. Desde las doce de la no-che, he estado aquí recibiendo todos los vuelos procedentes de Los Ángeles; por lo tanto, a mí tampoco me queda sentido del humor. Me doy cuenta perfectamente de que esto debe parecerle una lo-cura, pero corre peligro. Tanto si me cree como si no, tiene un problema, señorita Winsted. Un grandísimo problema.

—Por si no lo ha notado, el único problema que tengo es usted. Y ahora, si me disculpa, voy a buscar al mozo que tiene mis maletas.

—Escuche…

—Como se acerque a mí, gritaré —dijo Diana completamente en serio.

Ross murmuró una maldición.

Diana giró sobre sus talones, con la espalda muy derecha, y se alejó de él con perfecta postura, con una dignidad intacta. No volvió la cabeza.

Al demonio con ella, decidió Ross mientras la veía alejarse.

Dios era testigo de que había cumplido con su deber. Había tratado de advertirle del peligro que corría, pero ella no había querido prestarle atención.

Peor para ella. Tenía, posiblemente, las mejores piernas que había visto nunca en una mujer: lar-gas y esbeltas. Un recreo para la vista.

Sin embargo, conocía a esa clase de mujeres, a las mujeres como Diana Winsted. Tenían tendencia a ser una molestia.

Tenía la impresión de que Diana Winsted era una de esas mujeres que se pasaban la vida cultivando un comportamiento social correcto, algo esencial en las clases privilegiadas. Sin duda, sabía con qué tenedor se comía el pescado, cuál era la copa indicada para el licor después de la cena y que el protocolo indicaba que el senador se sen-tase a la derecha de su anfitriona.

Iba vestida con absoluta perfección y ninguna arruga. También imaginaba que su maquillaje era inmaculado, aunque la temperatura fuese cuarenta grados a la sombra. Tenía la clásica belleza rubia, distante y altanera de uno de los personajes femeninos en una película de Alfred Hitchcock.

Fuera como fuese, Diana Winsted corría peligro y él tenía que volverlo a intentar.

Tras tomar esa decisión, Ross se volvió para seguirla y, al hacerlo, vio su imagen reflejada en uno de los ventanales del aeropuerto.

Vacilante, se contempló a sí mismo durante unos momentos. ¿Quién podía culpar a esa mujer por dudar de él? Casi ni se reconocía. Tenía un aspecto terrible.

Sin embargo, lo primero era lo primero, y lo primero era

enterarse del hotel en el que la señorita Winsted iba a hospedarse. Con ese fin, siguió al mozo que llevaba el equipaje de ella. El billete de veinte dólares pagaría por esa información.

Después, iría a cortarse el pelo, a afeitarse y a darse una ducha. Incluso se cambiaría de pantalones.

Sí, sin duda alguna.

Aunque pareciese una joven en su fiesta de presentación en sociedad, Diana Winsted tenía el mejor par de piernas que había visto en su vida.

Capítulo Tres

Al principio, Diana no lo reconoció.

Estaba sentada a una mesa con un mantel de lino en el restaurante del histórico hotel Manila le-yendo la carta con el menú. Cuando levantó la cabeza, ahí estaba él, en el vestíbulo.

Destacaba de todos los que se encontraban en la entrada del hotel, pero no sólo por la altura. Tampoco se debía a los musculosos hombros y a la estrecha cintura. Y, desde luego, no porque fuese guapo; era demasiado duro para que se le considerase guapo en el sentido tradicional de la palabra.

Fue entonces cuando lo reconoció. Se trataba del lunático del aeropuerto, el que había intentado raptarla, el que había dicho que ella corría peligro de muerte. Ross St. Clair.

Al parecer, tenía más recursos de los que había supuesto y había conseguido averiguar dónde se hospedaba ella. No cabía duda, tenía que haber sobornado al mozo del aeropuerto. No le extrañaba que fuera capaz de hacerlo.

Diana levantó la carta del menú hasta la altura de los ojos; ella sí podía verlo, pero él, con suerte, no la vería a ella.

Tuvo que admitir que este Ross St. Clair era una mejora respecto al primero. Se había cortado el pelo, aunque seguía estando largo. Recién afeitado. Los pantalones kakis estaban limpios y planchados.

Sin embargo, seguía habiendo algo fundamentalmente incivilizado en él que convertía a Ross St. Clair en un hombre inapropiado.

Diana conocía bien a esa clase de hombres. Justo hacía un año, había sido testigo de que un hombre así destrozase el corazón de su mejor amiga; un hombre que era irresponsable, incapaz de comprometerse con nadie, un hombre adicto al peligro y a la

aventura, un correcaminos.

Fue entonces cuando Diana se juró a sí misma que sólo se enamoraría del hombre adecuado, un hombre como Yale Grimmer.

Yale lo tenía todo, pensó Diana con satisfacción: atractivo físico, una licenciatura de Harvard, dinero suficiente pero no demasiado, demasiado se consideraba vulgar, posición social, ambición profesional que incluía su reciente ascenso a vicepresidente de la compañía en lo relacionado con las operaciones en Asia y el Pacífico, y la incondicional bendición de los padres de ella.

¿Qué más podía pedir una mujer?

Lo único que a Yale le faltaba era la esposa perfecta a su lado.

Hacía unos meses, Diana había decidido ser esa esposa perfecta. Era el motivo de este viaje a Filipinas, la razón por la que se iba a reunir con su pro-metido en aquella parte del mundo. Juntos, iban a buscar una casa y a hacer los preparativos necesarios para empezar una vida juntos en el extranjero. A finales de verano volverían a los Estados Unidos para la maravillosa boda con la que siempre había soñado, seguida de una luna de miel de dos semanas en Hawai.

Nadie iba a interferir en sus Planes

—Y eso le incluye a usted, señor Ross St. Clair —murmuró Diana mientras bajaba la carta del menú.

Como si al mencionar su nombre le hubiera conjurado. él apareció delante de la mesa.

—¿Donde está su novio? —preguntó Ross directamente

Diana respiró profundamente contó hasta diez y resistió la tentación de girar sobre su dedo el anillo de compromiso.

—Yale no es mi novio, es mi prometido.

—¿dónde está su prometido? .

Diana hizo un esfuerzo por aparentar tranquilidad.

—No estoy segura

El tono de voz de Ross mostró una burla.

—¿Tan pronto lo ha perdido? ¿O sólo lo ha extraviado temporalmente? .

—Ni lo uno ni lo otro. Ya que tanto le interesa, le diré que me esperaba una nota cuando he llegado. Yale ha tenido que ausentarse por asuntos de negocios, volverá a Manila mañana.

Unos dientes blancos brillaron.

—Qué suerte tiene de que yo haya aparecido; de lo contrario, se

vería obligada a pasar sola su primera noche en una ciudad nueva y en un país nuevo.

—Hay cosas peores, señor St. Clair —murmuró ella sarcásticamente.

—Ross. por favor. Y tutéame —Ross aparto una silla de la mesa y se sentó cómodamente en ella—, Si no te molesta cenaré contigo ¿Has pedido ya la cena? ¿Puedo recomendarte el Lapu Lapu ? Es un pescado blanco muy suave típico de Filipinas. No se encuentra en ninguna otra parte del mundo y es delicioso.

—Señor St. Clair…

—No te preocupes, yo pediré por los dos —Ross se volvió hacia el uniformado camarero que, mágicamente, apareció al instante—. Para empezar, zarzuela de mariscos; después, Lapu Lapu.

Ross se volvió entonces a Diana y le preguntó:

—¿Quieres arroz para acompañar?

La audacia de aquel hombre la había dejado atónita y se limitó a encogerse de hombros.

Ross continuó hablando al camarero:

—Tomáremos pansit y también pinakbet. Y luego, más tarde, quizá tomemos también café y fruta.

—¿Pansit? —repitió ella cuando el camarero se hubo alejado.

—Pansit es un plato a base de arroz y pasta aderezado con limón y salsa de soja. Pinakbet son ver-duras sazonadas con ajo, cebolla y jengibre, las especias más básicas de la cocina filipina. ¿Sabías que la lengua tagalog tiene, por lo menos, ciento sesenta palabras diferentes relativas al arroz y a las etapas de su preparación?

—No, no lo sabía.

Se hizo un incómodo silencio.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte aquí? —le preguntó su compañero de mesa como si se conocieran de toda la vida.

—¿A quedarme aquí?

—Sí, aquí, en el hotel.

—No lo sé —Diana no conocía exactamente los planes de Yale.

—Durante la segunda guerra mundial, el hotel Manila era el cuartel general del general MacArthur. Por supuesto, han reformado las habitaciones desde entonces. Es muy elegante, primera clase, «el sitio» en el que alojarse.

Diana desdobló la servilleta de lino y se la puso encima de los

muslos.

—A mi novio le gusta que todo sea de primera clase

—¿Incluyendo a sus mujeres?

Ella le sostuvo la insinuante mirada.

—Sobre todo, sus mujeres.

Seguidamente, Diana preguntó con cierta altanería:

—Dígame, señor St. Clair. ¿cuánto tiempo lleva por aquí?

—Ross y de tú.

—Está bien, Ross.

Como premio, Diana recibió una encantadora sonrisa masculina.

—¿Quieres decir que cuánto tiempo llevo en Maníla?

Lo único que Diana estaba haciendo era conversar educadamente.

—Me refiero al Pacífico, a Filipinas, a estas islas, a esta parte del mundo.

—Un tiempo.

A juzgar por su aspecto, Ross St. Clair se había vuelto casi un nativo.

—¿Años? —insistió ella.

Ross se quedó pensando.

—No tanto —tomó el tenedor y pincho el marisco que el camarero les había llevado—. Estas islas le cambian a uno, Diana.

Ella intentó parecer imperturbable.

—No lo dudo. Yo voy a quedarme.

Ross se encogió de hombros.

—En ese caso, te darás cuenta de que vivir en esta parte del mundo le quita a uno los modales típicos de la civilización. Le cala a uno hasta los huesos y nos expone claramente tal y como somos.

Diana levantó su copa.

—¿Y quién y qué eres tú exactamente, Ross?

La mirada de él se tornó ilegible.

—Un hombre. Sólo un hombre.

Diana no le creyó ni por un momento.

—¿Un hombre que acosa a una completa desconocida en un aeropuerto y le dice que está en peligro?

Ross se quedó muy quieto. La miró a los ojos fijamente. Luego, dijo:

—Concédeme diez minutos, Diana, es todo lo que te pido. Si

después de lo que voy a decirte no me crees, al menos lo habré intentado y me que-daré con la conciencia tranquila.

Diana abrió la boca para responder, pero no emitió ningún sonido. Tenía que reconocer su sor-presa. También se sentía intensamente consciente de él, de su proximidad.

Hizo una elocuente pausa y después se oyó a sí misma decir:

—Diez minutos.

A continuación, se miró el elegante reloj de oro de pulsera.

—Será mejor que empieces a hablar, Ross, te que-dan nueve minutos y medio.

Ross se acarició la mandíbula pensativo.

—¿Y por dónde demonios empiezo?

—¿Te parece que por el principio? —sugirió ella con una dulce y sarcástica sonrisa.

—Es demasiado largo. Además, hay muchas cosas que son irrelevantes. Empezaré por el momento en que entras tú en escena.

—Una idea excelente ya que sólo te quedan nueve minutos.

Diana Winsted conseguía ser educada y maleducada al mismo tiempo. Ross se pregunto cuanto tiempo le habría llevado adquirir esa habilidad social. i

A partir de entonces, se concentro en relatarle lo ocurrido, empezando por la tarde que oyó la conversación de los dos hombres en la playa, y concluyó con su aparición en el aeropuerto Metro de Manila. Debido a la presión a la que ella le había sometido, consiguió contarlo todo en ocho minutos exactos.

La mujer que estaba sentada delante de el miro el plato de Lapu Lapu que le había puesto y, cuando él se calló, dijo en tono ligero:

—Es una historia muy interesante y misteriosa para antes de dormir, pero no es más que eso, un cuento.

Aquella tonta no le creía.

Ross no podía creerlo.

Lanzó una maldición inaudible y luego dijo en un tono conscientemente desdeñoso: _

—En caso de que no lo hayas notado, señorita Winsted, éstas muy lejos de casa. Esto es el Pacifico, no Grosse Pointe en Michigan. Aquí puede ocurrir cualquier cosa, y ocurre.

Ross vio que las orejas de ella enrojecían.

—Lo sé perfectamente, no soy tan inocente —le informó ella.

—Lo que te he dicho es absolutamente cierto.

Ella empujó la comida en el plato con el tenedor.

—No dudo que sea lo que tú creas.

A Ross se le atragantó un trozo de pescado.

—¿Crees que es producto de mi imaginación?

¿Que estoy loco?

Las rubias cejas arqueadas fueron más elocuentes que mil palabras. La mujer encogió los hombros cubiertos de seda.

—O eso, o tienes una gran imaginación para ligar.

Ross se quedó boquiabierto.

—¿Me estás acusando de querer ligar contigo?

Diana evitó su mirada, apoyó la barbilla en una mano y admitió:

—Es una idea que se me ha pasado por la cabeza.

Ross se recostó en el respaldo de la silla y exhaló expresivamente.

—Dios mío —entonces, volvió a incorporarse en el asiento—. ¿Cuántos años tienes?

Diana Winsted se quedó sorprendida, pero contestó.

—Veintiséis.

Ross sacudió la cabeza, eso explicaba mucho. Era más joven de lo que había creído, debía deberse al sofisticado peinado; de haber llevado el cabello rubio suelto podría haber aparentado veinte años.

—¿Tienes relaciones sexuales con Grimmer? —preguntó Ross de improviso.

—¿Qué?

Ross repitió la pregunta en voz más alta.

—¿Que si te estás acostando con Yale Grimmer?

—Sssss, no estoy sorda. Mira, todo el mundo nos esta mirando —susurró ella.

Ross no se molestó en volver la cabeza para ver si les estaban mirando.

—Eso me da igual.

—Pues a mí no.

—Bueno, ¿sí o no?

Los ojos marrón dorado de ella brillaron de furia. Bajó la voz y pronunció cada palabra con cui-dado y claramente:

—Eso no es asunto tuyo.

Evidentemente, no se estaba acostando con el.

Diana Winsted continuó:

—Cuando me quiera dar cuenta, vas a preguntarme la talla de mi ropa interior.

Ross centró los ojos en los turgentes senos.

—Treinta y cuatro C —bajó la mirada—. Talla cinco. El vestido talla ocho o diez ya que eres bastante alta, un metro sesenta y siete mas o menos, y unos cincuenta y cuatro kilos.

La expresión de Diana le indico que se había acercado mucho.

La nariz aristocrática se alzo ligeramente.

—No voy a preguntarte cómo lo sabes.

Ross se concentró en el Lapu Lapu con entusiasmo.

—Ingeniero —dijo Ross al cabo de uno o dos minutos.

—¿Ingeniero?

—Tengo la carrera de ingeniero.

La expresión de Diana era una demostración de escepticismo.

—Él pescado está delicioso; en eso, temas razón — comentó su compañera de mesa.

Lo que quería decir que estaba equivocado en todo lo demás.

Lo que quería decir que estaba perdiendo el tiempo.

—Algún día, te arrepentirás de lo que estas diciendo —le informó Ross mientras terminaba el plato.

—Ya me estoy arrepintiendo —contestó ella.

—¿De qué?

—De haberte escuchado. Me arrepiento de haber accedido a que cenases conmigo —Diana dejó la servilleta encima de la mesa y se puso en pie—. Te ruego me disculpes, Ross St. Clair; es decir, si ése es tu verdadero nombre. Aún tengo que sacar algunas cosas de las maletas y quiero acostarme temprano.

—Oh, no te preocupes por mí —respondió Ross al tiempo que se llevaba la taza de café a los labios.

—No voy a hacerlo. Adiós y buenas noches.

—Adiós —murmuró Ross antes de acabarse el café.

Ross se levantó, sacó unos billetes del bolsillo de los pantalones y los dejó encima de la mesa. Al parecer, le tocaba invitar esa noche. Después, salió del restaurante con paso perezoso.

Qué perdida de tiempo.

Tanta belleza, tanto encanto y tanta mujer echándose a perder con ese Yale Grimmer. Aun-que, por supuesto, no era asunto suyo.

No lo era. Yale y Diana, una pareja infernal.

Estaba ya a la salida del hotel Manila intentando decidir si tomar un taxi o ir andando a por sus cosas cuando oyó a alguien llamándolo.

—Señor St. Clair. Eh, Ross.

Ross volvió la cabeza y vio a Diana Winsted corriendo hacia él.

Ross hizo un esfuerzo por no sonreír.

—¿Sí? —dijo él cuando Diana llegó a su lado.

Diana respiraba trabajosamente.

—Señor St. Clair…

—Ross.

—Ross. puede ser que lo que me has contado no sea una locura.

Ross arqueó las cejas.

—;Has recobrado el sentido común?

—Puedes llamarlo así —contestó la joven nerviosa—. Se trata de mi habitación.

—¿Tu habitación? —preguntó Ross alerta—. ¿Que le pasa a tu habitación?

—Alguien ha entrado y esta patas por hombro.

Capítulo Cuatro

—¡Dios mío!

La hermosa y sofisticada rubia suspiró y asintió.

—Está hecha un desastre —dijo ella con voz temblorosa.

Estaban en el umbral de la puerta entre el cuarto de estar y el dormitorio de la lujosa suite del hotel. Las sillas estaban por los suelos, las maletas abiertas, los cajones sacados y las puertas de los ármanos abiertas. Las ropas estaban esparcidas por todas partes.

Era un verdadero desastre.

Ross lanzó un silbido.

—Esto lo ha hecho un profesional.

—¿Un profesional? —repitió Diana.

Ross entró en el dormitorio y saltó por encima de una prenda de seda.

—Muy minuciosos —la imagen de los tipos con armas en la playa le vino a la cabeza—. ¿Qué te parece a ti?

Diana lo miró y alzó las manos.

—¿Que qué me parece? Me parece que alguien ha puesto mi habitación patas arriba, eso es lo que me parece.

Ross se volvió hacia ella y la clavó en la pared con la mirada.

—¿Por qué?

Con un aire de inocencia que ni siquiera una consumada actriz podía fingir, Diana tragó saliva y admitió:

—No lo sé.

—¿Te falta algo?

Diana se encogió de hombros.

—¿Quieres que llame a los de seguridad del hotel?

—No lo sé.

—¿A la policía?

—No lo sé.
—¿Qué quieres hacer?
Los dos dijeron al unísono:
—No lo sé.
—Sugiero que, por el momento, no nos dirijamos a las autoridades. Antes, vamos a ver si falta algo —Ross se inclinó y levantó un sujetador de encaje que colgaba del brazo de un sillón—. Creo que podemos suponer que quienquiera que haya sido la persona que ha registrado tu habitación no es-taba interesado en tu ropa interior.
Diana le quitó el sujetador.
—Te preocupas demasiado por mi ropa interior.
Ross lanzó una carcajada y dijo en voz suave:
—Sí, no sé, quizá sea porque hace ya bastante que no veo cosas tan bonitas.
Las cejas de ella se alzaron una fracción. Después, comenzó a ordenar la habitación rápidamente.
Ross se encargó de los muebles; después, se sentó en un elegante sillón y cruzó las piernas. No tenía nada que hacer excepto observaba Diana, y eso es lo que hizo. Cada movimiento que esa mujer hacía era poesía. Fuera lo que fuese, Diana Winsted era un placer para la vista.
También le hacía sentirse como un toro en una tienda de artículos de porcelana.
—No han roto nada —informó ella cuando el último vestido estuvo colgado en el armario.
—¿Y las joyas?
—Sólo he traído unas piezas, pero creo que no falta ninguna —contestó Diana mientras examinaba los collares y los pendientes que había encima de la cama.
—¿Dinero?
—Lo llevaba casi todo en el bolso, aunque tenía algo extra en una maleta, pero también está.
—¿Cheques de viajero?
—Lo mismo.
De todos modos, Diana revisó un maletín de cuero de hombre y sacó el contenido: un cepillo con mango de plata, unos gemelos con diamantes y un alfiler de corbata haciendo juego, una botella de

whisky y una pipa.

—Qué suerte, no te han robado la pipa —dijo Ross en tono burlón.

Diana enderezó la espalda y lo miró.

—No es mía. Yale me pidió que le trajera unas cosas que se había dejado olvidadas.

Ross se recostó en el respaldo del sillón y se acarició la mandíbula despacio.

—No consigo entenderlo.

—Pues es muy sencillo. Yale hizo las maletas rápidamente y se le olvidaron algunas cosas —explicó ella.

—No, no, no me refiero a las cosas de tu novio. Lo que no sé es qué buscaban los ladrones. De tratarse de un robo normal, ¿por qué no se han llevado las joyas y el dinero? No tiene sentido.

Diana se sentó en el borde de la cama y comenzó a doblar sus prendas de lencería metódicamente.

—Sí, no tiene sentido, ¿verdad? —se animo de repente—. A menos que se haya tratado de un acto de vandalismo.

Ross sacudió la cabeza.

—¿Los ladrones se han equivocado de habitación y se han dado cuenta tarde?

Ross volvió a sacudir la cabeza.

—¿Han entrado en mi habitación y se han dado cuenta de que no había nada que mereciera la pena robar?

—No, no lo creo, Diana. Los hombres que oí en la playa mencionaron tu nombre en conexión con la «mercancía».

—¿La mercancía…?

—¿Existe la posibilidad de que alguien te haya metido algo en una maleta sin que tú lo supieras?

Los ojos de Diana se agrandaron y su voz se transformó en un susurro.

—¿Estás sugiriendo que alguien me ha utilizado como correo?

Eso era exactamente lo que Ross estaba sugiriendo, pero dijo:

—Quizás.

Diana sacudió la cabeza lentamente.

—No veo cómo. Cerré las maletas en casa y las recogí al llegar al aeropuerto. Sólo hay un juego de llaves y lo tengo yo.

Ross consideró la respuesta y luego pregunto:

—¿Conoces a un hombre que se llama Carlos?

—¿Carlos? No, creo que no. No —Diana se frotó las sienes—. Me estás dando dolor de cabeza, Ross.

—Y yo que creía que sólo era un…

El timbre del teléfono le interrumpió.

Los dos se sobresaltaron.

—Será mejor que contestes.

Diana descolgó el auricular y consiguió contestar con voz calma:

—¿Sí? —frunció el ceño—. No te oigo muy bien, la conexión no es muy buena. ¿Eres tú, Yale?

Hizo una pausa y escuchó.

—Ya. Sí, claro que lo comprendo. ¿Dónde estás? ¿Port Man qué? Ah, Port Manya. Sí, claro que lo haré. Espera un momento, voy a por un papel y un bolígrafo —Diana clavó los ojos en Ross.

—¿Quieres que me vaya?

La rubia negó con la cabeza e hizo un gesto con la mano.

—¿Quieres papel y lápiz?

Ella asintió. Ross rebuscó en un cajón que había a su lado y encontró lo que necesitaba.

Después, Diana volvió a hablar por el teléfono.

—Repítelo, Yale —anotó varias palabras y unos números—. Sí, ya lo he anotado. Asian Air. Mañana por la mañana a las nueve y media. El vuelo que va a Port Manya, Sí, que recoja el billete en el aeropuerto.

Ross escuchó con mucha atención.

—Sí, claro que lo llevo. Nunca me lo quito, ya lo sabes.

Debían estar hablando del anillo de compro-miso que Ross le había visto en el dedo anular de la mano izquierda.

—Está bien. Te veré mañana por la tarde en el hotel de Port Manya —estaba de espaldas a Ross-Sí. ¿Yale? ¿Yale?

Se quedó con el auricular en la mano casi un minuto antes de colgar y anunciar;

—Se ha cortado la comunicación.

Ross se pasó la mano por los labios.

—Es el sistema de telefonía aquí, a veces funciona —se encogió de hombros—, pero otras veces no. Nunca se sabe. Lo mismo pasa con la electricidad, es una cuestión de suerte.

—Gracias por animarme —dijo Diana con una estoica carcajada.

—Así que tu novio vuelve a Manila mañana, ¿no?

—Como has debido oír, mi prometido lo ha arreglado todo para que mañana vaya a la isla Port Manya a reunirme con él.

—¿Los negocios antes que el placer?

Diana no perdió el tiempo en contestarle.

—Como vicepresidente de una compañía, Yale tiene muchas responsabilidades. No puede dejarlo todo por mí.

—Lo que se traduce en «negocios antes que nada».

Diana apretó los labios.

—Dudo mucho que puedas comprenderlo.

—No estés tan segura —murmuró Ross. Descruzó las piernas y las estiró—. Ese hombre es un idiota.

—¿Qué?

Era hora de que Diana oyese unas cuantas verdades.

—Tu prometido es un idiota al dejar que una mujer como tú vaya por ahí sola, algo que sólo puede acarrear una cosa: problemas.

—Eres un machista.

Le habían llamado peores cosas, mucho peores.

Ross la miró larga y detenidamente.

—Se te ha olvidado mencionarle que te han registrado la habitación.

—No he visto motivo para preocuparlo; además, él no puede hacer nada —Diana tocó, una por una, cada una de las piezas que colgaban de su brazalete de oro—. Además, ya soy mayor, puedo valerme por mí misma.

—Sí, claro —Ross consiguió no reírse en su cara—. También he notado que no le has hablado de mí.

Ella respondió con voz sofisticada y superior:

—No hay nada que decir.

Ross sintió un increíble deseo de cambiar la situación, de tomar a esa hermosa mujer en sus brazos y besarla hasta marearla.

No, hasta marearse.

Quizá entonces descubriese si era tan fría por fuera como dulce por dentro. ¿Era una princesa de hielo o una mujer apasionada? ¿Qué sabor tenía? ¿Qué se sentiría al abrazarla? ¿Cómo sería hacerle el amor?

De repente, imaginó a Diana Winsted desnuda con sus largas y

bien formadas piernas alrededor de su cuerpo, los senos pegados a su pecho, el cabello cayéndole por los hombros desnudos, los labios hinchados de besar.

Ross no dejaría nada por examinar. A Diana no le quedaría ni un milímetro del cuerpo que él no conociese íntimamente.

Ross lanzó un gruñido al sentir, en la realidad, los síntomas de una excitación sexual.

No era el momento adecuado, ni el lugar adecuado. Ni la mujer adecuada. Llevaba ya demasiado tiempo allí, demasiado tiempo sin una mujer. Quizá había llegado el momento de volver a la civilización.

Al sentir una mano en el hombro, Ross salió de su ensimismamiento.

—¿Te pasa algo?

El parpadeó varias veces y negó con la cabeza.

—No, estoy bien.

—Creo que ya he terminado —dijo Diana, indicando que la habitación había vuelto a su condición original.

—¿Has ido alguna vez en un vuelo de Asían Air;» —preguntó Ross mientras caminaban hacia la puerta.

—No.

—Tiene unos aviones pequeños que van de isla en isla por el Pacífico, no es nada parecido a lo que nosotros estamos acostumbrados.

—Tú no sabes a lo que yo estoy acostumbrada —contestó ella inmediatamente.

Sí, lo sabía. Diana Winsted era una mujer que viajaba siempre en primera. Asían Air la iba a sorprender.

En fin, pronto lo reconocería.

Diana le ofreció la mano y dijo educadamente

—Te agradezco mucho que hayas venido aquí conmigo. Y me mantendré alerta… por lo que me has contado de los hombres en la playa.

Ross le tomó la mano, pero no fingió estrechársela a modo de saludo.

—Ten cuidado.

—Lo haré.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo —contestó ella sonriente.

Era la primera vez que la veía sonreír de verdad, y lo cambió todo. Tenía la intención de besarle la mano correctamente, pero cambió de idea en el último momento. Le dio la vuelta a la mano y le acarició la palma con los labios.

Sintió realmente el temblor que recomo el cuerpo de Diana. Los ojos de ella oscurecieron, incluso vio algo en su interior. Fuego. Fuego dorado. Quizá incluso deseo. Pero cuando dio un paso hacia ella, Diana retrocedió rápidamente.

Interpretó la señal y cruzó el umbral de la puerta.

—Cierra con llave.

Diana parecía estar conteniendo la respiración.

—Sí, Ross.

Pero Ross no quería marcharse, y era una locura.

—¿Estás segura de que no te da miedo quedarte sola?

—Estoy segura.

—Los ladrones podrían tener una llave maestra.

—Lo sé, pero no van a volver, no tengo lo que quieren.

—Tienes razón —admitió Ross a pesar suyo.

—Sí, la tengo. Al menos, esta vez.

A Ross se le habían acabado las excusas para no marcharse.

—En ese caso, adiós. Diana Winsted.

—Adiós, Ross St. Clair.

La puerta se cerró. Ross no se alejó hasta no oír la llave en la cerradura.

Ross volvió a su hotel por el camino más largo. Después, se desnudó y se metió en la ducha, y dejó que el agua le corriera por el cuerpo.

Se llamó de todo.

Idiota.

Simple.

Estúpido.

Imbécil.

Diana Winsted no era su tipo, y él no era el tipo de ella. Además, para colmo de males, había dejado su vida para alejarse de las mujeres como Diana.

No, eso no era del todo verdad.

Se había marchado para alejarse del hombre en el que se había convertido, para descubrir si podía sobrevivir sin los beneficios del nombre de la familia St. Clair y de la fortuna que lo respaldaba. Esa era la verdad.

Seis meses, pensó Ross mientras se pasaba la esponja vigorosamente por todo el cuerpo. Había pasado seis meses en lo que él llamaba el mundo real. En ocasiones, le parecía que llevaba allí toda la vida. Ahora era más duro y más delgado; no más educado, pero no tan cruel. Ahora trataba de ver en el interior de las personas.

Pero no se necesitaba mirar mucho para ver que el interior de la hermosa Diana Winsted estaba va-cío. Esa mujer no era su tipo en absoluto.

En ese caso, ¿por qué no podía dejar de pensar en ella?

Capítulo Cinco

¡Maldito hombre!

Se había levantado tarde y todo por culpa de Ross St. Clair, pensó Diana mientras andaba con prisa por el aeropuerto Metro de Manila.

Le había resultado imposible conciliar el sueño después de que Ross se marchara de la habitación del hotel la noche anterior, y no porque tuviera miedo de que volvieran los ladrones, sino porque Ross le había besado la mano y por un momento, por un momento de locura, había visto un deseo sexual en sus ojos que sólo era un reflejo del suyo propio.

Incluso ahora, cuando cerraba los ojos y pensaba en el roce de sus labios, sentía cosas muy extrañas en el vientre. Nada propio de ella.

Había sido una caricia sorprendentemente íntima. Ningún hombre la había besado así en la vida. Le había dejado la piel sensible, sintiendo cos-quillas en el cuerpo, plenamente consciente de que ella era una mujer y él un hombre. Jamás le había ocurrido nada parecido.

Ni siquiera con Yale.

No podía permitir que volviera a ocurrir. No podía permitirse mezclarse con un hombre como Ross St. Clair. Llevaba seis meses prometida e iba a casarse. No era importante que su prometido sólo hubiera pasado con ella un mes de los seis.

Ya habían hecho los planes para la boda: la ceremonia en la iglesia y el banquete nupcial que iba a celebrarse en el club de campo. Ya había comprado su traje de novia de diseño y colgaba en el armario de su habitación en su casa. Habían imprimido las invitaciones de boda y sólo faltaba echarlas al correo. No había

vuelta atrás. Su vida estaba en orden y así iba a seguir.

Además, ella y Ross se habían dicho adiós.

No tenía idea de dónde estaba ni de cuáles eran sus planes. No sabía de dónde venía ni adonde iba.

Y era lo mejor, se dijo a sí misma.

Era lo mejor. Ross no era el hombre adecuado para ella.

El hombre detrás del mostrador de Asían Air era de edad y origen indefinidos. Tenía el cabello gris y la piel gris, incluso el uniforme era gris. Un cigarrillo le colgaba del labio inferior.

—Se ha retrasado, señorita Winsted.

—Lo sé y lo siento.

—Los demás pasajeros ya están a bordo del avión.

—En ese caso, recoja mis maletas y subiré al avión inmediatamente.

—No, lo siento.

—¿Qué?

—Que las tendrá que llevar usted misma al avión.

A Diana no le gustó la contestación y jamás cargaba con su equipaje.

—Buen hombre, tengo cuatro maletas de Louis Vuitton, y voy a necesitar su ayuda y la de un mozo para llevarlas al avión. Yo puedo cargar con el maletín, pero ustedes dos tendrán que cargar con el resto.

Tras esas palabras, Diana alzó el maletín y se di-rigió a la puerta de embarque mientras se decía a sí misma que si no volvía la cabeza, si no miraba atrás, ellos la seguirían.

Los hombres siempre lo hacían si se les trataba como había que tratarlos.

Confiada de que su equipaje la seguía, Diana cruzó la puerta que daba a la pista y caminó hacia el avión de Asian Air.

¿Qué le había dicho Ross la noche anterior respecto a esos aviones?

Milagrosamente, consiguió subir los tambaleantes escalones sin romperse los tacones ni la cabeza y entró en el diminuto avión.

La primera persona que vio fue Ross St. Clair.

Abrió la boca. Rápidamente, buscó con la mi-rada un asiento

vacío. Sólo había uno, por su-puesto, el que estaba junto al de Ross.

Se juró a sí misma que no iba a hacer preguntas. Pero, al final, Diana no pudo contenerse. Se sentó a su lado y dijo con los dientes apretados:

—¿Es una de esas terribles coincidencias?

Ross se echó hacia atrás aquel horrible sombrero kaki.

—No.

—Entonces, ¿admites que me estás siguiendo?

—Por supuesto.

¡Cómo se atrevía!

—¿Por qué?

Ross pareció contestar con lo primero que se le ocurrió.

—¿Ángel de la guarda?

—Ni por asomo.

—¿Guardaespaldas?

Diana alzó los ojos.

—Gracias, pero no necesito un guardaespaldas, sé cuidar de mí misma.

—Entonces, ¿amigo preocupado por ti?

—Apenas nos conocemos —Diana se vio obligada a mencionarlo.

La profunda voz masculina mostró sarcasmo.

—¿Un desconocido preocupado?

Diana suspiró.

—Sí, eso es.

—¿Qué es lo que soy?

—Un desconocido y me preocupas.

Al parecer, Ross no se dio por ofendido; todo lo contrario, parecía divertido. Echó la cabeza hacia atrás y se echó a reír. Diana tuvo que reconocer que tenía una risa bonita.

Ross hizo una última intentona por explicar su presencia allí.

—Digamos que soy un americano preocupado por una compatriota.

—Supongo que puedo aceptar eso —contestó Diana tras la debida consideración a sus palabras.

—Una vez que te encuentres a salvo en los brazos de tu novio, me subiré al primer avión y me marcharé.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.
Diana aún se mostraba escéptica.
—No te vas a arrepentir de que vaya contigo.
—Ya me arrepiento.
—Deja de resistirte, Diana. Para bien o para mal, el destino nos ha unido, así que será mejor que saquemos de ello el mejor provecho posible.
Los dos se quedaron mirando al mozo y al empleado de Asían Air que entraron en el avión con el equipaje de Diana.
Los ojos ágata brillaron con humor.
—Ya veo que viajas ligera.
—No tengo ni idea de cuánto tiempo voy a pasar en Port Manya y me gusta estar preparada.
—Sí, yo siempre lo digo, hay que estar preparado.
De repente, Diana sintió unas ganas terribles de tomar un café muy negro y muy caliente. Y también un croissant a la plancha con mermelada de melocotón. Se le hizo la boca agua.
—¿Sirven comida en estos aviones?
—No.
El estómago de Diana hizo un ruido de protesta por no haber desayunado.
—¿No nos van a servir nada de comida ni de bebida?
Ross se movió en el asiento para ponerse más cómodo.
—Lo dudo mucho.
Debería haberlo imaginado.
—¿Cuándo aterrizaremos en Port Manya?
—Aterrizaremos cuando aterricemos.
Diana hizo un gesto involuntario con las manos.
—¿Es que estos vuelos no tiene un horario al que ajustarse?
Ross volvió la cabeza y la miró a los ojos.
—En esta parte del mundo, las reglas son distintas. La regla número uno es que uno llega a un sitio cuando llega, y no antes.
Diana se tragó el insulto implícito.
—Una vez que haya colocado mi equipaje, le voy a preguntar al empleado del mostrador a qué hora vamos a llegar.
—¿El empleado del mostrador?
—Sí, el que me ha subido las maletas —respondió Diana con altanería.

Ross esbozó una cínica sonrisa.

—Ese no es ningún empleado de mostrador, es nuestro piloto.

Una vez en el aire sobre un océano salpicado de verdes islas de todos los tamaños, Ross hizo una oferta que Diana no pudo rechazar. Sacó un termo de la mochila y dijo:

—¿Te apetece un café?

—¿Café? ¿Café de verdad?

—Sí, café de verdad. Me han llenado el termo en uno de los restaurantes del aeropuerto.

—Creo que incluso llegaría a asesinar por una taza de café —confesó Diana.

—Me alegro de que me hayas avisado —contestó Ross mientras llenaba la tapadera del termo que hacía las veces de vaso—. Vamos, tú primero.

—Oh, no puedo… —protestó ella débilmente—, No debería…

—Vamos, claro que puedes —le aseguró Ross mientras insistía para que tomase el vaso.

—Gracias —Diana bebió un sorbo, se recostó en el respaldo del asiento y suspiró de placer—. No me ha dado tiempo a tomar café esta mañana, me he levantado muy tarde.

Los ojos color ágata empequeñecieron.

—Te ha costado dormirte anoche, ¿verdad?

Ella encogió los hombros.

—Ha debido deberse al cambio horario.

Ross no estaba convencido.

—Puede ser.

—En fin, gracias por el café.

—De nada.

Diana le siguió la mirada hasta el anillo de compromiso

—Bonita piedra —dijo Ross refiriéndose al brillante.

—Gracias.

—¿Es auténtico?

—Por supuesto que lo es —ese hombre era idiota.

Ross la miró con un brillo burlón en los ojos.

—En el sitio al que vamos, cielo, uno no va luciendo un brillante así si le preocupa su seguridad. Cualquier ladrón podría cortarte el

bonito dedo para hacerse con la piedra. Será mejor que te lo quites.

De repente, Diana sintió un nudo en el estómago, pero consiguió mirarle furiosa.

—No soy una niña pequeña, Ross. Incluso en los Estados Unidos siempre hago lo mismo.

Con gesto desafiante, le dio la vuelta al anillo en su dedo hasta que el brillante quedó oculto. La piedra se le clavó en la palma de la mano. pero se negó a que Ross lo supiera.

—Ahora parece un anillo de casada —comentó él.

—Sí, lo parece, ¿verdad?

—Tú y tu novio… ¿habéis fijado ya la fecha de la boda?

—Sí.

—¿Y cuándo va a ser el gran día? —preguntó Ross en tono casual.

—El segundo sábado de septiembre.

Ross arqueó las cejas.

—Te creía una novia de junio tradicional.

—Lo pensamos, pero a Yale le ascendieron a vicepresidente y está muy ocupado por el momento. Septiembre es mejor para él.

—Otro ejemplo de que los negocios son lo primero —comentó Ross.

—Como creo que ya te he dicho, me parece que jamás lo comprenderías.

Diana no quería ser maleducada, ¿pero qué podía saber un vagabundo como Ross de responsabilidades o de las decisiones de empresa que Yale tenía que tomar todos los días, decisiones que afectaban a cientos y, a veces, a miles de empleados?

Su compañero de vuelo le dedicó una rápida y penetrante mirada.

—Va a ser un día muy largo, sugiero que durmamos un rato.

Ross se cubrió parcialmente el rostro con el sombrero y, en cuestión de uno o dos minutos, pareció dormido.

Diana recostó la cabeza en el respaldo del asiento y cerró los ojos. Estaba cansada y Ross tenía razón, iba a ser un día muy largo.

Diana se despertó poco a poco.

Eran las primeras horas de la tarde.

Volvió la cabeza y encontró a Ross St. Clair mirándola.

—¿Cuánto tiempo llevo durmiendo?

—Unas horas.

Diana se enderezó en el asiento y alzó los brazos para masajearse la nuca mientras miraba por la ventanilla. Cielo azul, mar azul, islas verdes. No había cambiado nada.

—¿Dónde estamos?

Ross encogió los hombros.

—No lo sé exactamente. En el Pacífico. Supongo que a una hora de Port Manya.

De repente, Diana se dio cuenta de que estaban solos.

—¿Dónde están los demás pasajeros?

—Los últimos han salido en la última parada.

—¿En la última parada?

—El avión ha tenido que cargar combustible —explicó él pacientemente—. Al aterrizar y al despegar no te has despertado.

—¿Y el almuerzo?

Ross levantó su mochila.

—Te he guardado algo.

Diana sacudió la cabeza con incredulidad.

—No puedo creerlo, ¿cómo no me he despertado? Debía estar agotada.

—Sí, supongo que sí.

—¿Crees que llegaremos a Port Manya antes de que anochezca?

—Lo más seguro es que, en esa isla, la pista de aterrizaje no tenga luces.

—Lo que quiere decir que tenemos que aterrizar antes de que anochezca o el piloto no verá lo que está haciendo.

Ross se frotó la mandíbula.

—Más o menos.

Diana se permitió un suspiro.

—¿Has estado alguna vez en Port Manya?

—No, pero he estado en una docena de islas parecidas. El Pacífico es un océano bastante grande.

—Sí, lo es —Diana guardó silencio; después, le toco el brazo—. Gracias, Ross.

El pareció sorprendido.

—¿Por qué?

—Por cuidar de mí.

—No es nada.

Sí lo era. ¿Dónde estaría ella si él no hubiera decidido acompañarla en ese viaje?

La respuesta era clara, estaría sola en ese diminuto avión de camino a una isla perdida en un océano.

Diana volvió la cabeza y, de nuevo, se encontró con esos ojos ágata. Ross podía tener unos moda-les algo bruscos, pero era un caballero.

Sin pararse a pensar, se inclinó sobre él, le rozó la mejilla con los labios y dijo en un susurro:

—Gracias por ser un compatriota preocupado por mí.

Fue a apartarse y encontró la mano de Ross en su nuca, sujetándola. Ross no la forzó, se limitó a esperar a ver qué hacía ella.

Fue la curiosidad lo que la movió, por supuesto.

¿Qué se sentiría al besar a ese hombre?

Esa era la pregunta que le corría por las venas.

Lo único que tenía que hacer era volverse a inclinar sobre él y acariciarle la boca con la suya.

Realizó un movimiento casi imperceptible y sus labios se encontraron.

A Diana los besos le parecían una distracción agradable, aunque nunca había sentido deseo de explorarlos en su forma más íntima. En el colegio y en la universidad la habían llamado la princesa de hielo; sin embargo, a pesar de lo que la gente pudiera pensar, no tenía un corazón de piedra. Lo único que le pasaba era que le costaba más que a otra gente abrirse a los demás.

Todo mentira.

Cuando Ross St Clair la besó, Diana se prendió fuego. De repente, ardía.

Trató de que el pánico no se apoderase de ella, de mantener la razón. Le había besado por capricho y ahora estaba sufriendo las consecuencias. Ahora tenía problemas.

—Ross…

—La curiosidad ha podido contigo también, ¿eh? —murmuró Ross mientras continuaba mordisqueándole los labios.

—¿También?

—Anoche no podía quedarme dormido —admitió Ross—, no dejaba de preguntarme qué se sentina al besarte.

—Esto es una locura —dijo ella jadeante.

—Sí, lo sé.

—No deberíamos hacer esto.

—Puede que no.

—No tenemos nada en común.

—Completamente de acuerdo contigo.

—Tenemos que parar.

—Lo haremos.

Pero no lo hicieron.

Ella le rodeó el cuello con los brazos y las manos de Ross encontraron la cintura de Diana Diana abrió los labios y él se adentró en su boca, seduciéndola hasta hacerla querer gritar de alegría y de pesar.

Por fin, Diana consiguió decir con voz ahogada:

—Por favor, Ross…

—¿Por favor, Ross, qué?

—Por favor, para.

Ross se detuvo y se la quedó mirando.

—Yo… lo siento. No debería haberte besado, ha sido equivocación mía.

Vio como el fuego se extinguía de los ojos de Ross; al cabo de unos segundos, volvían a ser dos ágatas multicolor.

—También ha sido equivocación mía.

—Lo siento, Ross.

—Y yo, Diana. Yo también lo siento.

—No sé qué decir.

—No hay nada que decir. Estas cosas ocurren a veces.

—No, a mí no —dijo ella horrorizada—. A mí nunca me ha pasado esto.

De repente, con angustia, Diana pensó: «¿Y si no me vuelve a ocurrir nunca más?»

—Claro que te pasa —dijo Ross—. Eres humana, como todo el mundo.

Si él supiera… Pero no, no debía enterarse.

—Creo que todavía no me he recuperado del viaje.

Ross asintió.

—Sí, debe ser eso —volvió la cabeza y miró por la ventanilla—. Creo que ya estamos llegando a Port Manya.

Diana se retocó el pelo rápidamente, ignorando el hecho de que las manos le temblaban.

Se asomó a la ventana y el corazón le dio un vuelco.

—Ross, esto no es más que una selva.

—Sí, cielo, una selva —respondió Ross con calma.

Capítulo Seis

Diana se retractó, Ross St. Clair no era un caballero.

—Ross —dijo Diana detrás de él cuando desembarcaron y Ross comenzó a alejarse del avión.

Ross se detuvo y volvió la cabeza.

—¿Sí?

Ella se quedó esperando al lado de su equipaje, que el piloto había dejado en el suelo al lado de la pista de aterrizaje.

—Necesito que me ayudes.

Ross se quitó las gafas de sol y las metió en el bolsillo de la camisa kaki.

—¿En serio?

Diana apretó los dientes.

—Sí.

—¿Con qué?

Al parecer, estaba decidido a ponérselo difícil.

—Necesito que me ayudes con el equipaje.

Ross tuvo la desfachatez de reírse en su cara.

—¿Tengo aspecto de mozo de carga?

—Ross…

—Vas a aprender una lección importante, Diana.

—Estupendo —murmuró ella en voz baja—. Debe ser la regla número dos.

—Lleva sólo lo que puedas cargar.

Diana se plantó las manos en las caderas y le lanzó una furiosa mirada.

—Es un poco tarde, señor St. Clair.

—Jamás es tarde para recibir un buen consejo, señorita Winsted —respondió él casi riendo.

—No puedo cargar yo sola con esto.

—Toma sólo lo necesario y deja el resto aquí —sugirió él.

—No puedo dejar mis cosas en medio de esta jungla.

¿Se había vuelto loco ese hombre?

Ross se encogió de hombros.

—Tengo entendido que el pueblo de Port Manya está a un kilómetro y medio de aquí en esa dirección —dijo Ross señalando al este—. Sólo hay un hotel, no tendrás problema para encontrarlo. Sin embargo, yo no esperaría mucho, va a hacerse de noche en una media hora.

No era posible que pensase dejarla allí después de haber sido tan amable en el avión, de ofrecerle café y guardarle comida mientras estaba durmiendo.

Pero tenía la sensación de que nadie jugaba con Ross St. Clair. No debería haberle besado, ahí era donde había empezado el problema.

No, el problema había empezado en el aeropuerto Metro de Manila.

Diana se quedó allí de pie y le vio alejarse. Hizo un esfuerzo por mantener la calma, Ross sólo que-ría darle una lección.

—Ross, por favor…

El se detuvo, dio una patada a una piedra y lanzó varios juramentos en diferentes lenguas. Diana sabía que estaba harto de ella, de sí mismo y deja situación en general.

Ross se dio media vuelta.

—Espera ahí, Diana, ahora vuelvo.

Tras esas palabras, Ross se puso a cruzar una plantación de caña de azúcar. Había un niño de unos diez o doce años tras un arado del que tiraban unos bueyes recogiendo los restos de la última cosecha. Ross habló con el niño y gesticuló en dirección a Diana. Después, se sacó unas monedas del bolsillo y el niño asintió con una sonrisa de oreja a oreja. Después, los dos caminaron hacia ella.

—El chico se llama Pablo, él te llevará las maletas al pueblo. Le he dado unos pesos como pago previo, pero le he prometido que la bonita señorita le pagará el favor con unos pesos más si las maletas lleguen sanas y salvas y sin estar cubiertas de barro o zumo de caña.

Diana arrugó la nariz y le dijo al niño:

—¿Hotel Paraíso?

—Hotel Paraíso —repitió Pablo tímidamente.

Ella le sonrió y resistió el impulso de revolverle el cabello

cariñosamente.

—Gracias, Pablo.

Ross dio unas palmadas en los delgados hombros del chico y los dos cargaron las maletas en el carro.

—Salamat, Pablo.

—¿Qué significa salamat? —preguntó ella cuando emprendieron en camino a lo largo de la carretera sin asfaltar con el niño y el carro de bueyes siguiéndoles a una discreta distancia.

—Gracias en talog.

Diana le lanzó una mirada soslayada.

—Salamat, Ross.

—Walang anoman —y tradujo las palabras—. De nada.

Unos quinientos metros después, Diana se arrepintió de no haber tenido el sentido común de meter en las maletas un par de zapatos para caminar.

Por supuesto, al emprender el viaje no había imaginado que tuviera que ir andando por un camino en medio de una selva con aquellos zapatos de tacón italianos de trescientos dólares y un traje aún más caro de diseño.

Se permitió un leve suspiro. ¿Qué demonios es-taba haciendo en esa remota isla? ¿Por qué Yale la había hecho ir a ese lugar? ¿Y dónde estaba Yale?

No era así como había imaginado el encuentro con su prometido, sino una encantadora cena en el hotel Manila a la luz de las velas con flores y champán; Yale, con traje de etiqueta y ella con su vestido de cóctel preferido.

En vez de eso, estaba andando por un sendero con raíces como cráteres, tenía calor y estaba cansada, y tenía hambre y sed. Sentía el sudor correrle por la espalda y el peinado se le estaba deshaciendo. Los pies la estaban matando.

Era casi de noche cuando llegaron a las afueras del pueblo.

Diana se fijó en una de las chabolas con techo de hoja de lata, en las calles sin asfaltar llenas de niños desnudos, en los pollos y en los perros, y ex-clamó débilmente:

—Eso no puede ser Port Manya, debe tratarse de un error.

Rezó porque fuera un error.

—No, no lo es, esto es Port Manya —declaró Ross mientras se encaminaba hacia el hotel.

Diana estaba atónita; sin embargo, le siguió y, a su paso por la calle principal, vio una fila de tiendas ruinosas.

—¿Pero qué puede estar haciendo Yale en un sitio así?

—Ni idea. Tú deberías saberlo, es tu novio —dijo Ross antes de corregirse inmediatamente—. Perdona, tu prometido.

Ross echó la cabeza hacia atrás y leyó el cartel.

—Hotel Paraíso. Hotel Paraíso. Bueno, ya estamos aquí —anunció él—. Voy a entrar para preguntar si Grimmer está aquí, tú quédate aquí en el por-che con Pablo y el equipaje.

—Está bien.

Diana trató de limpiar el polvo y unas plumas de pollo en un banco de madera; al final, se dio por vencida y se sentó en el borde.

—Así que esto es Port Manya —dijo Diana para sí misma mientras se abanicaba con el bolso.

El hotel Paraíso le recordó a Ross una escena de la película Casablanca, aunque el piano del hotel Paraíso estaba desafinado, y también la soprano.

Se acercó al bar que, al parecer, hacía las veces de mostrador de recepción.

—¿Qué se le ofrece? —preguntó el hombre que había detrás de una barra de madera desgastada y sin barniz.

Ross se echó hacia atrás el sombrero.

—Estoy buscando a una persona.

El camarero le dedicó una sonrisa inescrutable y dijo filosóficamente:

—Siempre estamos buscando a alguien o algo, ¿no es verdad?

Ross se frotó la nuca y le devolvió la sonrisa.

—Sí, supongo que sí. Pero yo busco a una persona en concreto. ¿Se hospeda aquí un hombre que se llama Yale Grimmer?

Los oscuros ojos del isleño empequeñecieron visiblemente.

—¿Es usted amigo suyo?

Ross sacudió la cabeza.

—No.

—¿Negocios?

Ross volvió a negar con la cabeza.

—Le estoy buscando por un asunto… personal.

—Puede que este Yale Grimmer que está bus-cando se hospede aquí y puede que no.

Ross se metió la mano en el bolsillo y sacó un billete de diez dólares que puso encima de la barra.

—¿Una copa?

Los ojos del camarero se iluminaron.

—¿Whiskey?

—Whiskey.

El hombre sacó una botella sin etiqueta de de-bajo de la barra y sirvió el líquido color ámbar en un vaso pequeño que puso delante de Ross.

Ross empujó el dinero hacia él.

—Gracias. Quédese con el cambio.

Ross se llevó el vaso a los labios y lo vació de un trago. Esa bebida era de fuego. Le quemó el estómago y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¿Está Yale Grimmer aquí? —preguntó Ross por segunda vez.

—Hay un hombre con ese nombre que se ha registrado en el hotel —respondió el camarero mientras se metía el dinero en el bolsillo—, pero no lo he visto desde ayer, cuando llegó.

—¿Qué quiere decir?

—Me preguntó cómo podía alquilar un barco. Le di el nombre de un pescador que vive al otro lado de la isla. El tal Grimmer se marchó al poco tiempo y no ha vuelto todavía —el camarero comenzó a limpiar el mostrador—. Ese Grimmer es bastante conocido, esta mañana alguien más ha preguntado por él.

Aquello sorprendió a Ross.

—¿Quién?

—Dos hombres.

—¿De aquí, de la isla?

El camarero sacudió la cabeza.

—No, forasteros.

—¿Qué aspecto tienen?

El hombre de detrás de la barra pareció sufrir de amnesia selectiva.

—Forasteros.

Ross se sacó otro billete de diez dólares del bolsillo y lo dejó encima de la barra.

—Otro whiskey, por favor.

El camarero volvió a llenarle el vaso y, milagrosamente, pareció recuperar la memoria inmediatamente.

—Un par de tipos corpulentos y altos —levantó una mano unos palmos por encima de la cabeza para mostrar la altura—. Muy musculosos. Con una mirada fría, como el pescado muerto. Los dos llevaban algo debajo de la camisa, se veía un bulto. Creo que eran revólveres.

—¡Simón Ha, siempre vendiendo información! —exclamó una voz desde la entrada del hotel.

El recién llegado vestía un uniforme descolorido con una insignia oficial en la manga. Se acercó al bar y se dirigió directamente a Ross.

—Parece que Port Manya se ha convertido en es-tos dos días en lugar muy concurrido.

—Eso parece, sí —respondió Ross con cautela.

El oficial miró a Ross de arriba abajo.

—Soy el sargento Charoon Bok, el jefe de policía de Port Manya y el barbero. Este es Simón Ha, el propietario del hotel Paraíso y el anciano del pueblo.

—Ross St. Clair.

—Usted es americano, ¿verdad?

—Sí, soy americano.

—Y ha estado en Santo Tomás hasta hace poco.

Ross arqueó las cejas.

—Vaya, veo que las noticias vuelan.

—El tío abuelo de mi esposa vive en Santo Tomás —explicó el sargento Bok—, es un anciano que se llama Cebú.

Ross se relajó y sonrió abiertamente.

—Sí, conozco bien a Cebú.

Charoon Bok ofreció la mano a Ross en señal de amistad.

—Ha hecho usted una gran cosa por el pueblo con ese pozo, ha salvado a los habitantes de Santo Tomás.

—Bueno… yo no diría tanto —protestó Ross con modestia.

—Simón Ha, éste es el hombre que ha salvado el pueblo del tío abuelo de mi mujer al enseñarles dónde y cómo perforar un pozo. Ahora tienen toda el agua que quieren.

—Ah… —dijo Simón Ha debidamente impresionado.

—También ha sido el invitado de honor en la boda de la prima segunda de mi mujer. Señor St. Clair, le doy la bienvenida a Port Manya y estaremos encantados de ayudarle en lo que podamos.

—Gracias, sargento Bok.

—Tengo entendido que está buscando a un hombre de nombre Yale Grimmer.

—Sí, así es —admitió Ross, sorprendido de la rapidez del servicio de información de Port Manya.

—No se preocupe, preguntaré por ahí. En fin, ahora tengo que irme en bicicleta hasta la otra punta de la isla, ha habido un pequeño problema ahí. Pero volveré mañana por la tarde.

—Entonces, le veré mañana… si Grimmer aún no ha vuelto.

—¿Necesita una habitación para esta noche? —preguntó Simón Ha.

Ross casi lo había olvidado.

—Sí, claro.

—Y supongo que también para la joven y hermosa señorita americana que he visto al entrar —comentó el sargento—. ¿Es… su hermana?

Ross miró en dirección a la puerta de la entrada del hotel.

—Es… mi esposa.

—Su esposa —repitió el hombre de detrás de la barra.

Ross se dio cuenta del lío en el que se estaba me-tiendo.

—Estamos recién casados.

—En ese caso, les daremos la habitación que tenemos reservada para los recién casados, que es la mejor habitación del hotel —declaró Simón Ha al tiempo que dedicaba a Ross otra de sus enigmáticas sonrisas.

Ross se metió la mano en el bolsillo.

—¿Cuánto le debo por todo?

—Ya ha pagado por la habitación —dijo Charoon Bok—. ¿No es así, Simón?

—Sí, claro que sí —contestó el dueño del hotel mientras asentía con la cabeza—. Sí, ha pagado ya. Aquí tiene la llave. La habitación está en el piso de arriba, la última puerta a la derecha.

—Nos gustaría cenar. ¿Hay algún lugar por aquí donde poder cenar?

—Mi esposa y mis hijas les prepararán una cena aquí, en el

hotel. Lola cantará para ustedes.

La soprano sonrió a Ross desde el otro lado del vestíbulo.

—Se lo agradezco mucho, Simón Ha. Y gracias también a usted, sargento.

Ross inclinó la cabeza educadamente y volvió a reunirse con Diana.

Pablo acababa de descargar las maletas en el suelo del porche del hotel Paraíso. Diana abrió el bolso, le dio al chico un puñado de monedas y dijo:

—Salamat.

Pablo tomó el dinero y volvió a su carro inmediatamente.

Ross salió al porche.

—Así no vas a solucionar los problemas del mundo.

Diana no se volvió.

—Puede que no.

—Le has dado demasiado.

—No me importa —respondió ella en tono desafiante.

—Las noticias no corren, vuelan. Mañana te vas a encontrar con una docena de niños que te van a seguir a todas partes.

—No me importa, me gustan los niños.

Ross se la quedó mirando y Diana se volvió antes de añadir:

—No se por qué te sorprende tanto, Ross. ¿Creías que no me gustaban los niños?

—Francamente, no.

—Pues estabas equivocado porque me gustan mucho.

Ross tenía cosas más importantes en que pensar, como salvar el pellejo.

—Escucha, Diana, ha habido un pequeño cambio en nuestros planes.

—¿Un cambio?

Ross decidió no andarse con rodeos.

—Grimmer no está aquí.

Diana se quedó inmóvil.

—¿Que Yale no está aquí? —dijo por fin con una voz tranquila poco natural—. No lo comprendo.

—Llegó ayer, alquiló una habitación en el hotel y se marchó al

poco tiempo a alquilar el barco de un pescador. Desde entonces, nadie le ha vuelto a ver.

—Pero si yo hablé con él ayer por la noche…

—¿Dijo desde dónde llamaba?

—No. La comunicación no era buena, como sabes. Me resultaba difícil oírle.

—¿Notaste algún ruido extraño en la comunicación?

—¿Te refieres a algún ruido debido a la estática? No, no oí nada —Diana se llevó la mano a la boca y Ross notó que le temblaba—. ¿Sospechas algo?

—¿Algo como qué?

—¿Se le considera desaparecido?

—No, claro que no. Lo único que sé es que no somos los únicos que le están buscando.

Diana frunció el ceño.

—¿Que no somos los únicos?

—El dueño del hotel me ha dicho que esta mañana dos hombres vinieron preguntando por tu novio.

—¿Podrían ser los dos hombres que viste en la playa? —preguntó ella tras vacilar unos momentos.

—No lo creo, a juzgar por la descripción que me han dado de ellos —Ross se quedó pensativo unos segundos—. Sin embargo, la descripción se ajusta a la de dos de los guardaespaldas que estaban con ellos.

Diana se estremeció a pesar del calor de aquella noche tropical.

—Pasa algo, Ross, puedo sentirlo.

—¿Intuición femenina? —dijo él burlonamente.

Pero estaba de acuerdo con ella, había algo muy extraño en todo aquello.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—Primero, vamos a cenar y luego a dormir. Y esperemos que Grimmer aparezca mañana por la mañana.

Diana miró a la fachada del hotel.

—Supongo que éste es el único lugar en el que podemos hospedarnos, ¿no?

—Exacto. A propósito, el jefe de la policía te ha mencionado.

—¿El jefe de la policía? —repitió ella nerviosa.

—Sí, el hombre con uniforme que ha entrado hace unos

minutos.

—¿Y qué le has dicho?

—Lo que no le he dicho es que eres la prometida de Grimmer.

Diana le miró a los ojos.

—¿Por qué no?

Ross se quitó el sombrero y se pasó una mano por el cabello.

—No sé si puedo explicarlo.

—Inténtalo.

—Ha sido algo instintivo.

—¿Instintivo? —Diana arqueó sus elegantes cejas—. ¿Es algo parecido a la intuición femenina?

—No quiero que, si esos dos tipos vuelven, des-cubran que la prometida de Grimmer está aquí.

Diana estaba de acuerdo con él.

—¿Has alquilado dos habitaciones para pasar la noche?

—No.

—¿No? Pero no has dicho…

—Habitaciones, no… una habitación.

—¿Una habitación? ¿Es que sólo tienen una?

—No he preguntado cuántas tienen.

—¿Por qué no?

—Les he dicho a Simón Ha y al sargento Bok que sólo necesitábamos una habitación.

—¿Por qué les has dicho eso?

—Diana, quiero que me prometas que no vas a ponerte histérica y que no vas a discutir hasta que no hayamos terminado de cenar y subamos a nuestra habitación.

—¿A nuestra habitación?

—La habitación nupcial.

Las mejillas de Diana enrojecieron al instante.

—Dios mío, Ross, ¿qué has hecho?

—El sargento Bok me ha preguntado si eras mi hermana.

—Espero que le hayas sacado de su error.

—Sí, lo he hecho —Ross respiró profundamente y se preparó para lo peor—. Le he dicho que eres mi esposa.

Capítulo Siete

—¡Tu esposa! —ya habían pasado dos horas y Diana seguía queriendo estrangularle.

—Oye. lo siento, pero era lo mejor dadas las circunstancias —dijo Ross mientras cerraba la puerta de la habitación.

—¿Pero por qué no has podido decirles la verdad simplemente?

Ross dejó el sombrero encima de la mesilla de noche.

—Ya no sé cuál es la verdad.

Diana comenzó a pasearse por la habitación como un león enjaulado.

—Pues yo sí, así que déjame que te la diga: me llamo Diana Winsted y tú eres Ross St. Clair, y soy la prometida de Yale Grimmer, el hombre con el que voy a casarme —Diana se puso a girar el anillo de compromiso alrededor del dedo—. Acabo de viajar desde el otro extremo del mundo para reunirme con mi prometido, que me llamó anoche por teléfono para decirme que me reuniera con el en Port Manya. Esta mañana, me he subido en el primer avión que salía de Manila para aquí y tu también estabas allí. Estos son los hechos, ésta es la verdad.

Estaba muy enfadada después de haber pasado la tarde más incómoda de su vida fingiendo ser la esposa de Ross St. Clair.

Ross St. Clair a los ojos de los habitantes de aquella isla, no podía hacer nada malo… ¿y todo porque había perforado el pozo del tío de alguien?

—Se como es la gente por aquí, Diana, pero tu no. Es una sociedad muy tradicional y profundamente religiosa. Una mujer soltera, aunque esté prometida a alguien, no viaja sola. Tanto si te gusta como si no, necesitas mi protección.

—No estamos en la edad media —le espetó ella

—En estas culturas tan aisladas, las cosas no han cambiado tanto desde entonces. Una mujer sola solo puede ser una cosa.

Diana dejó de pasearse y le miró arqueando las cejas.

—¿Y qué es esa cosa?

Ross la miró prolongada y duramente.

_Lo pondré suavemente: «una cualquiera»

Diana se quedó boquiabierta.

—Estás bromeando.

—No, no estoy bromeando.

—Eso es lo más estúpido, machista, desfasado…

—Protesta todo lo que quieras, Diana —le interrumpió Ross — pero así es. Creeme, hacer como si estuviéramos casados nos va a ahorrar muchos problemas mientras estemos en esta isla

Diana a1zo los brazos en un gesto de frustración y luego se dejo caer encima del colchón.

—¿Y cómo le voy a explicar a mi prometido que estoy «casada» con otro?

—En mi modesta opinión, es tu prometido el que debería dar explicaciones —contestó Ross en tono ácido.

Ross tenía razón, pero Diana no podía admitirlo.

Se humedeció los labios con la lengua y luego respiró profundamente.

—Estoy sucia y cansada, lo único que quiero es darme una ducha y acostarme.

—Adelante, no hay nada que te lo impida.

Ross se sentó en un viejo sillón, se desató las botas, se las quitó y las tiró al rincón más próximo de la habitación. Después, se puso en pie y se desabrochó el cinturón.

—¿Qué demonios estás haciendo? —preguntó Diana alarmada.

Ross alzó la cabeza.

—¿Desnudándome ?

—¿Por qué?

—Porque tengo la costumbre de quitarme la ropa antes de acostarme.

—No puedes quedarte aquí.

—Soy tu esposo, ¿o se te ha olvidado? ¿Dónde quieres que vaya?

Diana señaló la puerta.

—Fuera.

—¿Fuera, dónde? —preguntó Ross apretando los dientes.

Diana se dio cuenta de que no podía echarle de la habitación del hotel porque Ross no podía irse a ningún sitio.

—Realmente eres un…

—Cuidado con lo que dices, señorita Winsted —Ross adoptó entonces un tono de voz razonable—. Estoy seguro de que encontraremos una forma de coexistir pacíficamente.

Diana se puso rígida.

—No me cabe duda… si te quedas con los pantalones puestos.

Ross esbozó una sonrisa burlona.

—¿Me permites que me los quite para darme una ducha?

—Por supuesto, qué tontería.

—¿Quieres ducharte tú primero o lo hago yo? —inquirió él con exagerada educación.

—Tú primero, yo tengo que sacar unas cosas de las maletas —le informó ella antes de meter la mano en el bolso para sacar las llaves de las maletas.

—Cierra la puerta con llave cuando me vaya y no le abras a nadie —dijo Ross con una toalla en la mano antes de salir al pasillo en dirección al baño comunal.

—¿A nadie? —preguntó ella.

—A nadie que no sea yo, cariño.

Diana estaba ya preparada cuando Ross volvió quince minutos después. Había sacado algunas ropas y las había colgado dentro del viejo armario. Se había desnudado hasta quedar en bragas y sujetador y, encima, se había puesto una bata que la . cubría desde la garganta a los pies. Llevaba el camisón en el brazo y también tenía champú, acondicionador para el cabello, un cepillo de dientes y pasta dentífrica. Estaba lista para la lucha.

—Se te olvidaba la toalla —dijo Ross poniéndole una toalla en el brazo.

—Gracias. ¿Funciona bien la ducha?

—Sí. Es la típica de agua fría y agua fría.

A Diana se le encogió el corazón.

—¿No hay agua caliente?

—Esto no es el Hilton, Diana.

—Ya me he dado cuenta —le espetó ella.

—Espera un momento —Ross se acercó a su mochila y sacó una

botella de agua mineral—. Será mejor que te laves los dientes con este agua.

—¿Agua mineral?

—Yo estoy vacunado de todo, pero a ü no te vendrá mal tomar las precauciones necesarias.

Diana aceptó la oferta de paz.

—Salamat.

—Walang anoman.

Tras cruzar el umbral de la puerta y salir al pasillo, Diana no pudo evitar volver la cabeza para decir:

—Cierra la puerta con llave y no abras a nadie.

Ross sonrió maliciosamente.

—¿A nadie?

—A nadie que no sea yo, cariño.

La ducha era de agua fría y salía poca; sin embargo, cuando terminó, Diana se sintió razonable-mente limpia. Incluso había conseguido aclararse , el champú casi por completo.

Entonces, se colocó delante del espejo del cuarto de baño y se miró durante unos momentos.

—Ten cuidado, Diana Winsted —le susurró a la vulnerable rubia —, no es el hombre para ti y lo sabes.

Después, se peinó el cabello mojado.

Cuando regresó, la puerta de la habitación no estaba cerrada con llave y entró. Ross se encontraba tumbado boca arriba y con los brazos por de-bajo de la cabeza encima de la cama, en un lado. Llevaba un par de pantalones kaki y nada más.

—No sabía en qué lado de la cama te gusta dormir —comentó él con sorprendente calma.

—Es… igual.

Ross frunció el ceño.

—Es la primera vez que te veo con el pelo suelto.

Diana se pasó una mano por los cabellos.

—Yo… me lo he lavado.

—Sí, ya lo veo. Me gusta cómo te queda.

—Gracias.

—Tampoco vas maquillada.

Rápidamente, Diana dejó los artículos de tocador en el neceser.

—No.

—Pareces más joven, más guapa.

Diana tragó saliva y trató de pensar en algo que decir que fuese apropiado, no le pareció que lo fuese decirle que estaba guapísimo casi sin ropa.

Ross se sentó en la cama y bajó los pies al suelo.

—Vamos, acuéstate mientras yo voy a extender la red para que no entren los mosquitos y apagó la luz.

—¿Es necesaria la red? —preguntó ella al tiempo que se metía entre las sábanas.

—De haber dormido en el trópico alguna vez no harías esa pregunta. A veces, uno llega a creer que los mosquitos son del tamaño de los dragones. Y también son unos bichos sanguinarios.

Diana decidió creerle.

Ross desplegó la red alrededor de la cama y apagó la luz. La habitación quedó a oscuras. Diana sintió el colchón bajar a su lado cuando Ross volvió a tumbarse.

De repente, se encontraron solos, la noche a su alrededor.

Transcurrieron cinco minutos.

Diez.

—Diana, ¿estás despierta?

Ella suspiró y respondió:

—Sí.

—¿Estás enamorada de Yale Grimmer?

—Ross, por favor…

—Sólo tienes que contestar sí o no.

—No es tan sencillo.

—¿Por qué no?

Diana no tenía intención de hablar con él de su relación con Yale, ni con él ni con nadie.

—Tanto mi prometido como yo sabemos lo que queremos del matrimonio. Nos comprendemos. Nos entendemos.

—No te creo —contestó Ross.

—Es verdad.

—Hablas como si se tratase de un negocio. ¿Qué, me dices de la pasión entre un hombre y una mujer?

Tras una prolongada pausa, Diana respondió con dificultad.

—Quizá se le dé demasiada importancia a la pasión.

—En el pasado quizá te hubiera dado la razón, yo solía creer que

lo que quería de la perfecta es-posa es que fuese una perfecta anfitriona —Ross emitió un gruñido de burla—. Pero ya no.

El silencio volvió a envolverlos.

La luna salió por entre las espesas nubes enviando una plateada luz.

De soslayo, Diana lo miró mientras Ross volvía la cabeza hacia ella y la miraba.

—No te cases con Grimmer, Diana; si lo haces, te arrepentirás de ello el resto de tu vida.

—No me arrepentiré.

—¿Crees que puedes vivir sin pasión? —preguntó él con voz tensa.

—Sé que puedo.

Ross se volvió hasta quedar tumbado de costado.

—O eres una mentirosa o estás loca.

De repente, los ojos de Diana se llenaron de lágrimas. Las palabras de Ross le habían hecho más daño de lo que él podía imaginar.

Diana tragó saliva y dijo con voz ronca:

—La pasión no es importante para mí.

—Yo creo que sí —Ross se le acercó y ella pudo sentir su aliento en las mejillas—. Te desafío a que me beses y me demuestres que estoy equivocado

Diana se volvió y le pasó los labios por la mejilla

—Ya está.

—¿Tienes miedo, Diana?

—¿Miedo?

—Eso no ha sido un beso. ¿Tienes miedo a descubrir la verdad?

—No.

Esta vez. Diana se apoyó en un codo y se inclinó sobre el. Sintió el calor que emanaba de su cuerpo y le acarició el pecho desnudo, la piel estaba caliente.

Respiró profundamente, Ross olía a limpio y a hombre. Olía a jabón y a cabello húmedo en la exótica noche.

—Puede que esto no sea una buena idea.

—Confía en mí, es una idea excelente, cariño.

Diana se dejó convencer.

Estaba decidida a demostrarle que se equivocaba, que se había

equivocado mortalmente. Ella no estaba interesada en la pasión; además, no era capaz de sentirla. Era así de sencillo.

Diana le acarició los labios con los suyos y, de repente, su cuerpo entero ardió.

Su primer error había sido besarle en el avión, pero ahora, haber aceptado el desafío de Ross ha-bía. sido una equivocación aún mayor.

Diana se dio cuenta al instante. Súbitamente, había perdido el control de la situación. Se preguntó cómo podía ser, jamás había perdido el control con Yale.

¿Qué tenía Ross St. Clair de especial?

Cuando Ross la besó, se olvidó de todo excepto de las caricias de sus labios, del sabor de su boca… ¡Oh, cómo le gustaba el sabor de su boca! Y el calor de su piel, y la dureza de los músculos de sus brazos y hombros cuando la abrazó.

De repente, el océano Pacífico dejó de existir, y también la jungla y Port Manya y el hotel Paraíso y aquella habitación. Sólo existía Ross y la forma como la hacía sentirse.

Estaba asustada.

Después, se le olvidó lo asustada que estaba.

Ross la besó y ella sólo quería más. Le me do la lengua en la boca y ella buscó acariciarla con la suya. El pulso se le había acelerado y volvió a acelerarse. El corazón parecía habérsele subido a la garganta. No podía tragar. No podía respirar. No le importaba.

Tenía las manos de Ross en la nuca, en los hombros, en los brazos. A través del tejido del camisón, le sentía los callos de las manos. Lo único en lo que podía pensar era en lo bien que se sentiría si estuvieran desnudos.

Ross le acarició el estómago y luego los pezones.

Diana abrió los labios y emitió un gemido gutural.

—Sí —fue lo que Ross murmuró.

Ross le quitó el camisón y, con el aliento, le calentó la piel antes de acariciarle los pezones con la lengua y de mordisqueárselos suavemente. Después, se adentró más y más en su boca, hasta hacerle creer a Diana que iba a tragarla entera.

Pasión.

Esa palabra se le grabó a Diana en cada célula del cerebro, en cada terminación nerviosa del cuerpo. Eso era pasión en su forma más primitiva. Era fiebre en la mente, en el cuerpo y en el alma.

El primer error de Ross había sido besarla aquella mañana en el avión porque ahora no parecía poder saciarse de ella. Eso era lo malo.

Diana era más de lo que había imaginado que sería, pensó Ross mientras le cubría el pecho con la boca. La primera vez que la vio, se preguntó si, tras la máscara de frialdad, no se escondería una mujer apasionada y sensual.

Ahora tenía la respuesta.

Era como fuego en sus brazos y la sangre le ardió a modo de respuesta.

Sentía el calor que emanaba de ella. Sabía que estaba excitada sexualmente, su cuerpo suave y húmedo, listo para que la poseyera. Saberlo le excitó aún más.

Anhelaba separarle las piernas y hacerla suya. Deseaba con desesperación desabrocharse los pan-talones, liberar su rigidez y enterrarla en ella.

Soñaba con verle el rostro mientras la penetraba una y otra vez, mientras la llevaba al clímax y la hacía suya completamente.

—¡No puedo! —gimió Ross.

Diana apartó el rostro de él y le miró con ojos apasionados.

—¿Que no puedes? —repitió ella sin comprender el significado de las palabras de Ross.

—No podemos.

—¿Que no podemos qué?

—No podemos ir más lejos —declaró Ross haciendo un esfuerzo por controlar la voz; después, se dio la vuelta hasta quedar tumbado boca arriba y se burló de sí mismo con una carcajada—. Ni siquiera estoy preparado.

Diana se puso el camisón.

—Lo siento, Diana.

—No… no ha sido culpa tuya —susurró ella.

—Sí, ha sido culpa mía, no debería haber empezado lo que no podía terminar.

Con voz débil, pero firme, Diana insistió.

—Estamos hechos de carne y hueso, somos hu-manos. Nos hemos dejado llevar un poco… hemos enloquecido un poco. Estas cosas ocurren, tú mismo lo has dicho esta mañana.

—Sí, bueno, pues he mentido —gruñó él.

Al parecer, a Diana la idea no se le había pasado por la cabeza.

—¿Que me has mentido, Ross?

—No —Ross extendió el brazo y le tomó una mano que estaba fría, igual que la pulsera que le adornaba la muñeca—. No te he mentido, Diana, jamás te mentiré, jamás. Te lo prometo.

Después de un minuto o dos, Diana se dispuso a admitir:

—Tenías razón.

—¿Sobre qué?

—Soy una idiota y una mentirosa.

—No eres una idiota, cariño. Y todos mentimos de vez en cuando, es natural, es parte del instinto de supervivencia.

—Creía que podía vivir sin pasión, estaba equivocada.

Ross volvió la cabeza. Vio claramente el perfil de Diana a la luz de la luna y las lágrimas que empañaban sus ojos.

—¿No has sentido nunca nada así con Grimmer?

Diana tragó saliva.

—No.

—¡Dios mío!

—¿Qué?

—Será mejor que me vaya antes de que haga una locura.

—No te comprendo.

Ross le dirigió la mano hasta la zona dura de-bajo del vientre.

—¿Lo sientes?

—Sí.

—Sabes lo que es, ¿verdad?

—Por supuesto.

—No sé por qué, pero te deseo, Diana Winsted, te deseo más que a ninguna otra mujer en mi vida

—Oh…

—Si me quedo aquí, vamos a terminar haciendo el amor y, francamente, cariño, ninguno de los dos estamos preparados para ello.

Ross apartó la red y se levantó de la cama.

—¿Adonde vas?

Ross tomó la camisa.

—Afuera.

—¿Afuera dónde?

Ross se encogió de hombros y se puso las botas rápidamente.

—Antes has dicho que no podías ir a ningún otro sitio.

—Siempre puedo ir a darme una ducha de agua fría —contestó él con voz ronca.

—¿Ross? —era un pequeño grito de auxilio.

Ross se obligó a alejarse de ella. Algún día Diana se lo agradecería.

—Cierra la puerta con llave, Diana.

Ross salió al pasillo, bajó las escaleras de dos en dos y llegó hasta el porche del hotel Paraíso.

Repitió la letanía mentalmente: «deja que la conciencia te guíe, Ross. Deja que la conciencia te guíe».

Había un bote de hoja de lata en medio de la calle, Ross le dio una patada.

Capítulo Ocho

Diana permaneció tumbada en la oscuridad conteniendo las lágrimas. No culpaba a Ross. Era tanto culpa suya como de él. Si uno era lo suficientemente estúpido como para jugar con fuego, siempre se corría el riesgo de quemarse. Aquella regla era universal.

Ross había querido enseñarle una lección y, al final, le había hecho un favor, le había enseñado algo importante sobre sí misma: no era una «princesa de hielo». No era una mujer de corazón duro y frío. No era frígida, al contrario de lo que creían algunos hombres con los que había salido.

Era cálida, cariñosa y apasionada… con el hombre adecuado.

Si podía sentir una pasión tan sobrecogedora con Ross St. Clair, no le pasaba nada malo, era una mujer normal.

De repente, Diana se sintió casi feliz. Ahuecó las almohadas, estiró las ropas de la cama y se puso lo más cómoda posible. Y se dispuso a esperar a Ross.

Tenía tiempo para pensar.

Yale Grimmer.

Alto. Guapo. Bien educado. Ambicioso. Seguro.

De repente, se le ocurrió que una de las cosas que más le habían atraído de Yale, además de sus impecables credenciales, era que jamás había insistido en que intimaran sexualmente. Sus besos eran agradables y suaves. Yale era cariñoso. Era reflexivo. Se preocupaba tanto por los sentimientos de ella como por los suyos. Jamás perdía el control.

En resumen, Yale era un perfecto caballero.

El problema era que Diana ya no estaba segura de querer casarse con un perfecto caballero.

Quizá siempre había sospechado que faltaba algo vital en su

relación con Yale. Ahora, gracias a Ross St. Clair, sabía lo que era: pasión.

Si era honesta consigo misma, y ya era hora, había probado la pasión y le gustaba. Era intoxicante. Ahora, le parecía algo tan necesario como el aire para respirar o la comida.

Por supuesto, sabía que la pasión, en sí misma, no era suficiente para asegurar la felicidad eterna, pero también sabía que era absolutamente esencial entre un hombre y una mujer, que era la base de una relación.

Esa noche, Ross le había hecho un precioso re-galo, le había enseñado la verdad sobre sí misma. Y ella había aprendido una lección de incalculable valor. Ross había sido un profesor excelente y que-ría darle las gracias.

Diana se acurrucó en la cama y se cubrió con las sábanas. Intentó permanecer despierta, pero tanto viaje la había agotado y los párpados le pesaban.

¿Qué le había dicho Ross al marcharse?

Diana no conseguía recordarlo.

Mientras se le cerraban los ojos, una pregunta le pasó por la mente: ¿había cerrado la habitación con llave?

No sabía qué la despertó. Se incorporó, apoyándose en un codo. A su alrededor, todo era oscuridad.

Era el picaporte de la puerta lo que la había despertado, recordándole también que se le había olvidado echar la llave.

Tenía que ser Ross que volvía. ¿Quién si no podía ser? Sólo unos cuantos residentes de la localidad sabían que el señor y la señora St. Clair se hospedaban en el hotel Paraíso.

Por supuesto, en un pueblo del tamaño de Port Manya, lo que sabía uno lo sabían todos. Allí, las noticias volaban; además, la llegada de unos forasteros era todo un acontecimiento. En cuyo caso, ella y Ross darían que hablar durante meses, incluso años.

El pomo de la puerta giró. La puerta se abrió unos centímetros, crujiendo.

—¿Ross, eres tú? —preguntó Diana en voz queda mirando a través de la mosquitera.

No recibió respuesta.

La puerta crujió al abrirse un par de centímetros más.
—¿Ross?
Diana no estaba para bromas a esas horas de la noche.
—Si lo que quieres es asustarme, no lo estás consiguiendo —declaró ella en tono de censura.
Se oyó el ruido apagado de un paso, luego de otro.
Intentó una táctica diferente.
—¿Yale?
Justo en el momento en que la puerta de la habitación se abrió lo suficiente para que un hombre entrase, la luna se ocultó detrás de una nube. La habitación quedó en una completa oscuridad.
Diana se dio cuenta de que algo pasaba, algo terrible. No era Yale quien estaba en la puerta y, desde luego, no era Ross. De ser Ross, lo habría sentido.
La luna se abrió paso entre unas nubes y una luz pálida iluminó la habitación. Había dos sombras en la puerta.
Diana se llevó la mano a la boca. Quería gritar; sin embargo, se mordió la mano y trató de pensar.
¿Qué podía hacer? ¿Qué debía hacer?
A juzgar por lo que podía ver bajo esa luz, los dos intrusos se ajustaban a la descripción que Ross había hecho de los dos hombres que aquella mañana habían ido allí preguntando por Yale. Los dos eran altos y anchos de espaldas. No tenían cuello. Dos hombres musculosos.
Parecían matones.
—¿Crees que Grimmer está con ella?
—No lo sé, pero Carlos ha dicho que los llevemos a los dos vivos junto con la mercancía.
—En ese caso, no utilices la pistola a no ser que sea absolutamente necesario, estúpido —dijo uno de ellos.
¿Pistola?
¡Tenían pistolas!
El corazón comenzó a palpitarle con fuerza. Debía mantener la calma y pensar con rapidez. ¿Podría meterse debajo de la cama sin que ellos lo no-taran? ¿O sería el primer lugar en el que buscarían una vez que descubrieran que la cama estaba vacía?
El armario quedaba demasiado lejos, no había un lugar donde esconderse. Y estaban entre ella y la puerta.

Estaba atrapada.

Por primera vez en su vida, Diana Winsted supo lo que era temer por su vida; algo en lo que jamás había pensado, imaginado, soñado… ni siquiera en las peores pesadillas.

Había tenido una vida privilegiada, unos padres y abuelos adorables, un hermano menor encantador y unas hermanas mayores que la querían con locura. Los sufrimientos habían sido pocos y distanciados. Sabía apreciar su buena suerte, pero nunca se había parado a pensar en lo agradecida que tenia que estar por sentirse tan segura.

Ahora tenía miedo de verdad. No sabía qué hacer. Se arrepintió de no haber hecho un curso de defensa personal. Deseaba tener una pistola. Ojalá hubiera aprendido a utilizar una pistola.

¿Dónde estaba Ross?

Le necesitaba más que nunca, él sabría qué hacer; al fin y al cabo, era un experto. Sabía que esos dos gorilas no le asustarían.

Diana se dio cuenta de que sólo tenía un arma al alcance de la mano y decidió utilizarla.

Abrió la boca y gritó a todo pulmón.

—¡Ross! ¡Ross, ayúdame! ¡Ross!

—Está aquí, en alguna parte, y va a despertar a los muertos —se quejó uno de los intrusos antes de chocarse el uno con el otro.

—Pues encuéntrala y hazla callar.

—Encuéntrala y hazla callar tú.

—¡Ross! ¡Auxilio! ¡Ross! —Diana continuó gritando—. ¡Ross! ¡Ross! ¡Auxilio!

—¿Quién demonios es Ross?

—¿Y cómo voy yo a saberlo? ¿Crees que soy Dios? —protesto uno de los matones.

—Está en la cama. Ve a por ella y hazla callar

Uno de los dos se lanzó hacia la cama. Rápida-mente, Diana se colocó en el otro lado del colchón e intento cegar al hombre con la mosquitera. Cuando el truco falló, agarró la almohada y comenzó a pegarle con ella.

El segundo matón se le acercó por la espalda. Diana giró y le dio una patada apuntando a la entrepierna, recordaba que era ahí donde les dolía a los hombres.

Una pena que los zapatos de tacón estuvieran en el armario, le

habrían venido muy bien.

Entonces, uno de ellos consiguió agarrarla del brazo. Diana luchó como una leona, negándose a que la enjaularan. Abrió la boca y le clavó los dientes al matón.

El hombre dio un salto hacia atrás, sujetándose la mano, y se quejó a su compañero.

—¡Ay! ¡Esta perra me ha mordido!

—Deja de quejarte.

—No me estoy quejando, me duele.

—No seas quejica.

Diana esperó al momento oportuno y rezó por que la suerte le acompañara.

Tuvo suerte.

La luna volvió a esconderse tras unas nubes y Diana se dio cuenta de que era la última oportunidad que tenía de escapar. Apartó la mosquitera, saltó de la cama y salió corriendo hacia la puerta.

—¡Rápido, agárrala! ¡Se va a escapar!

Diana se subió el camisón, cruzó la puerta y salió corriendo al pasillo. Bajó las escaleras a toda prisa.

Cruzó el vestíbulo del hotel y salió del hotel Paraíso. En la calle, siguió corriendo con tanta rapidez como le permitían los pies descalzos, sin atreverse a mirar atrás.

Corrió y corrió hasta chocarse con un hombre.

—¡Diana!

—¡Ross! ¡Dios mío, Ross!

Diana casi no podía respirar, no podía hablar. No podía pronunciar una palabra, ni siquiera su nombre. Pero Ross, inmediatamente, se dio cuenta de que Diana no había salido a la calle a pasear.

Rápidamente, Ross tiro de ella hasta que los dos se ocultaron en las sombras y le cubrió la boca con la mano. Después, se escondieron detrás de un muro bajo y juntos vieron a los dos matones salir del hotel y mirar en todas las direcciones.

Uno de ellos dio una patada a un poste del porche y luego lanzó una maldición.

—La hemos perdido.

—Al jefe no va a gustarle.

—Ya lo sé, no hace falta que lo digas.

El otro matón se estaba masajeando la mano que Diana le había mordido.

—No nos había dicho que era una fiera.

—Puede que no lo supiera.

—Vamos, volvamos al campamento hasta que se haga de día, de noche no vamos a encontrarla.

—Creo que me sangra la mano —se quejó el gorila herido

—¡Cállate ya! —le espetó su compañero.

—Es el dedo de apretar el gatillo.

—Vaya cosa. Además, no sabes disparar.

Los dos hombres continuaron discutiendo mientras bajaban la calle principal de Port Manya. Al cabo de unos minutos, desaparecieron de vista.

Diana hizo un intento por hablar.

Ross se llevó un dedo a los labios.

—Sssss.

Transcurrieron cinco minutos.

Diez.

Quince.

Por fin, Ross se enderezó y Diana trató de incorporarse. Las piernas le temblaban. Las rodillas se le doblaron. Sin mediar palabra, Ross la estrechó en sus brazos y ella se apretó contra él. La abrazó como si no quisiera soltarla nunca.

Por fin, Diana dejó de temblar.

El rostro de Ross estaba a pocos centímetros del de Diana cuando le susurró junto a la boca:

—¿Estás mejor ya?

Ella asintió.

Con cuidado, fueron acercándose al hotel y por fin, llegaron al porche. Allí, entraron corriendo v cerraron la puerta.

—Bueno, creo que ya se han ido… por ahora —anuncio el por fin.

—¿Por ahora?

—Volverán —añadió Ross.

—¿Cuándo?

—Ya les has oído, cuando se haga de día.

Diana estaba aterrorizada.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Tienes… tenemos que salir de aquí esta misma noche.

—¿Adonde vamos a ir?

Ross sacudió la cabeza.

—Todavía no lo sé. Antes de marcharnos, tenemos que arreglar unas cuantas cosas.

—¿Qué cosas?

—Te lo explicaré mientras hacemos el equipaje

Ross la condujo de vuelta a la habitación

Se detuvieron delante de la puerta. La mosquitera estaba en el suelo. Las almohadas y las sábanas estaban tiradas por la habitación.

—Vaya, parece que te has estado peleando —comentó Ross.

—Lo he intentado, pero eran dos contra mí.

—¿Qué le has hecho al tipo que ha dicho que estaba sangrando?

—Le he mordido.

Ross se aclaró la garganta.

—Vamos, toma una bolsa y mete sólo lo que sea absolutamente imprescindible mientras yo voy abajo a buscar a Simón Ha.

—¿A Simón Ha?

—Sí. Y voy a necesitar algo con lo que comprarle comida y bebida.

Rápidamente, Diana sacó sus joyas y las dejó encima de la cómoda. Seleccionó unos anillos, un par de aros de oro y un broche de piedras semipreciosas.

—¿Y eso? —preguntó Ross señalando el brazalete que llevaba en la muñeca.

—No, esto no voy a dejarlo. Es un regalo de cumpleaños de Yale y jamás me perdonaría que lo vendiese.

Ross se encogió de hombros y se acercó al armario. Comenzó a examinar los caros vestidos de diseño, de los que eligió dos y un par de sandalias.

—¿Qué estás haciendo con mi ropa?

—Necesito algo para hacer un intercambio con Lola.

—¿Lola?

Ross se volvió y clavó los ojos en los pies de Diana.

—Necesitas un par de zapatos para caminar, no tienes ninguno.

—Pero ese vestido me ha costado quinientos dólares —protestó

ella.

Ross la miró a los ojos.

—¿En cuánto valores tu vida, Diana?

—Toma, llévale éste también. Le sentará bien a Lola —dijo Diana eligiendo otro caro vestido de su guardarropa.

Con las manos llenas, Ross se paró en el umbral de la puerta.

—Esta vez, cierra la puerta con llave. Volveré dentro de media hora como mucho. Estate lista para ponerte la ropa que te traiga. Y recuerda, mete sólo en la bolsa lo que puedas cargar.

—Vale.

—Y será mejor que te lleves el resto de las joyas, puede que las necesitemos para comprar más pro-visiones. Todo depende del tiempo que tengamos que estar por ahí.

Diana no quería preguntar, pero lo hizo al final.

—¿Dónde es por ahí?

—Por ahí en la selva.

Capítulo Nueve

Llevaban toda la noche andando por la selva y Diana no se había quejado ni una sola vez. Ni una palabra. Ni un suspiro. Ni una protesta. Ni un gemido de conmiseración.

Ross no se lo podía creer.

Diana debía tener calor, debía estar cansada y hambrienta. El sufría de las tres cosas.

La correa el maletín se le estaba clavando en el hombro, Ross se había dado cuenta por que, de vez en cuando, la veía pasárselo de un hombro a otro.

Los pies debían dolerle. Las piernas. Todos los músculos de su cuerpo debían necesitar descansar. El la estaba presionando más de lo que nadie lo había hecho en su vida. Sin embargo, Diana le seguía sin una protesta.

Ross volvió la cabeza y dijo:

—¿Qué tal estás?

—Bien.

—¿Qué tal las botas?

—Bien.

Lola, la cantante y a veces camarera del hotel Paraíso, no tenía botas, por lo que Diana llevaba unas de Simón Ha. Unas de las pocas botas que había en la isla, según Simón Ha, porque la mayoría de los residentes iban descalzos.

—Son de cuero auténtico —le había dicho Simón Ha al pedirle una extraordinaria cantidad de dinero—. Las trajo mi hijo de Mindanao.

Ross le había cambiado las botas por un par de sandalias italianas, no había otra alternativa.

Le estaban un poco grandes a Diana, pero no había opción.

Lola le había cambiado una blusa, una cazadora y un par de pantalones vaqueros por dos vestidos de diseño.

La noche que cenaron juntos en el restaurante del hotel Manila, Ross recordaba haberle advertido a Diana de que, si se quedaba durante un tiempo por allí, cambiaría y acabaría mostrándose tal y como era. Antes o después, le pasaba a todo el mundo.

Quizá ahora estaba viendo a la verdadera Diana Winsted. Diana no llevaba maquillaje. Se había re-cogido el cabello en una cola de caballo y una gorra de baseball le cubría la cabeza.

Esa misma noche, antes de salir de la habitación, Diana se había visto en el espejo así vestida y, con sorpresa, Ross notó que ni siquiera había parpadeado. Diana no había dicho nada, se había dado media vuelta y había salido de la habitación.

Quizá estaba equivocado respecto a ella, quizá la había juzgado mal. Quizá Diana no era tan tonta e indefensa como la había considerado.

Quizá Diana era algo más que un bonito rostro y un par de piernas sensacionales.

Estaba resultando ser una buena compañera de viaje. Una auténtica luchadora. Una mujer extra-ordinaria que había conseguido escapar de aquellos dos gorilas en la habitación del hotel.

Ross seguía culpándose de ello. Debería haberse dado cuenta de que los matones que buscaban a Yale Grimmer tenían la descripción de Diana.

Sobresalía de todo el mundo.

¿Cuántas rubias hermosas había en Port Manya?

Sin embargo, aquella noche no había podido pensar. Se había encontrado queriendo hacerle el amor a una mujer a la que no soportaba. A una mujer a la que despreciaba. A una mujer que le volvía loco. A una mujer que iba a casarse con otro. A una mujer a la que deseaba tanto que casi le dolía.

Diana Winsted se había convertido en una obsesión.

Al principio, Ross lo había achacado al tiempo que llevaba sin tener relaciones con una mujer, meses, debido a que no paraba de ir de un sitio a otro. Sólo había visto pobreza, enfermedades y desesperación. Había visto cosas que le habían puesto enfermo, que le habían hecho casi llorar, que le habían enloquecido.

También, gente generosa que no le conocía le había recibido con los brazos abiertos, sin hacerle preguntas y sin esperar respuestas. Había aprendido sus idiomas, habían respetado sus costumbres y se había mantenido al margen.

Llevaba seis meses buscando, tratando de des-cubrirse a sí mismo. No había estado interesado en encuentros sexuales.

Hasta ahora.

Ross volvió de nuevo la cabeza para mirar a la mujer que le seguía.

—¿Quieres parar un rato para descansar?

Diana alzó la barbilla y contestó con voz firme:

—¿Cuánto falta para que amanezca?

—Una hora aproximadamente, puede que menos.

—¿Crees que esos dos hombres se pondrán a buscarnos tan pronto como amanezca?

Ross no iba a mentirle.

—Sí.

—¿Podrán seguir nuestro rastro?

—Es posible.

—¿Cuánto falta hasta el escondite que Simón te ha dicho?

—Unos tres kilómetros más, pero el camino es malo.

—No.

—¿No?

—No quiero parar a descansar.

Continuaron la marcha.

La luz del amanecer comenzó a reemplazar a las sombras de la noche. A esa hora de la mañana, la jungla presentaba una apariencia irreal. Hubo un momento de absoluta paz y tranquilidad.

Los dos se pararon para sentirlo. Ninguno habló.

Pasaron por una cascada, mojaron los pañuelos en el agua fresca y volvieron a atárselos al cuello.

Al poco tiempo comenzó a llover. Los dos quedaron empapados en menos de un minuto.

La lluvia cesó. El sol salió y el agua comenzó a evaporarse.

Ross se detuvo y miró a su alrededor.

—Ya casi hemos llegado.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque Simón ha dicho: «pasa la primera cascada con un

banco de cientos de flores» —Ross señaló el banco del río lleno de exóticas y diferentes orquídeas—; «desde allí, verás el bosque de lauan, llamado también caoba filipina. Adéntrate en el bosque sesenta pasos y verás un tronco de árbol con mi marca. Es ahí».

—¿Te ha dibujado un mapa?

—No.

—Entonces, ¿cómo…?

Ross se señaló la cabeza.

—Lo veo, está ahí delante.

—Me dejas impresionada. ¿Otra de tus habilidades como ingeniero?

—En parte.

El sendero se ensanchó y continuaron avanzando hacia los árboles lauan.

—¿Cómo sabe Simón de este escondrijo? —preguntó Diana mientras caminaban.

Ross se desató el pañuelo y se lo pasó por la frente.

—Al parecer, ha sido el escondite secreto del pueblo durante años.

—¿Cuántos años?

—La familia de Simón Ha y otras familias se escondieron aquí durante la segunda guerra mundial cuando las tropas enemigas vinieron a la isla durante un breve tiempo.

Los ojos de Diana se agrandaron.

—Eso fue hace, por lo menos, cincuenta años.

Ross asintió con la cabeza.

—Simón me ha dicho que, desde antes de eso, los habitantes del pueblo escondían a sus mujeres y a sus hijas en la selva cuando los piratas venían a la isla a por provisiones y agua.

—Y escondían a sus mujeres de los piratas, ¿no?

—Exactamente.

—¿Y cómo sabe Simón que el escondite sigue existiendo?

Ross comenzó a contar los pasos al entrar en la arboleda.

—Los del pueblo lo consideran un lugar sagrado y lo consideraban. Dos veces al año hacen una pequeña peregrinación para realizar las reparaciones necesarias del escondite y darle gracias a los dioses de la selva.

—Es una historia sorprendente.

—Pero cierta.

Los dorados ojos de Diana se clavaron en él.

—Pero cierta.

—Cincuenta y ocho. Cincuenta y nueve. Sesenta —.Ross se detuvo en el centro de un pequeño claro —. Ya hemos llegado.

Diana giró sobre sus talones un círculo completo.

—¿Dónde? Yo no veo ningún escondrijo

—No sería un buen escondrijo si pudieras verlo —dijo Ross sonriendo.

—Aquí sólo hay árboles. ¿Estás seguro de que es aquí?

Ross le puso una mano a Diana en el codo y la guió hasta un árbol particularmente grande. El árbol tema un diámetro de un metro cincuenta por lo menos y se elevaba unos cuarenta metros Había una marca apenas visible en su corteza.

—La marca de Simón.

—La marca de Simón —repitió ella tocándola con los dedos.

Ross dejó en el suelo su mochila y sacó una gruesa cuerda. Se ató un extremo a la cintura e hizo un nudo corredizo en el otro extremo

—¿Qué haces?

—Iré yo primero. Cuando haya alcanzado el escondrijo, te tiraré la escalera para que subas.

—¿Para que suba?

Ross frunció el ceño.

—No te da miedo la altura, ¿verdad?

—No.

—Estupendo.

Diana le puso una mano en el brazo.

—Ross, ¿dónde está el escondite de Simón?

—¿No te lo he dicho?

—No, no me lo has dicho.

Ross echó la cabeza hacia atrás y elevó los ojos a las copas de los árboles.

—Ahí arriba, cariño, donde los árboles tocan el cielo.

Capítulo Diez

—¡Es una casa en un árbol! —exclamó Diana cuando los dos se hallaron en la sólida plataforma de madera.

Las ramas de los árboles eran más gruesas que el contorno de un hombre.

Ross tiró de la cuerda para subir la mochila, el resto de sus pertenencias ya estaba en el escondite.

—Sí, eso es más o menos.

Diana se inclinó por encima de la barandilla poblada de hojas.

—No se puede ver desde ahí abajo.

Ross desató la mochila y luego comenzó a enrollar la cuerda.

—Esa es precisamente la cuestión.

—Es como la casa de la película Los Robinsones de los Mares del Sur —declaró ella encantada, olvidándose por un momento del peligro que les había llevado a refugiarse allí en aquel santuario en medio de la selva.

—Dudo mucho que los lugareños hayan visto la película —observó él.

—No, lo más seguro es que no.

Pero no importaba. Diana estaba decidida a disfrutar aquel maravilloso mundo que jamás antes había visto y que, sin duda, no volvería a ver.

—Mira, Ross —susurró Diana señalando un exótico pájaro de brillantes colores que se había posado en una rama cerca de donde estaban ellos.

El pájaro estaba casi al alcance de la mano.

—Eso le hace sentirse a uno como Adán y Eva, ¿verdad? —comentó Ross con una sonrisa ladeada—. O como Tarzán y Jane.

Pero, al momento, Ross se puso serio otra vez.

—Vamos a hacer el inventario de lo que tenemos y, según ello, a hacer planes.

A pesar del cansancio, Diana le saludó a modo militar y dijo:

—Sí, señor.

—Una habitación para dormir con techo de paja —anunció Ross metiendo la cabeza momentáneamente en el pequeño lugar resguardado—. Colchones tejidos con las hojas de unas palmas. Lanzas para pescar y dos escobas de bambú.

Ross se volvió y le dio una de las escobas a Diana.

Diana se la quedó mirando.

—¿Para que es esto?

—Para barrer.

—¿Barrer?

—Sí. Para barrer y deshacerse de cualquier criatura pequeña que pueda estar escondida por aquí antes de acostarnos.

Diana tembló.

—Muy bien, para barrer criaturas.

Ross se agachó y examinó las cajas de metal que estaban apiladas en un rincón de la zona resguardada. Abrió la tapa de una caja.

—Raciones americanas de comida.

Ella miró por encima del hombro de Ross.

—¿Raciones del ejército americano aquí?

—Mercado negro —explicó él—. No es exactamente un manjar de dioses, pero sí es comestible.

Ross volvió a cerrar la caja.

Encontraron una sorprendente variedad de artículos en la casa del árbol, entre los que se incluían un puchero que servía de retrete y se encontraba detrás de un biombo de bambú, y una ducha conectada a un tanque que contenía amia de lluvia.

—Todas las comodidades de un hogar —declaró Ross cuando terminaron la inspección.

Pero no era su casa, pensó Diana con tristeza Y no estaban jugando a Tarzán y a Jane por diversión. No se trataba de un juego. Dos hombres habían intentado raptarla en el hotel la noche anterior y era una cosa muy seria.

Una cuestión de vida o muerte.

Diana se quitó la gorra de baseball y se secó el sudor de la cara

con la manga de la camisa.

—¿Cuanto tiempo crees que tardarán en encontrarnos?

—El suficiente.

—¿El suficiente para qué?

—Para que me dé tiempo a tener preparadas unas cuantas sorpresas para cuando lleguen, unas ratoneras.

Diana frunció el ceño.

—¿Ratoneras?

—Con suerte, con mucha suerte, puede que cacemos un par de ratas —contestó Ross.

Diana le puso una mano en el brazo.

_No vas a correr riesgos innecesarios, ¿verdad?

Ross le alzó la barbilla y le acarició los labios con los suyos.

—Claro que no, pero gracias por preocuparte por mi —al momento, volvió a ponerse serio—. Pero antes de irme, tengo un trabajito para ti.

—¿Antes de irte?

—Sí, tengo que bajar a preparar las sorpresas para las visitas.

—Las sorpresas para las ratas, ¿no?

—Exactamente.

—¿Qué es lo que quieres que haga?

Ross metió la mano en su mochila, sacó un frasco con un líquido amarillo y se lo dio a Diana.

—Quiero que rocíes el perímetro de nuestro escondrijo con esto. Echa unas gotas en la plataforma, en el cobertizo, en la ducha y en la barandilla… en todas partes.

—¿Qué es?

—No sé el nombre, ni siquiera sé si lo tiene, sólo sé que huele a mangosta.

Diana arrugó la nariz.

—¿A quién tiene que olerle a mangosta?

Ross vaciló.

—¿No a quién, sino a qué?

—De acuerdo, ¿a qué le tiene que oler a mangosta?

—A las serpientes.

—¡Serpientes!

—Lo siento, cielo, debería habértelo preguntado antes. ¿Qué te parecen las serpientes?

Diana le lanzó una mirada significativa.

—¿Te refieres a la culebra casera o a la anaconda de quince metros?

—En esta región no hay anacondas —contestó Ross para tranquilizarla—. Las anacondas sólo se encuentran en la zona tropical de Sudamérica; sobre todo, en la Amazonia.

—Supongo que ésa es la buena noticia.

—Sin embargo, aquí hay pitones gigantes y cobras.

—Eso debe ser la mala noticia —dijo Diana secamente.

Ross continuó en un tono de voz neutral.

—A la mayoría de las serpientes no les gustan las mangostas, su enemigo natural.

—Como en la historia de Kipling sobre Rikki-Tikky-Tavi.

—Exacto.

Diana lanzó un dramático suspiro.

—¿Por qué uno no encuentra una mangosta cuando la necesita?

Ross se encogió de hombros.

—Por eso es precisamente por lo que quiero que eches el liquido, para crear una barrera.

—No te preocupes, lo haré con mucho gusto Confía en mí.

—Y otra cosa, cuando termines, podrías preparar algo para comer.

Diana le lanzó una mirada de reproche.

—No querrás que cace también, ¿verdad?

Ross se echó a reír.

—No, será suficiente con las raciones del ejército.

Ross comenzó a recoger las cosas que necesitaba vanas cuerdas, una lanza, un rollo de alambre fino, un cuchillo de aspecto letal, un pequeño machete y algunas cosas más.

—El tanque del agua debe estar lleno, te lo digo por si te apetece darte una ducha —alzó la cabeza y miro al sol que se filtraba por entre las ramas de los árboles—. Es el momento perfecto para que la ropa se seque… si es que quieres lavar algo.

—Debo estar hecha un asco —comentó Diana riéndose de sí misma.

—Jamás te he visto tan guapa —contestó Ross con voz ronca.

A Diana se le cerró la garganta.

—No vas a tardar mucho, ¿verdad?

—No más de lo que sea necesario, te lo prometo —la voz de Ross se hizo más suave—. Los dos necesitamos comer y dormir, en ese orden. Pero descansaré mejor una vez que haya hecho lo que tengo que hacer ahí abajo.

Diana avanzó un paso hacia él.

—Ross, respecto a anoche…

Los ojos de él oscurecieron.

—Hablaremos de eso cuando vuelva, Diana. Yo también tengo algo que decirte.

Diana le puso las manos en los hombros, se alzó de puntillas y le besó en la boca.

—Ten cuidado.

—Lo tendré.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo —Ross comenzó a bajar por la escalerilla—. Sube la escalerilla cuando llegue al suelo y no vuelvas a bajarla hasta que no oigas la señal.

—¿Cuál es la señal?

—Un silbido.

Diana se asomó por encima de la barandilla.

—¿Qué clase de silbido?

Ross le guiñó un ojo.

—Un silbido de lobo, por supuesto.

Cuando sonó el silbido, Diana bajó la escalerilla y Ross ascendió. Ambos estaban hambrientos y agotados. Comieron en silencio e, inmediatamente después, extendieron los colchones que había bajo el techo de paja. Los dos se durmieron en cuestión de un minuto o dos.

Era la hora de más calor del día, nada se movía. Incluso los animales de la selva sabían que era lo mejor en esos momentos del día.

Más tarde, Diana se despertó y vio estrellas en el cielo y también la luna, y se preguntó cómo podía ser Entonces, se dio cuenta de que había una trampilla en el techo del cobertizo. Ross debía haberla abierto mientras ella dormía.

Había una ligera brisa y el aire olía a perfume de flores exóticas.

Volvió la cabeza y vio que estaba sola en el cobertizo Se acercó a la entrada sigilosamente y asomo la cabeza. Al principio, no vio a Ross. Después, vio un pequeño movimiento al otro lado de la plataforma y supo que era él.

Descalza, a excepción de los calcetines que Ross le había prestado, se acercó a él. No hizo ruido al moverse por el suelo de madera y estaba casi directamente detrás de Ross cuando pronunció su nombre.

—Ross…

Le vio sobresaltarse.

—Creí que seguías durmiendo —dijo él en un susurro.

—Si, hasta hace un momento —Diana miró en la oscuridad— ¿Has visto algo?

—Nada.

—¿Te has despertado por el calor?

Ross solo llevaba los pantalones y la piel le brillaba a la luz de la luna.

—Estoy acostumbrado al calor.

Pero Diana se dio cuenta de que no había respondido a su pregunta.

Extendió una mano y le tocó el brazo, lo sintió tenso.

—¿Estás preocupado por esos dos hombres?

Ross sacudió la cabeza y dijo con voz fría:

—Suponiendo que esos dos matones lleguen hasta aquí, se van a encontrar con algo que no esperan.

Diana seguía preocupada, algo le pasaba a Ross.

—¿Qué te pasa? ¿Quieres hablar de ello?

—No.

—¿No?

—No, maldita sea, no quiero hablar de ello.

Diana se mordió los labios.

Entonces, Ross se dio media vuelta y, con gesto frustrado, se pasó las manos por los cabellos.

—¿Es que no lo sabes? ¿No te has enterado todavía?

Diana negó con la cabeza.

—Eres tú. Mi preocupación eres tú —los ojos de Ross ardían—. No lo comprendo, no puedo explicarme por qué, pero te deseo, Diana.

—Yo también a tí —anunció ella inmediatamente.

—¿Estás segura?

La pregunta sólo requería un simple sí o no.

—Sí.

Ross apoyó la espalda en una gruesa rama del árbol y estrechó a Diana en sus brazos, apretándola contra su pecho. Transcurrió un minuto antes de decir:

—Estás prometida a otro hombre.

Ella alzó la cabeza.

—Yale no me hace sentir lo que siento contigo.

—¿Lo ha intentado alguna vez?

Diana tragó saliva.

—No.

—¿Has querido que lo hiciera?

Diana negó con la cabeza.

—Anoche te dije que no esta preparado para hacer el amor contigo.

—¿Porque no me deseas lo suficiente?

Los ojos de él brillaron fieramente

—Te he jurado que jamás te mentiría y no voy a hacerlo ahora. Anoche, cuando te dije que te deseaba mas que he deseado nunca a una mujer lo dije en serio. Te deseo, Diana Winsted. Quiero hacerte el amor, ser parte de ti, entrar en ti y no saber donde empiezas tú y dónde acabo yo. Quiero sentir tu cuerpo envolviéndome y llevarte al clímax una y otra vez.

—No sé si podré —declaró ella en un susurro

Ross se quedó muy quieto

—¿Qué?

—Que no sé si podré sentir placer

Ross la miró como si se hubiera vuelto loca

—¿Que demonios estás diciendo?

A Diana se le llenaron los ojos de lágrimas.

—En la universidad, mis compañeros solían llamarme princesa de hielo. No puedes imaginar lo que era. No se trataba sólo de mi aspecto físico, si un chico me tocaba, me quedaba helada. Era horrible. Dejé de salir con chicos. Supuse que era frígida.

—¿Y cuándo te has dado cuenta de que no lo eres? —preguntó Ross con ternura

—Anoche.

Eso le tomó por sorpresa.

—¿Anoche? ¿Cuándo te besé en la habitación del hotel Paraíso?

Diana asintió.

—Oh, Dios mío, Diana —susurró Ross abrazándola.

El cuerpo de ella tembló.

—¿Te das cuenta de cómo me siento al saber que soy el único hombre con el que has sentido pasión?

—No, pero creo que puedo imaginarlo.

—Sí, claro que puedes imaginarlo —Ross lanzó una maravillosa carcajada masculina—. No hay nada que le excite más a un hombre que saber que excita a una mujer.

—Y viceversa —murmuró ella saboreando su poder como mujer.

Ross la miró a los ojos.

—Cuando te dije que no estaba preparado para hacer el amor contigo, también lo decía en sentido literal. No puedo protegerte, Diana, llevo aquí mucho tiempo y no tengo preservativos.

Diana se ruborizó de pies a cabeza.

—Entiendo.

—Lo siento.

Diana respiró profundamente antes de decir:

—Yo sí lo estoy.

—¿Preparada?

Diana asintió.

—Una amiga mía me llevó al aeropuerto el martes. A mi amiga le parece muy extraño que Yale y yo no nos hayamos acostado juntos… En fin, cuando me despedí de ella, me dijo algo así como que me animase con mi novio y, antes de que me diera cuenta, me había metido una caja de preservativos en el maletín. Aún los tengo… creo.

Ross parecía no poder respirar.

—¿Quieres que vaya a ver?

—Sí —respondió él.

Diana entró en el cobertizo, abrió la cremallera del bolsillo lateral del maletín y sacó una pequeña caja. Volvió hasta donde estaba Ross y le dio la caja.

—Esto es algo a lo que no estoy acostumbrada, Ross. No se que se hace en estas situaciones.

Ross se metió la caja en el bolsillo de los pantalones y luego miró a Diana fijamente.

—Al demonio con lo que se hace, Diana. ¿Quieres hacer el amor conmigo?

—Creo que sí —respondió ella en voz tan baja que no sabia si Ross la había oído.

—Tienes que estar segura, cariño, porque una vez que hagamos el amor, todo cambiará no hay forma de echarse atrás.

Diana no quería echarse atrás. Quería que las cosas cambiaran.

Alzó la barbilla y dijo con convicción

—Si, quiero hacer el amor contigo, Ross. Nada de ataduras ni riesgos ni obligaciones. Has liberado algo dentro de mi y quiero saber qué es.

Ross le tomó la mano y la llevó al cobertizo

—Solo otra cosa, no quiero que lleves el anillo de otro hombre mientras hacemos el amor.

Diana se sacó el diamante del dedo y también el brazalete y depositó las dos cosas en la palma de la mano de Ross. El levantó del suelo su camisa kaki abrió la cremallera del bolsillo, metió el brazalete y el anillo, y cerró la cremallera.

Entonces se arrodilló delante de ella en el colchón de palma y tiró de Diana. Cuando los dos estaban en el suelo, la estrechó en sus brazos con suma ternura.

Había una canción mágica en el aire.

—El pájaro de la noche —dijo Ross mientras desabrochaba la camisa de Diana—. El pájaro de la noche nos está dedicando una serenata

Le quitó la camisa y el sujetador, dejándola desnuda de cintura para arriba. Ross se la quedó mirando un momento; luego, dijo;

—Eres preciosa —le cubrió los senos de marfil con las manos y le acarició los pezones con los pulgares.

Diana se estremeció y tocó los lisos pechos de aquel hombre.

—Tú también eres muy guapo.

Entonces, Ross agachó la cabeza y le tocó con la punta de la lengua los pechos, primero uno y después el otro, hasta que Diana llegó a temer estar enloqueciendo.

—Ross, por favor…

—¿Más?

Ella asintió.

—Sí, por favor, más…

Ross tomó un pecho en su boca, lo mordisqueó eróticamente y lo chupó mientras con la mano acariciaba el otro. Diana echó la cabeza hacia atrás y lanzó un ronco gemido.

Pasión.

Sí, era pasión lo que se había liberado dentro de ella. Era pasión lo que estaba sintiendo. Era algo físico, sexual e intelectual. Era algo glorioso e intensamente vibrante. De repente, quería sentir a Ross por todas partes, quería conocer a ese hombre como no había conocido a ningún otro. Quería hacerle cosas a él, con él, para él… cosas en las que nunca había pensado.

Le acarició el pecho y se maravilló de su fuerza… y de su vulnerabilidad. No podía dejar de notar la dura y pulsante parte de él que se movía inadvertidamente cada vez que ella le pasaba la mano.

Ross le bajó la cremallera de los pantalones a la mitad, lo suficiente para deslizar los dedos por debajo de la cinturilla de las bragas

—¿Ross?

De repente. Diana se sintió insegura, incluso un poco avergonzada de sí misma porque tenia el cuerpo cubierto en sudor.

—No pasa nada. Diana, tranquilízate.

La acarició tímidamente con la yema de los dedos después. se adentró en ella una vez, dos, tres. Cada vez mas profundamente. Después metió los dedos mas dentro, todo lo que pudo. El grito de Diana quebró el silencio de la noche.

Ross le cubrió la boca con la suya y ahogó el siguiente grito de pasión, lo bebió como si fuese néctar.

Instintivamente Diana le pasó las manos en la cinturilla del pantalón y le bajo la cremallera con sumo cuidado al darse cuenta de que no llevaba nada debajo. Le acarició el vello del vientre con los dedos y luego más abajo.

Ross contuvo la respiración.

—¡Diana, cielo!

La excitación de Ross saltó a la mano de ella, suave, dura y fuerte como una roca. Diana le acaricio repetidamente

—Estoy sorprendida, no sabía que la piel de un hombre pudiera

ser tan suave —admitió ella con incredulidad.

El lanzó una quebrada carcajada.

—Si sigues así te vas a llevar una sorpresa aún mayor

Diana frunció el ceño.

Ross se dispuso a explicarle.

—Digamos que, en estos momentos, no poseo un gran autocontrol

Diana seguía sin comprender,

—¿Y cuál es el problema?

—No es así como lo había planeado —dijo Ross apretando los dientes una décima de segundo antes de perder el control por completo y estremecerse violentamente.

Diana le había tocado y Ross había estallado como un cohete el cuatro de julio. No era así como quería que fuese, pero hacía ya tanto tiempo… y ella era tan dulce e irresistible…

Le compensaría. Disponían de toda la noche. No era el final, sólo el comienzo.

—No estás… asqueada, ¿verdad?

Diana le miró agrandando los ojos.

—¿Asqueada? ¿Por qué iba a estar asqueada? Me ha encantado.

—¿Que te ha encantado? —repitió Ross.

—Has sido tú quien ha dicho que no hay nada más excitante que saber que excitas a otra persona.

—Sí, lo he dicho, ¿verdad? —Ross sonrió y la con-templó con mirada traviesa—. También sé que esto es un toma y daca.

Inmediatamente, Ross se dispuso a demostrarle el significado de sus palabras. En cuestión de minutos, Diana estaba revolviéndose bajo él, alzando las caderas instintivamente, permitiéndole que dispusiera del resto de la ropa que aún tenían puesta.

En una ocasión, Ross se había preguntado a sí mismo si Diana era sólo fría por fuera y caliente y dulce por dentro. ¿Era una princesa de hielo o una mujer apasionada? Llevaba tiempo queriendo saber qué se sentiría al hacerle el amor. La había imaginado rodeándole el cuerpo con sus bonitas piernas y apretando los hermosos senos contra su pecho.

Había imaginado sus sedosos cabellos rubios acariciándole la

cálida piel, los labios hinchados por los besos, el cuerpo arqueado hacia él, buscando el almo que sólo Ross podía darle.

Se estaba transformando en un sueño convertido en realidad.

Diana era todo lo que había imaginado, todo lo que había soñado y esperado. Se estaba convirtiendo en lo mejor que le había pasado en la vida. Que ironía.

Entonces, Ross estiró la mano para hacerse con la caja de preservativos que tenía en el bolsillo de os pantalones y se lo colocó mientras acariciaba los hombros de aquella mujer con los labios. Después, se apoderó de la boca de Diana con la suya antes de sentarla encima suyo. No quería someter su encantadora piel a soportar aquel duro suelo aunque hubiera un colchón de palma.

—Ross… —murmuró ella con cierta sorpresa

—Iremos despacio y con cuidado, cielo. No tenemos prisa, tenemos todo el tiempo del mundo.

Ross bajo la mano y encontró ese punto especial. el sensible botón femenino que se hinchó suavemente cuando él lo acarició con las yemas de los dedos hasta que la hizo temblar y estremecerse. Entonces, adentró los dedos en ella de nuevo. Diana estaba lista. Ross no creía poder esperar un segundo mas para enterrarse en ella. Estaba agonizante

—Diana, necesito hacerte el amor ya —le susurró junto a la boca.

—¡Ross, por favor… ámame! ¡Sí, ya, ahora mismo! —gritó Diana enloquecida por la pasión.

Al principio, Ross empujó con cuidado antes de que sus empelladas se hicieran más insistentes. Entonces, con un gran esfuerzo por controlarse, fue entrando más y más hasta completar la unión de sus cuerpos.

Diana jadeaba y temblaba.

—No sabía… no tenía idea de que… jamás imaginé…

Ross se quedó inmóvil durante unos momentos, consciente de que el cuerpo de Diana se estaba adaptando a él.

—Y sólo puede ir a mejor —le prometió Ross cuando comenzó a moverse otra vez.

Al principio, Ross fue despacio; después, con creciente frenesí hasta que los dos se vieron inmersos en una tormenta sensual que ellos mismos había originado.

Los espasmos continuaron. Era el sexo en su forma más pura: mutuo, mágico, maravilloso y húmedo.

Entonces, Ross sintió a Diana aferrándose a él, clavarle las uñas en los hombros y estremecerse convulsivamente antes de una última sacudida y un grito.

—¡Ross!

—¡Diana! —el ronco grito de Ross siguió al de ella inmediatamente.

Al cabo de un tiempo, Ross se separó de ella y ambos se tumbaron en el colchón de hoja de palma.

El aire de la noche les refrescó y secó sus sudorosos cuerpos.

La trampilla del techo del cobertizo estaba abierta y podían ver el cielo. Diana se acurrucó junto a él y murmuró:

—Puedo ver las estrellas a través de las ramas Parecen estar muy cerca, me da la impresión de que casi puedo tocarlas.

—Sí, tocar el cielo —comentó Ross con una satisfacción que jamás había sentido.

—¿Habías hecho el amor alguna vez bajo las estrellas? —preguntó ella tímidamente.

—Cielo, hace ya tanto tiempo que ni siquiera me acuerdo de haberlo hecho.

Los ojos de Diana brillaron.

—En ese caso, es como si hubiera sido la primera vez para los dos.

A Ross le gustó la idea.

_Sí, la primera vez —se volvió de costado, de cara a Diana, y le acarició los hombros—. Nunca ha habido en mi vida una mujer como tú, Diana.

—Nunca ha habido en mi vida un hombre como tu, Ross.

Diana le acarició el pecho y posó la mano en el vientre de Ross. Le acarició el abdomen, la cadera y los muslos. Ross la oyó contener la respiración antes de mover la mano ligeramente hacia arriba. El cuerpo de Ross respondió instantáneamente

Diana parecía satisfecha consigo misma. No, parecía encantada.

Le acarició con amor.

—Jamás soñé que sería así.

—Esto no es un sueño —dijo Ross con voz ronca cuando todo empezó otra vez.

Si era un sueño, Ross esperaba no despertarse nunca.

Capítulo Once

—¿Qué demonios…? —gritó un hombre furioso—, ¡Bolo! ¡Dónde demonios te has metido? ¡Bolo, ayúdame!

Transcurrieron varios minutos antes de oírse la distante respuesta.

—No puedo.

—¿Qué es eso de que no puedes? ¿Dónde diablos estás? No, no me lo digas, no me importa. Simplemente, ven y bájame de aquí.

El matón que respondía al nombre de Bolo parecía estar gritando desde el fondo de un pozo.

—No puedo ayudarte, ni siquiera puedo salir de aquí. Estoy metido en un hoyo.

—¿En un hoyo?

—Sí, un hoyo en el suelo.

—En ese caso, sal de ahí —sugirió el otro matón.

—No puedo. Este hoyo tiene cinco metros de profundidad por lo menos y las paredes son lisas. Estoy atascado.

—Y yo —gritó el otro.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Bolo a gritos.

—Que he metido el pie en una trampa.

—¿En una trampa?

—Sí, una trampa. Estoy colgando boca abajo de una cuerda atada a la rama de un árbol.

—¿Por qué no rompes la cuerda de un tiro? —sugirió Bolo.

—Lo haría si la pistola no se me hubiera caído al suelo al subir por los aires.

—¡Mierda! —exclamó Bolo.

—¿Qué vamos a hacer, Bolo?

—Esperar —respondió su compañero—. Esperar.

Amaneció en la selva. Los chimpancés se despertaron, gritaron y empezaron a saltar de rama en rama. Los pájaros desplegaron las alas y emitían sonidos de advertencia. Unos intrusos habían roto la paz de la selva.

Ross y Diana también se despertaron.

Diana se incorporó apoyándose en un codo y se frotó los ojos.

—¿Qué es ese ruido?

Ross se estiró en la cama; después, tiró de ella hasta hacerla tumbarse de nuevo.

—Creo que he atrapado un par de ratas.

—¿Ratas grandes? —murmuró ella con la cabeza en el hombro de Ross.

—Pueden ser los dos matones que fueron a tu habitación.

Diana volvió a abrir los ojos y se sentó.

—Estás bromeando.

Ross se dio cuenta de que no iba a poder seguir durmiendo.

—No, no estoy bromeando.

—Ross, ¿qué has hecho?

—No te preocupes, cielo, lo único que he hecho es preparar unas inocentes trampas que me han enseñado los nativos de la última isla donde he estado —Ross encogió los hombros—. Además de un par de trucos de la escuela de ingenieros.

Diana le miró con escepticismo; luego, se mordió los labios.

—¿Estás seguro de que se encuentran bien, que no les has hecho daño?

—¿A quiénes?

—A las dos ratas que tienes en las trampas.

—Lo dudo —contestó Ross sin aparente preocupación—. Además, se lo merecen. Esos dos tipos no son precisamente ciudadanos modelo. No olvides que iban a raptarte y Dios sabe qué más.

—No, no se me ha olvidado.

Ross estiró los brazos por encima de la cabeza.

—Hacía siglos que no dormía tan bien.

Le dio un beso en la boca a Diana.

—Increíble, ¿verdad?

—Sí, increíble —susurró ella.

—Pero un hombre nunca puede decir que su trabajo está

acabado —anunció Ross con un suspiro melodramático—. En fin, será mejor que me vista y vaya a ver qué es lo que he pillado.

Diana se humedeció el labio inferior,

—Si son los dos matones del hotel… ¿vamos a volver a Port Manya hoy?

—Sí, exactamente. Pero tú no te muevas de aquí hasta que yo no te lo diga. Quiero asegurarme de que no puedan hacerte nada antes de que bajes del árbol.

—Y, además, no queremos que se enteren de dónde está el escondrijo.

—Por supuesto.

Diana se levantó sin importarle su desnudez.

—Me parece que voy a darme una ducha antes de preparar el desayuno.

Ross contempló su encantadora figura mientras salía del cobertizo.

—Supongo que desayunaremos los mismos manjares que cenamos anoche —comentó Ross con pesar.

Ella le dedicó una femenina mirada.

—Tonto, anoche no cenamos.

Ross se pasó la mano por el estómago.

—Debe ser por eso por lo que tengo tanta hambre.

Diana arqueó las cejas.

—Sí, podría ser.

Ross se vistió rápidamente. Después, se sujetó el cuchillo al cinturón, tomó una lanza y también unas cuerdas.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó Diana.

—Si he atrapado a esos tipos, quiero asegurarme de que no vayan a ninguna parte antes de que lleguemos a Port Manya y hablemos con el sargento Bok, él se encargará de ellos.

Ross le dio un beso en la boca.

—Volveré pronto.

Ross descendió del árbol por la escalerilla y, por fin, puso los pies en el suelo de la selva.

Era sorprendente el efecto que un poco de comida, una buena noche de dormir y la relación sexual más maravillosa de su vida

podían tener en un hombre. Se sentía tan bien que no podía sentirse mejor.

Se movió en silencio por la selva hasta llegar al camino. Al cabo de un poco, encontró sus trampas.

Sí, ahí estaban dos de los matones que había visto aquella tarde en la playa mientras Carlos y su socio hablaban de Diana Winsted y de la mercancía.

Ross tomó el cuchillo en su mano y comenzó a caminar perezosamente mientras silbaba una canción.

—¡Eh, oiga, amigo! —gritó el primer gorila con el que se encontró cuando éste vio a Ross.

El hombre colgaba boca abajo de una cuerda. Tenía el rostro enrojecido por la ira y por la sangre que le bajaba a la cabeza. La camisa se le había salido de los pantalones, revelando un abultado vientre.

No presentaba una buena imagen.

Ross asintió y continuó caminando.

—¡Eh, oiga, pare! ¡Ayúdeme!

Ross se detuvo, levantó del suelo la pistola, echó el seguro y luego se apoyó en el tronco del árbol más próximo.

—¿Tiene problemas? —preguntó Ross lacónicamente.

El gorila lanzó un juramento.

—¿A usted qué le parece?

Ross se tomó su tiempo antes de contestar.

—Me parece que tiene problemas.

—Y no soy yo solo. Mi amigo está por aquí cerca metido en un hoyo.

—Pusieron muchas trampas por aquí durante la segunda guerra mundial.

El matón sudaba profusamente, las gotas le resbalaban por el rostro.

—¿En serio?

—En serio —Ross se echó el sombrero hacia atrás—. Hay trampas por toda la selva. Uno tiene que tener mucho cuidado por dónde pisa.

—Ojalá lo hubiera sabido antes.

—Sí, no me extraña —declaró Ross con frialdad mortal.

El matón estaba empezando a asustarse.

—Escuche, amigo, ¿va a ayudarnos a mí y a mi amigo o no?

—Sí, claro que voy a ayudarlos.

El hombre que colgaba de la cuerda sonrió maliciosamente.

—Estupendo. ¿Le importaría cortar ya la cuerda? Llevo aquí media hora, me están dando ganas de vomitar.

—Sí, claro que voy a cortar la cuerda; pero primero…

—¿Primero, qué?

—Necesito que conteste a dos preguntas.

Ross levantó una rama de árbol del suelo, sacó el cuchillo y comenzó a afilar la madera. El cuchillo estaba muy afilado y Ross hizo evidente que sabia cómo utilizarlo.

El hombre tragó saliva.

—¿Dos preguntas?

Ross se agachó en el suelo y miró al matón a los ojos.

—¿Quién es Carlos?

El hombre se hizo el tonto inmediatamente.

—¿Carlos? No conozco a ningún Carlos.

—¿Está completamente seguro?

—Sí, claro que estoy seguro.

Ross se incorporó y lanzó el cuchillo, que pasó a unos centímetros por la cabeza del matón hasta incrustarse parcialmente en el tronco de un árbol.

—Sabe utilizar un cuchillo —dijo el hombre con admiración.

Los dos sabían que Ross era bueno con un cuchillo.

—No se me da mal, aunque me falta un poco de práctica —Ross prefirió ser modesto.

—Aunque supiera quien es Carlos, no se lo diría porque estaría muerto en cuestión de días.

Ross decidió que era el momento de cambiar de táctica.

—¿Dónde está la mercancía?

El matón lanzó una carcajada.

—¿Qué mercancía?

—Estoy enterado del asunto, le oí a Carlos hablar de ello en la playa una tarde.

—Pues bien por usted, vaquero. No sé nada de ninguna mercancía.

Ross endureció su tono de voz.

—¡Bastardo! Antes de anoche estaba en la habitación de la

señorita en el hotel Paraíso buscando la mercancía.

El hombre escupió.

—No puede probarlo.

—Pero la señorita podría identificarle.

—Estaba a oscuras.

—Vaya, entonces admite que estaba en la habitación, ¿eh?

—No admito nada.

—Y quizá también haya estado en la habitación del hotel de Manila, ¿no?

El hombre enrojeció aún más.

—Está perdiendo el tiempo, vaquero, no tiene pruebas.

—Puede que no, pero no las necesito. En algunas de estas islas no hay ley —Ross lanzó una carcajada—. Qué demonios, en algunas de estas islas ni siquiera hay gente. Puede que me dé por darles un paseo en barco a usted y a su amigo y puede que me dé por dejarles en una isla desierta para que pasen juntos el resto de sus vidas.

Ross dejó que pasara el tiempo para que aquel hombre considerase sus palabras. Después, lanzó una mirada en dirección al otro matón que estaba metido en el hoyo.

—¿V usted, tiene algo qué decir?

—Bolo, mantén la boca cerrada o te la cerraré yo para el resto de tu vida.

Bolo alzó un brazo e hizo un gesto obsceno en dirección a Ross.

—No tengo nada que decir.

—Escuche, amigo, nosotros no sabemos nada. Ahora, ¿va a bajarme de aquí o no?

—Puede que lo haga.

—¿Que puede que lo haga?

Ross sacudió la cabeza.

—La cosa es que estoy muy enfadado con ustedes.

—¿Cómo es eso? Ni siquiera nos había visto en su vida.

—Han estado molestando a mi mujer.

—¿A su mujer? ¿Se refiere a la rubia? Oiga, no sabíamos que era su mujer.

—Pues ahora ya lo saben. Si se les ocurre volver a acercarse a ella, les abriré las tripas, les arrancaré el corazón y se lo echaré de comer a las ratas de los pantanos.

El matón que colgaba de la cuerda comenzó a mirar a su

alrededor.

—¿Ratas del pantano?

—Sí, unos bichos asquerosos. Una vez vi que se comían a un hombre vivo, aunque no me importaría verlo otra vez.

—Oiga, amigo, tiene mi palabra de que no volveremos a acercarnos a su mujer. Se lo juro por la memoria de mi madre —juró el hombre del hoyo.

Ross se encargó primero del matón que colgaba de la cuerda. Sin embargo, no iba a correr ningún riesgo: le ató las manos a la espalda, cortó la cuerda y le condujo hasta el hoyo donde estaba su amigo

—Salte.

—¿Que qué?

—¡Que salte!

—Yo creía que nos iba a dejar marchar.

—Pues se ha equivocado.

—Dijo que iba a bajarme de la cuerda.

—Y lo he hecho.

Ross cortó la cuerda que ataba las manos del hombre y le dio un empujón. El hombre cayó al hoyo.

Ross se quedó allí mirando a la pareja.

—Y ahora, voy a darles un consejo, búsquense otro trabajo, uno más tranquilo… y en el otro extremo del planeta.

—Si salgo vivo de ésta, me vuelvo a casa con mi madre —prometió el primero.

—Y yo a Sudamérica —juró el segundo.

—Excelente elección —declaró Ross.

Después, echó la cabeza hacia atrás y miró al sol.

—En fin, me temo que va a ser un día bastante caluroso; sin embargo, espero que el sargento Bok y sus hombres lleguen aquí al atardecer. El sargento estará encantado de sacarles de la isla.

Se oyeron unos gruñidos procedentes del fondo del hoyo.

—Adiós, caballeros.

Describiendo un círculo, Ross volvió a la casa del árbol y cubrió sus huellas. Allí, lanzó un silbido y Diana bajó la escalerilla.

Ya estaba lista para salir y había limpiado el cobertizo. También tenía preparado el desayuno.

Se pusieron a desayunar.

—¿Has encontrado algo en tus ratoneras?

Ross asintió.

—¿Los dos gorilas?

—Sí.

—No les has hecho daño, ¿verdad?

Ross se echó a reír.

—Claro que no. Están perfectamente a salvo hasta que Charoon Bok llegue con sus hombres —dijo Ross al tiempo que terminaban de comer—. ¿Estás lista para volver a la civilización?

Diana miró a su alrededor.

—Supongo que no volveremos nunca, ¿verdad?

—No, supongo que no.

La expresión de ella se tornó seria.

—Jamás olvidaré este lugar.

—Ni yo —admitió él—. Donde los árboles tocan el cielo… el paraíso.

—No —dijo Diana con voz queda.

Ross frunció el ceño.

—¿No?

Los dorados ojos de ella brillaron.

—El paraíso son tus brazos.

Capítulo Doce

—Sigo sin entenderlo —dijo Ross cuando terminó de examinar las pertenencias de Diana—. Lo hemos inspeccionado todo, incluso las cosas de Grimmer, y no hay nada que pueda calificarse de «mercancía».

—Lo sé, yo tampoco lo entiendo —contestó Diana sacudiendo la melena que le caía por los hombros—. ¿Estás seguro de que eso era lo que los dos hombres de la playa dijeron?

—Seguro, absolutamente seguro.

Diana se encogió de hombros.

—En ese caso, no tengo ni idea.

Sin embargo, identificar la «mercancía» era sólo una de las muchas preguntas sin respuesta. Había sido una semana llena de sucesos. Su vida, normal-mente ordenada, estaba patas arriba.

Había ido al otro extremo del mundo para reunirse con su prometido, que misteriosamente se había marchado en un viaje de negocios el día que ella llegó. Un loco fue a recogerla al aeropuerto para advertirle de que su vida corría peligro. Después, en una isla de las Célebes, Ross la había presentado a los nativos como su esposa. Unos matones habían tratado de raptarla. Había pasado una maravillosa noche haciendo el amor en una casa en un árbol en medio de la selva y otras cuantas noches más de luna de miel en la habitación nupcial del hotel Paraíso.

Ahora, estaba de vuelta en el hotel Manila intentando decidir qué iba a hacer con su vida.

Sí, una semana llena de acontecimientos.

—Puede que nunca lleguemos a saber qué estaban buscando —concluyó ella estirando las piernas en e sofá del cuarto de estar de la habitación del hotel.

—Es posible —Ross se agachó y comenzó a masajearle los dedos de los pies—. ¿Qué tal tienes los pies?

—Entre las botas de Simón Ha y los kilómetros de marcha por la selva, creo que jamás volverán a ser lo mismo que antes —admitió ella.

Por supuesto, ella tampoco sería la misma, pero eso no tenía nada que ver con los pies.

—En el momento en que vuelva a Estados Unidos voy a comprarme unos zapatos para caminar —anunció Diana— O puede que me compre unas de esas sandalias escandinavas.

—Nunca he comprendido por qué las mujeres se ponen esos zapatos de tacón —comentó Ross sacudiendo la cabeza.

—Por vanidad.

—Vanidad es nombre de mujer.

—Fragilidad —le corrigió ella—. Fragilidad es nombre de mujer.

—¿Macbeth?

Diana negó con la cabeza.

—Hamlet.

Ross la miró con curiosidad.

—Acabo de darme cuenta de que no sé mucho sobre tí.

—No, no me conoces muy bien.

Ross se aclaró la garganta.

—No sé a qué colegio fuiste ni qué estudiaste. No sé cual es tu color preferido o tus flores preferidas.

Ni siquiera sé qué clase de música te gusta.

—Universidad de Michigan. Literatura inglesa. Lila pálido. Las lilas. Clásica y algo de rock —respondió ella sucintamente—. ¿Ya ti?

—MIT. Ingeniería. Rubio —Ross sonrió—. Rosas.

Country y algo de rock.

—Se compaginan —dijo ella con una pequeña sonrisa.

Ross la miró intensamente a los ojos.

—Sí, en algunas cosas.

—En algunas cosas —repitió ella suavemente.

—No hemos tenido esa charla —señaló él.

—No, es verdad.

—Supongo que hemos estado muy ocupados yendo de isla en isla.

—Y escapando de los matones.

Ross le puso una mano en el hombro.

—Y haciendo el amor.

Diana tragó saliva.

—Y haciendo el amor.

Había una expresión inconfundible en los ojos ágata de él.

—¿Y esta noche?

—De acuerdo —respondió ella.

—¿Cenamos en la habitación?

—Perfecto.

—Tendremos esa charla mientras cenamos.

—¿En serio?

—Te lo prometo —dijo Ross y ella le creyó—. ¿Tu habitación o la mía?

Ya que Ross tenía una habitación en esa misma planta, daba lo mismo.

—La mía —contestó Diana—. Pero antes me gustaría darme un baño y cambiarme de ropa.

—Supongo que a mí tampoco me vendrá mal una ducha y un afeitado —dijo él poniéndose en pie—. ¿Dentro de media hora?

—Mejor dentro de una hora. Toma, aquí tienes la llave —Diana le dio la llave—. Entra sin llamar

Ross se detuvo delante de la puerta de la habitación y le tiro un beso.

—Volveré.

—Eso es lo que siempre dices —dijo ella con voz ronca.

—Y siempre vuelvo.

¿Cuánto era siempre para un hombre como Ross St. Clair? Esa era la pregunta que Diana se hizo mientras se desnudaba y llenaba la bañera con agua caliente.

¿Tendría un futuro con un hombre que se pasaba la vida yendo de un sitio a otro y que parecía no tener una sola preocupación en el mundo? ¿Un hombre que no pensaba en el mañana? ¿Un hombre que llevaba en una mochila todo lo que poseía en el mundo?

Se metió en la bañera.

—No es el hombre adecuado para ti, Diana —dijo ella en voz

alta.

Pero se sentía como si no hubiera uno mejor.

Le encantaba cómo la besaba, cómo la tocaba como la acariciaba, cómo le hacía el amor Le volvía. loca su sabor y su fuerza.

Había más.

Diana había aprendido a respetarlo, a apreciar su ingenio, su inteligencia y su integridad. Le consideraba un hombre honesto, un hombre de honor, un caballero.

También era duro y capaz de violencia y venganza.

Era lo que no le gustaba de los hombres y, al mismo tiempo, lo encontraba irresistible.

—Maldita sea, maldita sea —dijo Diana suave-mente dentro del baño de espuma.

¿Qué iba a hacer?

Bueno, para empezar, no iba a casarse con Yale Grimmer. En el momento en que volviera a Grosse Pointe, tendría que deshacer la boda que llevaba meses preparando.

—Supongo que todo el mundo va a pensar que te has vuelto loca, pues vale —se dijo a sí misma filosóficamente.

Había cosas peores que parecer un poco tonta.

Iba a costar bastante dinero suspender lo que, en sociedad, se consideraba la boda del año. Pero Diana podía permitirse ese lujo; sin embargo, no podía casarse con un hombre al que no amaba.

Ya no sabía quién era el hombre apropiado para ella, pero estaba segura de que Yale Grimmer no lo era.

A veces, la felicidad se basaba con cosas básicas, como agua caliente en el baño, ropa limpia, zapa-tos cómodos, comida decente, aire acondicionado, un buen colchón, un repelente para los mosquitos, fontanería, agua potable… Sí, se reducía a sentirse segura. Esas iban a ser unas cuantas cosas de las que siempre se sentiría agradecida.

Perdió la noción del tiempo e incluso se quedó adormilada. Por fin, se dio cuenta de que el agua se había enfriado y que la piel de los dedos estaba arrugada. Quitó el tapón de la bañera, tomó una toalla y salió.

Se puso su bata preferida y fue al dormitorio descalza. Allí, se sentó delante de la cómoda y comenzó a cepillarse el cabello

mojado. Los recuerdos la asaltaron. La primera noche en la habitación del hotel Paraíso. La casa del árbol. La ducha con agua de lluvia. Hacer el amor con Ross.

—Oh…

Diana se miró en el espejo. No se arrepentía de nada. De tener la oportunidad, volvería a hacer lo mismo. Pero por mucho que lo intentara, no veía un futuro con Ross St. Clair.

¿Podía imaginar un futuro sin él?

Su voz carecía de alegría cuando murmuró en voz alta:

—En menudo problema te has metido. Sí, vaya un problema. ¿Qué vas a hacer?

—Me sorprende que digas eso, querida, yo iba a decir lo mismo en este momento —dijo una voz masculina a sus espaldas.

Diana se volvió y contuvo la respiración. Después, exclamó con sorpresa y casi con enfado—

—¡Yale!

Capítulo Trece

Yale tenía el mismo aspecto de siempre; alto, guapo, pelo castaño, ojos castaños y delgado.

Diana no sabía por qué esperaba que hubiera cambiado. Entonces, se dio cuenta de que era porque ella había cambiado.

Diana se puso en pie y se apretó el cinturón de la bata alrededor de la cintura. Su prometido estaba junto a la puerta del dormitorio esperando a que ella fuese a él.

Diana cruzó la habitación, se detuvo delante de Yale, y le saludó con un beso en la mejilla

—Hola, Yale.

Después, pasó al cuarto de estar sabiendo que él la seguiría.

No era propio de un caballero que entrase en la habitación de una dama, aunque fuera su prometido. Debían guardarse las apariencias costase lo que costase.

Yale Grimmer siempre había seguido esas reglas, siempre había tenido cuidado con las apariencias.

Yale apretó los labios con gesto de desaprobación.

—Te esperaré aquí mientras te vistes.

Diana se miró la modesta bata que la cubría de la garganta a los pies.

—Estoy decentemente vestida.

El arqueó las cejas.

—¿Dónde has estado?

—Dándome un baño —respondió ella inocentemente.

—No me refiero a los cinco últimos minutos. ¿Dónde demonios has estado los últimos cinco días?—

—¿Y dónde demonios has estado tú? —respondió Diana con igual brusquedad.

Durante un momento, Yale pareció sorprendido, pero se recobró admirablemente bien. En tono de reproche, le informó:

—He estado de un sitio a otro encargándome de unos asuntos de negocios, intentando asegurar nuestro futuro. Por si no lo sabías, tengo responsabilidades. Estoy a cargo de las operaciones de la compañía en Asia y en el Pacífico.

Diana se mordió la lengua.

—Sí, ya lo sé. Soy plenamente consciente de tus responsabilidades en la compañía —Yale se lo había repetido un gran número de veces.

Diana miró prolongada y duramente al hombre con el que había estado a punto de casarse. Yale no le inspiraba seguridad, sino aburrimiento. Era guapo, sí, pero aburrido. No tenía expresividad en el rostro, ni fuerza ni pasión.

Llevaba un traje de ejecutivo: pantalones marrones, zapatos marrones y camisa blanca. Su ropa no tenía ni una sola arruga a pesar del calor y la hu-medad. Cada hebra del cabello estaba en su sitio. Estaba limpio y afeitado. El rostro tenía un ligero bronceado, lo suficiente para darle el aspecto del perfecto joven americano.

El hombre americano.

Fue entonces, en ese momento, cuando Diana lo vio todo con absoluta claridad. La verdadera diferencia entre Yale Grimmer y Ross St. Clair era que aquél era un chiquillo y éste último era un hombre.

Era extraño, pero aunque tenían la misma edad, treinta y cuatro años, Yale parecía mucho más joven.

También se dio cuenta de otra cosa.

—¿Cómo has entrado en la habitación?

Yale se metió una mano en el bolsillo y sacó una llave.

—Con esta llave. La habitación está alquilada en nombre de mi empresa. He llamado antes de entrar, pero me parece que no me has oído.

Yale estaba mintiendo.

Diana no sabía por qué, pero estaba segura de que mentía.

—Voy a tomar una copa antes de cenar —dijo Yale acercándose al mueble bar—. ¿Quieres que te prepare una?

—No, gracias.

Diana sabía que necesitaba mantener la cabeza despejada.

Pasaba algo, aunque no sabía qué era. Pero tenía la sensación de que pronto iba a descubrirlo.

Yale se sirvió un Chivas Regal con soda y se sentó en el sofá como si poseyera el mundo, la habitación del hotel y a Diana. Y por ese orden.

—Bueno, dime, ¿dónde has estado? —inquirió en un tono engañosamente suave.

—No me creerías si te lo dijera —murmuró ella con cierto sarcasmo.

—¿Dónde has aprendido a farfullar así, sin hablar con claridad? No es propio de tí —observó Yale.

—Puede que haya cambiado.

—No sé por qué, eras perfecta.

—Sí, la perfecta prometida, la perfecta anfitriona y la perfecta futura esposa de un alto ejecutivo.

—Sí. Como he dicho, eras perfecta.

—¿Y como mujer?

Yale frunció el ceño. Era evidente que no tenía ni idea de lo que estaba hablando Diana.

—Llevamos casi tres meses sin vernos, es mucho tiempo —dijo Diana sacudiendo la melena.

—Solías llevar el pelo recogido, me gusta más recogido —comentó Yale mientras bebía.

—Ahora lo llevo suelto casi siempre —respondió ella.

Yale dejó el tema del peinado y dijo sin conseguir disimular su impaciencia:

—Ibas a decirme dónde has estado.

Diana alzó la barbilla.

—Primero, fui a Port Manya porque tú me llamaste por teléfono para decirme que me reuniera allí contigo.

Yale enrojeció ligeramente.

—¿Que has estado en Port Manya?

—Sí —respondió ella mirándole furiosa—, en el hotel donde se suponía que nos íbamos a encontrar.

La respuesta dejó a Yale atónito.

—Que yo sepa, no había ninguna Diana Winsted registrada en el hotel Paraíso.

¡Oh!

Diana decidió ignorar la cuestión.

—Bueno, cuando pregunté por ti, me dijeron que había un Yale Grimmer registrado allí; pero que no le habían visto desde el día anterior, que se había ido a buscar a un pescador para alquilarle el barco.

La voz de Yale no conllevaba disculpas.

—Me salió un negocio inesperado, pero volví a las cuarenta y ocho horas y tú ya no estabas allí. Te aseguro que me causó muchos trastornos.

Diana ya estaba harta.

—Bueno, pues a mí me causó mucho trastorno ir hasta esa isla perdida Para nada. Dime una cosa, Yale…

El la miró por encima del borde del vaso.

—¿Sí?

—¿Quién es Carlos?

A Yale se le atragantó la bebida y se le cayó parte del whisky en la camisa.

—¿Carlos? No conozco a nadie que se llame así.

A Yale se le daba mal mentir.

Diana cambió de táctica.

—¿Cuál es la mercancía?

Esta vez, Yale no pudo disimular su asombro y enrojeció intensamente.

—¿Que cuál es…? —de repente, dejó el vaso encima de la mesa dando un golpe— ¡Como te has enterado de eso?

Ella le miró con aire de superioridad.

—Es una historia muy larga.

—Tenemos tiempo.

No tanto como él suponía— Diana respiró profundamente y dijo:

—Todo empezó cuando Ross…

Inmediatamente, Yale la interrumpió con brusquedad

—¿Quién demonios es Ross?

—Ross es el valiente que fue a recogerme al aeropuerto de Manila el día que llegué.

Yale Grimmer estaba visiblemente sorprendido.

—Dios mío, Diana, ¿qué te ha pasado?

—Más de lo que te imaginas —respondió ella fríamente—. Siéntate otra vez, Yale, vas a necesitar estar sentado.

—Si no te importa, prefiero quedarme de pie —le espeto él.

Diana encogió los hombros y continuó.

—Todo empezó en el aeropuerto de Manila. Este hombre estaba ahí…

—¿El valiente?

Ella asintió.

—El valiente me estaba esperando. Al principio creí que tú habías enviado a Ross o que trabajaba para la empresa. Llevaba un cartel con mi nombre escrito en él.

Su ex prometido emitió un gruñido y se quedó mirando el vaso que tenía en la mano.

—Resultó ser un perfecto desconocido. Había venido al aeropuerto para advertirme de que corría peligro.

Aquello era demasiado para Yale Grimmer.

—Creo que voy a sentarme.

Diana casi estaba disfrutando.

—Al principio, no le creí. No creí ni una palabra de la loca historia que me contó.

—Eso espero.

—Hasta después.

Yale alzó la cabeza.

—¿Hasta después?

—Sí, hasta que subí a mi habitación y descubrí que hablan registrado mi habitación y que estaba patas arriba.

—¿Llamaste a los de seguridad del hotel o a la policía?

Diana sacudió la cabeza.

—Ross me recomendó que no lo hiciera. Entre los dos, lo examinamos todo para ver si habían robado algo.

—¿Y?

—Y no habían robado nada. Eso es lo más extraño, que no faltaba nada.

—Sí, es extraño.

—Al cabo de unos minutos fue cuando tú llamaste por teléfono.

Yale la miró brevemente.

—Dios mío, Diana, ¿por qué no me advertiste?

—¿Quieres decir que por qué no te lo dije?

—Sí, ¿por qué no me dijiste lo que había pasado?

—La comunicación era muy mala, casi no podía oírte —

respondió ella a modo de explicación—. Además, tú no podías hacer nada, estabas en Port Manya.

Yale dejó caer los hombros.

—Idiota. Estúpida idiota.

Diana pensó que no le había oído correctamente.

—¿Qué?

—Nada —respondió Yale con expresión sombría.

—A la mañana siguiente, fui al aeropuerto, tal y como tú me dijiste que hiciera, y me subí en el avión de las nueve y media que salía para Port Manya. Ross me acompañó.

El rostro de Yale se puso tirante.

—¿Invitaste a otro hombre a que te acompañara?

—Claro que no —respondió ella con voz seca—. No le vi hasta que subí al avión; cuando lo hice, allí estaba él.

—Empieza a no gustarme ese valiente amigo tuyo.

¡Y le gustaría aún menos!

—En fin. cuando llegamos a la isla y descubrimos que tu no estabas, a Ross le pareció lo mejor que fingiéramos estar casados.

Yale se puso en pie otra vez.

—¿Qué ese imbécil hizo qué?

Diana salió en defensa de Ross.

—Para empezar, no es un imbécil. En esos momentos, nos pareció una buena idea. Lo hizo por protegerme. La cultura de Port Manya es muy tradicional, no están acostumbrados a que una mujer viaje sola.

—A mi me parece que ese tipo es un cazador de dotes —declaro Yale como si Diana se hubiera vuelto loca. Por favor, no me digas que acabaste compartiendo la habitación con él.

Diana enderezó los hombros y dijo con toda la dignidad que pudo:

—Sí, así es.

Yale le puso las manos en los hombros y se los apretó hasta hacerle daño.

—¿Erais la pareja americana que estaba en la habitación nupcial del hotel?

—Sí —confirmó Diana.

—¿Te has acostado con él?

—Eso es lo extraño de los hombres —dijo ella ignorando la

pregunta

—¿Qué?

—El sexo.

—¿El sexo? —repitió Yale alzando la voz.

Ella asintió.

—Ross me hizo precisamente esa misma pregunta.

El rostro de Yale se había tornado escarlata.

—¿Que ese tipo tuvo el atrevimiento de preguntarte si te habías acostado conmigo?

—Sí.

—¿Y le contestaste? —preguntó Yale furioso.

Diana consiguió zafarse de él.

—No… en ese momento.

—Menos mal.

—Pero, de todos modos, se dio cuenta. Supongo que se debe al instinto. Algunos hombres tienen instinto y otros no.

—Y él lo tiene, por supuesto —dijo Yale irónicamente.

Diana le dedicó una amplia sonrisa.

—Le sobra.

—Siempre te he tenido en un pedestal, Diana. Te respetaba, te adoraba.

—Mentira.

De repente, Diana se dio cuenta de que ni siquiera le gustaba Yale Grimmer como persona. Ese hombre era vanidoso, egocéntrico, egoísta, vacío y mentiroso.

—No eres la mujer que creía que eras —dijo él fríamente—. Has cambiado.

—Sí, gracias a Dios he cambiado.

—¿Te has acostado con tu príncipe valiente?

—Sí.

—¿Por voluntad propia?

—Por supuesto.

—Hijo de… Te has enamorado de ese sinvergüenza, ¿verdad?

—Ross no es un sinvergüenza. Es un ingeniero que ahora mismo no está trabajando.

—Te has enamorado de un trotamundos, un hombre que no tiene un trabajo, un hombre que jamás podría pagar el dinero que te gastas en ropa en un mes. ¿Has perdido la cabeza?

—Puede ser.
—Estás cometiendo un grave error.
—A mí no me lo parece; sin embargo, casarme contigo si que sería un grave error.
—La boda está suspendida.
—Por supuesto.
—Maldita sea, Diana, ¿cómo puedes hacerme esto?
—No tiene nada que ver contigo, Yale. Ha sido una de esas cosas que pasan.
Yale sacudió la cabeza y lanzó una amarga carcajada
—De haberte ido a recoger al aeropuerto…
—Pero no fuiste, y ahora ya no podemos volver atrás —dijo ella con firmeza—. Naturalmente, te devolveré el anillo de compromiso que me regalaste.
Yale se la quedó mirando fijamente.
—¿Dónde está el anillo?
Diana se miró los dedos de la mano izquierda.
—Yo… deja que piense… ¿cuándo me lo quité?
—¡Ni siquiera te acuerdas!
Diana apretó los labios y entonces recordó Fue justo antes de hacer el amor con Ross en la casa del árbol, Ross se había guardado el anillo y el brazalete en el bolsillo de la camisa; desde entonces Diana se había olvidado de las dos joyas, pero suponía que seguían en poder de Ross.
Yale palideció.
—¿Dónde está el brazalete que te di?
Diana tuyo una extraña sensación de peligro
—No lo se, ¿por qué?
—Quiero también el brazalete que te regalé.
—Fue un regalo de cumpleaños.
—No me importa. Después de lo que has hecho, no quiero que lo tengas tú.
Diana no le creyó del todo. Yale quería el brazalete, pero no le había dicho por qué.
Diana suspiró y se encogió de hombros.
—Ya no lo tengo.
Yale se acercó a ella en un abrir y cerrar de ojos.
—¿Que ya no lo tienes?

—No.

—Idiota —dijo Yale con resentimiento e ira—. Era el brazalete.

Diana empequeñeció los ojos.

—¿Qué quieres decir con eso de que era el brazalete?

Yale estaba casi gritándole.

—La mercancía. La maldita mercancía. Estaba en el brazalete, estúpida.

Yale Grimmer estaba furioso. Diana nunca le había visto así y se alegró de ya no estar prometida a el.

—¿Qué estaba en el brazalete? —preguntó ella.

—Un cuarto de millón de dólares.

Los ojos de Diana se agrandaron desmesuradamente.

—¿Qué?

—Uno de los colgantes del brazalete era una moneda.

Ella asintió.

—Sí —y no había sido su colgante preferido.

—Es una moneda única, vale más de un cuarto de millón de dólares para un coleccionista.

Diana sintió un nudo en el estómago.

—;Yale, ¿qué has hecho?

El la sujetó de los brazos y la zarandeó.

—Si no recupero el brazalete. Diana, soy hombre muerto

—Y si no le quitas las manos de encima a mi mujer eres hombre muerto, Grimmer —dijo una voz desde la puerta, a espaldas de Diana y Yale.

Capítulo Catorce

—¿Su mujer?

—Mi mujer —a Ross le gustó decirlo.

Yale Grimmer dejó caer las manos, se apartó rápidamente de Diana, sacudió la cabeza y, con expresión incrédula, miró a Ross y luego, de nuevo, a ella.

—Este tipo es un neandertal. ¿Dónde lo has encontrado?

—Ya te lo he dicho, en el aeropuerto —respondió Diana con expresión seria.

Ross St. Clair estuvo a punto de echarse a reír. Había oído la mayor parte de la conversación entre Diana y Yale desde la puerta. Ella le había manejado muy bien; sin embargo, aún quedaban unas preguntas por hacer.

Ross dio un paso amenazante hacia el otro hombre.

—Al menos, yo sé cuidar de los míos, Grimmer. No se merece una mujer como Diana.

—¿Y usted sí?

Ross avanzó otro paso.

—Jamás me escondería detrás de las faldas de una mujer ni la utilizaría como correo. Y no pondría su vida en peligro por un maldito cuarto de millón de dólares.

—¿Poner mi vida en peligro? —repitió Diana.

—Es usted un… —Ross se interrumpió y lanzó una sonrisa de disculpas a Diana—. Ya que estamos delante de una dama, no voy a decirle lo que realmente pienso de usted, Grimmer. Da igual, estaba allí, oí todo lo que dijeron, así que no me mienta.

Ross volvió a avanzar y Yale retrocedió.

—¿Qué quiere decir con eso de que estaba allí?

Los ojos ágata de Ross echaron chispas.

—En la playa aquella tarde que usted y Carlos es-tuvieron hablando. Carlos amenazó con matar a Diana si no obtenía la mercancía.

Yale Grimmer palideció.

—¡Dios mío, estaba allí!

—Sí.

—Creíamos que no había nadie.

—Sí, lo supongo —dijo Ross— Y supongo que el trabajo de los tipos armados que estaban con ustedes consistía en cerciorarse de que nadie los oyera.

—Entonces, ¿cómo… consiguió oírnos? —Yale tenía dificultades en creer lo que estaba oyendo.

—Porque es un valiente —dijo Diana.

Su antiguo novio la miró durante un instante.

—Creía que habías dicho que era un ingeniero sin trabajo.

Ella lo miró con desprecio.

—Un americano normal cambia de trabajo por lo menos tres veces durante su vida activa.

—Quién sabe qué seré a partir de ahora —comentó Ross con humor.

—Lo que te propongas —dijo Diana con absoluta confianza en él.

—Gracias, cielo.

—Dios mío —murmuró Yale.

Ross volvió de nuevo su atención a Yale Grimmer.

—Creo que Diana le ha hecho una o dos preguntas que aún no se ha molestado en contestar.

—No recuerdo ninguna pregunta —le espetó Yale.

—En ese caso, voy a refrescarle la memoria. Para empezar, ¿quién es Carlos?

—No conozco a nadie con ese nombre —respondió Yale en un susurro apenas audible.

Ross se echó a reír, sacudió la cabeza y añadió en un tono tranquilo, pero peligroso:

—Eso mismo me dijeron los dos matones que cacé en la selva. Aunque creo que, al final, habrían acabado hablando.

Yale tragó saliva.

—¿Al final?

Ross frunció el ceño y, tras un debido momento de deliberación, concluyó:
—Debieron ser las ratas de los pantanos.
Yale Grimmer palideció.
—¿Ratas?
—Quizá fuera mi cuchillo.
—¿Su qué?
—No me gusta fanfarronear, Grimmer, pero sé manejar un cuchillo. Puede que llegue a demostrárselo.
Diana empequeñeció los ojos.
—No hiciste daño a esos dos tipos que atrapaste en lasciva, ¿verdad, Ross?
—Te prometí .que no lo haría, cielo.
Ella le dio una palmada en el brazo.
—Lo sé; pero a veces, cuando te enfadas, no sabes lo que haces.
—Sabía lo que hacía. Dije que no les haría daño y no lo hice.
Yale se obligó a sí mismo a preguntar:
—¿Qué hicieron esos dos matones?
—Intentaron molestar a mi mujer —contestó Ross.
—Intentaron raptarme en el hotel Paraíso —aclaró Diana—. Creo que estaban buscando tu mercancía. Espero que el sargento Bok los haya encontrado.
De repente, Yale Grimmer parecía necesitar una copa.
—¿Quien es el sargento Bok?
—¿Quién es Carlos? —preguntó Ross a su vez.
—No puedo decírselo.
—En ese caso, yo tampoco puedo decirle quién es el sargento Bok.
Yale imploró a Diana.
—Por el amor de Dios, ayúdame.
A Ross le causó una gran satisfacción oírle contestar:
—Lo siento, Yale, no puedo.
—¿Después de lo que hemos sido el uno para el otro?
—No éramos nada el uno para el otro —le corrigió ella—; es decir, éramos menos que nada. No nos conocíamos, no estábamos enamorados, ni siquiera había pasión, y no éramos amigos.
—Lo éramos —dijo Yale con voz implorante.
Diana le miró como si le viera por primera vez en la vida.

—Un hombre maravilloso me dijo en una ocasión que si me quedaba en estas islas cambiaría para siempre; me dijo, que este lugar acaba por mostrarnos tal y como somos —los ojos de Diana empequeñecieron—. Tú eres una rata, Yale. Te has hecho la cama y ahora vas a tener que dormir en ella.

—Estoy metido en un lío. Diana, en un lío terrible —gimió él.

Ross no dijo nada y esperaba que Diana tampoco dijera nada. Que Grimmer se las arreglase sin su ayuda.

—Está bien, lo admito, conozco a Carlos. Es un comerciante.

—¿Un comerciante de qué?

—Importación y exportación.

—Eso suele significar contrabando —comentó Ross.

—Sí, normalmente sí —admitió Grimmer—. En fin, Carlos y yo hicimos un trato: él buscaba el comprador y yo ponía la mercancía.

—¿Y?

—Carlos me pagó veinticinco mil dólares por adelantado como símbolo de buena fe. Me iba a pagar el resto del dinero al recibir la mercancía.

—¿Qué salió mal? —preguntó Ross realmente interesado.

Yale se pasó una mano por sus inmaculados cabellos.

—Al parecer, otras personas interesadas se enteraron de que una moneda única iba a ser vendida —Yale miró a Ross a la cara—. Hay coleccionistas que no se detienen ante nada por conseguir algo así.

—Sí, no me cabe duda —comentó Ross con desprecio.

—Recibí otra oferta; bueno, en realidad, dos más. Por eso es por lo que estaba en Port Manya y por lo que tuve que alquilar el barco de un pescador, algunos de mis clientes prefieren hacer tratos en lugares aislados.

—Sí, como en medio del mar.

Yale asintió.

—Sí, como en medio del mar, o en playas desiertas… y por la noche.

—¿Sabía que Carlos mandó a sus matones a la habitación de Diana la primera noche que pasó en Manila?

—No, lo juro por Dios. No sabía nada hasta hace unos minutos, cuando me lo ha dicho ella.

—Tiene suerte. ¿Sabía que los matones de Carlos le siguieron a Port Manya?

Yale había empezado a sudar copiosamente.

—No. Supongo que Carlos lo descubrió.

—¿Descubrió qué? —preguntó Ross.

Grimmer miró a su alrededor antes de contestar.

—Que debió enterarse de que otros también me habían dado dinero en depósito por la moneda.

—En otras palabras, todos le dieron dinero en depósito.

—Sí —Yale parecía creerse muy listo—. Un coleccionista de Singapur me dio más de cincuenta mil dólares en metálico.

Los ojos de Grimmer brillaron antes de añadir:

—Cincuenta mil dólares americanos en billetes pequeños y sin marcar, y un dinero libre de impuestos, pura y simplemente beneficio.

Ross se apoyó en el mueble bar y se cruzó de brazos.

—En otras palabras, quería engañarles a todos.

—Sí, ése era el plan.

—¡Dios mío, Yale! —Diana se llevó una mano a la boca—. ¿Cómo esperabas conseguirlo?

Los ojos de Yale brillaron.

—Había hecho varias falsificaciones, aunque tú tenías el original, Diana. Mi plan era quedarme con los depósitos, vender la moneda auténtica al mejor postor y desaparecer antes de que los demás se dieran cuenta.

—Ni siquiera eres un ladrón honesto —dijo ella con desprecio.

—Y además es un estúpido. Tendrá suerte si no lo matan —observó Ross fríamente.

Desesperado, Yale les miró a los dos.

—Por eso es por lo que tengo que recuperar el brazalete.

Inmediatamente, Ross dio un paso hacia delante y le dijo:

—Diana no le estaba mintiendo, no tiene el brazalete y no sabe dónde está. La última vez que lo vimos fue en la selva.

Yale se dejó caer en el sillón más próximo y se tapó el rostro con las manos.

—En ese caso, soy hombre muerto.

—No necesariamente —dijo Ross al cabo de unos momentos—, puede haber una salida.

—No lo creo —contestó Yale al tiempo que levantaba la cabeza.

Yale había envejecido diez años en diez minutos.

—Debería intentar actuar con honestidad aun-que sólo sea por una vez: podría devolver el dinero.

Yale se echó a reír.

—Ya me lo he gastado casi todo, pero aunque no lo hubiera hecho, usted no sabe cómo son esos tipos. Si alguien los ofende, lo matan.

—En ese caso, debería haberlo pensado antes de hacerlo.

Yale se quedó con la mirada perdida.

—No tengo salvación. Podría tirarme de la torre más alta de Manila y daría igual.

—Me dan ganas de dejarle —dijo Ross—, pero Diana podría disgustarse y no quiero disgustar a Diana. Por eso, voy a decirle lo que vamos a hacer.

Yale alzo el rostro, miró a Ross durante un minuto y luego preguntó:

—¿Quién demonios es usted?

Diana respondió antes de que Ross pudiera hacerlo.

—Es un caballero en el verdadero sentido de la palabra.

—Soy sólo un hombre como cualquier otro —dijo Ross a Diana.

—Un hombre como ningún otro —susurró ella mirándole con ojos llenos de amor.

Ross quería acabar con ese asunto, tenía cosas mas importantes que hacer… como hablar de su futuro con Diana.

—Escribiré una nota al sargento Bok. Es un buen hombre que lleva tiempo intentando poner fin a las operaciones de contrabando que se realizan en as pacificas aguas de la isla. Tome el vuelo de por la mañana a Port Manya y, cuando llegue, busque al sargento Bok inmediatamente. Es posible que el sargento esté dispuesto a hacer un trato con usted

—¿Un trato?

—Información a cambio de su seguridad.

Yale Grimmer le miró con expresión de sospecha.

—¿Por qué quiere ayudarme?

—No lo estoy haciendo por usted, sino por Diana. Es una mujer tierna, dulce y buena. Francamente, no quiero que se sienta responsable de lo que pueda pasarle a usted por su propia codicia y estupidez.

Diana aprovechó la oportunidad para entrelazar los dedos con

los de Ross.

—Cariño, ¿tienes mi anillo de compromiso?

—Oh, casi se me había olvidado —Ross se metió la mano en el bolsillo de la camisa y sacó el brillante—. ¿Qué quieres que haga con él?

—Dáselo.

—¿Estás segura?

—Sí, completamente segura.

—Podrías comprarte con esto cientos de pares de botas para andar por la selva —bromeó Ross.

Los dos se echaron a reír, Yale Grimmer no tenía idea de por qué reían.

—No necesito más botas, tengo un par perfecto. Además, creo que la costumbre es que la mujer le devuelva el anillo de compromiso al hombre en un caso como éste.

—Lo que tú digas —sin más ceremonia, Ross le tiró el anillo a Grimmer.

—Además —añadió Diana—, creo que Yale va a necesitar un buen abogado, y salen bastante caros.

—Lo que realmente necesito es el brazalete —murmuró él.

Ross ya estaba harto. Tiró de Grimmer hasta hacerle levantar del sillón y le arrastró hasta la puerta.

—Lo que necesita es salir de aquí antes de que cambie de idea y le mate a palos.

Yale palideció.

—Dile adiós, Diana.

—Adiós, Yale.

Ross extendió la mano y le dijo a Yale en tono autoritario:

—Déme la llave de esta habitación, ya no va a necesitarla.

En silencio, Grimmer le dio la llave.

—Diana, voy a acompañar a Yale al ascensor, volveré dentro de un minuto y pediremos la cena.

—Date prisa.

De camino a los ascensores, Yale Grimmer anuncio:

—Diana es una mujer muy cara; como ya le he dicho, le va a ser imposible cubrir los gastos de ropa de un mes.

A veces, un hombre tenía que hacer uso de las armas a su alcance, y Ross supuso que aquella era una de esas ocasiones.

—No creo que sea ningún problema para mí.

—¿Tiene idea de lo que Diana Winsted se gasta en un solo par de zapatos? —le espetó Yale.

—Sí, me hago una idea.

—¿Cómo va a mantenerla en el estilo de vida al que ella está acostumbrada?

—Me las arreglaré.

Yale lanzó un gruñido desdeñoso.

—¿De dónde va a sacar el dinero?

Ross arqueó las cejas.

—¿Ha oído hablar alguna vez de la familia St. Clair de Phoenix, en Palm Springs?

—Sí, claro, ¿quién no? Son los propietarios de la mitad de Arizona.

—El hijo también es propietario de un buen trozo de California y Hawai.

Grimmer no disimuló su envidia.

—Ese bastardo nada en dinero.

—Sí así es —el ascensor llegó, las puertas se abrieron, Ross empujó a Grimmer hacia el interior y después, puso el dedo en un botón para impedir que las puertas se cerraran— Creo que Diana no le ha dicho mi nombre completo.

—No, no me lo ha dicho.

—Me llamó Ross Matthew St. Clair.

—¿Es usted ése St. Clair?

Ross sonrió maliciosamente.

—Culpable. Sólo quería tranquilizarlo, podría pagarle los zapatos a Diana.

Las puertas del ascensor se cerraron.

Capítulo Quince

—¿Ya se ha ido Yale? —preguntó Diana levantando la vista de la carta con el menú que estaba leyendo.

Ross cerró la puerta del hotel antes de contestar.

—Sí, ya se ha ido.

—No sé que pude ver en Yale Grimmer —admitió ella con un suspiro—. Le creía un perfecto y honesto ejemplar de la caza humana, y ha resultado ser un bicho y un mentiroso.

—Supongo que todos mentimos alguna vez —contestó Ross al tiempo que miraba a su alrededor—. Además, también se puede mentir por omisión.

Diana no estaba segura de a qué apuntaba Ross, pero se negó a hablar de ello con el estómago vacío.

—¿Qué te apetece cenar?

—Lo que me apetece es hacer el amor —respondió Ross cantando.

Ella arqueó las cejas.

—Me prometiste que cenaríamos y hablaríamos, en ese orden.

—Sí, ¿verdad?

—Sí, verdad.

Ross sonrió.

—No sé por qué se me ha ocurrido hacer una promesa tan tonta.

Diana alzó un dedo.

—Primero, porque los dos tenemos hambre —levantó un segundo dedo—. Segundo, porque tenemos que tener una charla seria.

—Tienes razón, por supuesto —contestó Ross—. Vamos, elige tú la cena, dame una sorpresa.

—De acuerdo.

Ross se sentó en un extremo del sofá.

—E incluye una botella de champán.

—¿Vamos a celebrar algo?

—Eso espero —respondió él con voz firme.

Habían terminado de cenar y un uniformado camarero había recogido ya la mesa. Una botella de champán se estaba enfriando en una cubeta llena de hielo. Encima de la mesa de centro había dos copas de champán llenas. Las luces eran tenues y había música de fondo.

La atmósfera de la habitación era romántica.

Entonces, ¿por qué los dos estaban tan incómodos, tan nerviosos?

Diana decidió romper el hielo.

—¿Quién va a ser el primero?

Ross estiró el brazo a lo largo del respaldo del sofá y le puso la mano encima del hombro.

—¿Por qué no lo hacemos por turnos?

—¿Uno una cosa y el otro otra cosa?

—Sí, algo así —un momento de silencio—. Puedes empezar tú.

Diana no tuvo inconveniente.

—Está bien. ¿Por qué has mentido a Yale respecto al brazalete?

Ross frunció el ceño.

—No creía que se lo mereciese después de lo eme te ha hecho.

—Te ha enfadado mucho que me utilizara como correo, ¿verdad? —preguntó ella con cautela.

—Creo que nunca nada me ha enfadado tanto —respondió Ross con dureza.

—¿Nunca?

—Nunca. No soporto que un hombre utilice a una mujer y ponga su vida en peligro, pero es mucho peor tratándose de ti. Mil veces peor —Ross tomó aliento y soltó el aire lentamente—. Cuando era un adolescente, mis padres me martillearon una cosa en la cabeza.

—¿Qué?

—«Deja que la conciencia te guíe, Ross; sobre todo, en lo que respecta a las chicas y a las mujeres».

A Diana se le hizo un nudo en la garganta.

—Y nunca se te ha olvidado, ¿verdad?
—No, nunca.
—Creo que me gustan tus padres.
—Y yo creo que tú les encantarías —murmuró Ross.
—Ahora es tu turno —le recordó Diana.
—Estira el brazo —le dijo Ross.
Diana así lo hizo.
Ross se metió la mano en el bolsillo de la camisa y puso el brazalete en la palma de la mano de Diana.
Diana acarició los colgantes hasta llegar a la moneda.
—No es mi preferida, pero un cuarto de millón de dólares…
—Es mucho dinero.
—Sí, supongo que sí lo es.
—¿Qué vas a hacer con ella?
Diana frunció el ceño.
—¿Que qué voy a hacer con ella?
—Sí, con el brazalete, con la moneda, te pertenecen.
Pero el brazalete, su valor en dinero y el hombre que se lo había dado como regalo de cumpleaños ya no tenían valor para ella. Jamás volvería a llevarlo puesto.
Diana le ofreció el brazalete a Ross.
—No lo quiero, quédatelo tú.
—¿Yo?
Diana puso la joya en la mano de él y le hizo cerrar los dedos.
—Quiero que te lo quedes tú.
—¿Por qué? —preguntó Ross con voz queda.
Diana vaciló antes de confesar:
—Creo que eres un ser humano extraordinario, Ross St. Clair. Hablaba en serio cuando he dicho que puedes ser lo que te propongas —los ojos se le llenaron de lágrimas—. Sé que no tienes mucho dinero. Si vendes el brazalete, podrás empezar una nueva vida.
Ross sonrió.
—Tengo intención de empezar una nueva vida, Diana, pero no quiero esta moneda.
—¿No?
—No, cielo, no la quiero. Sin embargo, sé qué podríamos hacer con ella.

—¿Qué?

—Conozco una pequeña isla aislada en el mar de las islas Célebes. Los habitantes de esa isla son pobres, pero trabajadores. No tienen escuela, sólo una calle principal con chamizos por casas y un hotel que deja bastante que desear.

—El hotel Paraíso.

—Podríamos vender la moneda y dar el dinero a Port Manya, así podrían construir una escuela y contratar profesores.

—Y Pablo podría aprender a leer y a escribir.

—Y el resto de los niños de la isla.

Era una magnífica idea.

—Sí —contestó Diana—. Dadas las circunstancias es lo menos que podemos hacer.

—¿Dadas las circunstancias?

Diana contuvo la respiración unos momentos; después, hizo acopio de todo su valor.

—Es lo menos que yo puedo hacer dadas las circunstancias porque… fue en Port Manya donde me enamore.

El pareció dejar de respirar.

—¿Te enamoraste? —preguntó Ross como si no estuviera seguro de haber oído correctamente

,Fue en Port Manya donde me enamoré de ti

Ross le cubrió el rostro con las manos.

—¿Estás segura?

—Sí. Jamás he estado tan segura de nada.

—¿Cómo lo sabes? —la voz de Ross era irreconocible.

Diana levanto las manos y le acarició las cejas, las mejillas, los labios y la mandíbula con la yema de los dedos.

—Muy sencillo. Traté de imaginarme la vida sin tí y no pude.

Algo pareció liberarse dentro de Ross. Atrajo el rostro de Diana hacia el suyo y le susurró junto a los labios.

—Te quiero tanto que ni siquiera me importa si compaginamos o no. No podría vivir un minuto más sin estar seguro de que vas a estar conmigo el resto de la vida.

—Estaré contigo, te lo prometo —le juró ella con voz temblorosa de emoción.

Ross la estrechó en sus brazos con infinito amor

—Dilo otra vez. Por favor, Diana, dilo otra vez. Quiero oírtelo

decir, necesito que me lo digas. No sabes cuánto tiempo llevo esperando esto.

Diana le miró a los ojos y dijo con voz quebrada:

—Te amo, Ross. Siempre te amaré.

Ross la abrazó con fiereza.

—Te amo, Diana, y siempre te amaré, con todo mi corazón, con mi alma y con mi cuerpo.

—Te amaré en la riqueza y en la pobreza, en la salud y la enfermedad, hasta que la muerte nos separe —murmuró ella recitando las palabras de rigor.

—¿En serio no te importa si soy pobre? —preguntó Ross mirándola a los ojos.

—No, no me importa. Lo único que me importa eres tú, Ross.

—Entonces, ¿no te molestaría si fuese rico?

—No —Diana se echó a reír—, pero no lo eres.

La expresión de Ross se tornó muy seria.

—Lo soy, Diana.

—¿Que eres qué, cariño? —murmuró ella interesada en los besos más que en continuar la conversación.

—Rico.

—Oh. Bueno, nadie es perfecto.

Ross se echó a reír y, por fin, estuvo de acuerdo en que ya habían hablado demasiado por una noche.

El deseo y la pasión se impusieron a todo lo demás. La bata de Diana desapareció. Los pantalones de Ross acabaron en el suelo. Ross le cubrió el rostro, la garganta y los senos de besos. Apretó los labios contra la satinada piel del vientre de Diana y le acarició las piernas con las manos. Le alzó las caderas y le dio el beso más íntimo, y ella se deshizo en sus brazos, gritando su nombre, declarándole su amor antes de caer en el abismo.

Cuando volvió a la tierra, Diana le puso las manos en los hombros y le saboreó entero.

Cuando volvieron a besarse, se saborearon a sí mismos en los labios y en la lengua del otro. Era seductor, erótico, provocador y fieramente apasionado.

Entonces, Ross le separó las piernas, invitándola a que lo recibiese, pidiéndola que se entregara. Se unieron con un primitivo deseo.

Ross entró más y más dentro de ella, y le hizo el amor en cuerpo y alma. No se sabía dónde acababa el uno y dónde empezaba el otro. Se sintieron uno, se amaron como uno.

Y cuando el clímax les sobrevino, Diana oyó el eco de aquel adorado nombre en su cabeza: Ross, Ross, Ross.

Y oyó su propio nombre en los labios de Ross.

—¡Diana!

Epílogo

Quizá las bodas no fueran una pérdida de tiempo al fin y al cabo, pensó Ross St. Clair mientras esperaba delante del altar.

«No, si es el momento perfecto, el sitio perfecto y la mujer perfecta».

En cualquier momento esperaba que el organista empezara a tocar los primeros acordes de la marcha nupcial y el desfile comenzase.

Pronto vería a Diana en su traje de novia. La vio fugazmente a la entrada y el corazón empezó a palpitarle con fuerza.

La música comenzó. Los invitados se pusieron en pie y se volvieron para verla. Las damas de honor la precedían, incluyendo la hermana de Ross, Katherine. Por fin, la novia, del brazo de su padre.

Alta, rubia, moderna y extraordinariamente hermosa, ésa era su Diana. Pero por dentro, Ross sabía que era una mujer cariñosa y sensual.

No le quitó los ojos de encima hasta que Diana se reunió con él al pie del altar delante del sacerdote. La ceremonia comenzó con las palabras rituales…

Y cuando el sacerdote concluyó diciéndole a Ross que ya podía besar a la novia, Ross cubrió la boca de Diana con la suya y susurró una sola palabra:

—El paraíso.